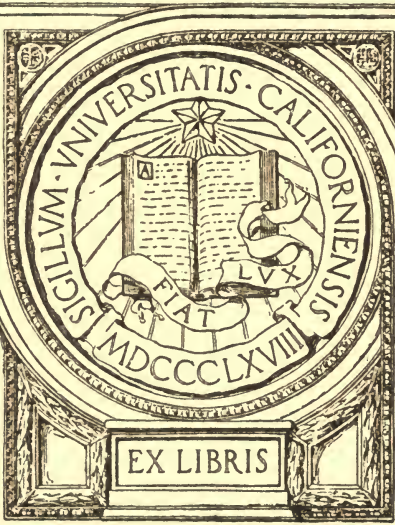




Alberto Risco, S.J.
La Escuadra
del Almirante Cervera

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS

LA ESCUADRA DEL
ALMIRANTE CERVERA

PUBLISHED IN SPAIN

ALBERTO RISCO, S. J.

LA ESCUADRA DEL
ALMIRANTE CERVERA

(NARRACIÓN DOCUMENTA-
DA DEL COMBATE NAVAL
DE SANTIAGO DE CUBA)

2.^a edición (aumentada)

MADRID
M C M X X

F. 12.7
1.6

C. E. P.

DEDICATORIA

A los héroes de la Loma de San Juan, del Caney y de los mares que cercan a Santiago de Cuba, a los actores de la Leyenda más triste pero más gloriosa de nuestra legendaria historia, ofrece este tributo de amor, de admiración y de profundo orgullo nacional,

EL AUTOR.

«Estas ficciones (de presentar a los hombres políticos no como son, sino como conviene a los mismos intereses políticos) y esas mentiras dieron lugar a que un día unos héroes españoles tuvieran en Cavite que pagarlas y otro día tuvieran en Santiago de Cuba que sucumbir, víctimas de las mismas mentiras.

»Y yo no quiero para mi país, no quiero para los institutos armados que nuevamente puedan ser engañados y engañar a la par al país...

»Por eso lo repetiré siempre que tenga ocasión para divulgar estas cosas y para dar alabanzas en el patriotismo que todos sentimos, para que despierten y comprendan que es necesario vivir de manera distinta a como hasta aquí se ha vivido.»

Palabras del discurso pronunciado por el ministro de la Guerra, Excmo. Sr. D. Juan Lacierva, en el Círculo Militar de Madrid el 17 de diciembre de 1917.

(Puede leerse íntegro este discurso en el número de *El Debate* correspondiente al 18 de diciembre, donde se inserta con este epígrafe: «No se repetirá lo de Cavite y Santiago de Cuba».)



S. M. la Reina madre, que trabajó con heroico desvelo por evitar la guerra, mereciendo de España eterna gratitud.



I

ANTECEDENTES

SUMARIO: Estado de Cuba durante el mando militar de los generales Martínez Campos, Weyler y Blanco.—Conducta de los Estados Unidos con España.—Conducta de nuestro Gobierno ante las probabilidades de una guerra.—El *Maine* en la Habana.

No creamos los españoles que se ha agotado ya todo lo que hay que decir sobre la infausta guerra en donde perdimos nuestras hermosas colonias. Ni se ha agotado, ni debemos dejar que el olvido sepulte aquellas escenas. ¡Pueden darnos tantas lecciones de experiencia para el porvenir los relatos documentados de aquellos sangrientos sucesos! Yo, que lloré entonces con toda la amargura de un hijo la deshonor de mi madre patria y aquel trágico desgarrarse de su manto de reina, quise reconstituir ahora con más sereno espíritu los diversos lances y episodios de la guerra, mientras estaba siguiendo los pasos del cristiano y pundonoroso D. Pascual Cervera y Topete para tejer su biografía.

Me encuentro, al llegar a este hecho trascendental de su vida, con una multitud de legajos y documen-

tos inéditos, que debo a la franca amistad con que su dignísima viuda y familia me honran, y no he podido resistir a la tentación de hacer partícipes de ellos a los lectores, formando una relación documentada, rigurosamente histórica, de la intervención que la Marina española tuvo en la guerra hispanoamericana, y que es un hecho de armas, según mi pobre juicio, tal vez el más heroico y el que supone más amor y obediencia a las ordenanzas de la patria de cuantos registra la historia contemporánea.

Los antecedentes de la lucha, que tuvo como teatro la boca de Santiago, y como desenlace la pérdida de nuestras colonias de Oceanía y de las Antillas, son muy complicados; tienen hondísimas raíces. Prescindiendo por completo de lo que pasó en Filipinas, que bien pudiera prestarse a otra relación para la cual no faltan valiosísimos datos ¹, limitémonos a las Antillas y a los años que precedieron a la declaración de guerra.

La lucha por la independencia venía de muchos años atrás. Haciendo caso omiso de la guerra de 1873, y del convenio de Zanjón en 1878, que dió aparentemente fin a la guerra llamada de los diez años, podemos resumir los gobiernos de los tres últimos capitanes generales de Cuba con estas ligerísimas indicaciones históricas: En 1895 el general Martínez

¹ Lo más completo sobre el desastre de Filipinas y sus antecedentes y causas es el libro titulado *Ante la opinión y ante la Historia (el almirante Montojo)*, por C. P., Madrid, 1900. Sobre Cavite en particular, el libro de D. Víctor M. Concas, *Causa instruída...*

Campos había iniciado una campaña bastante desgraciada; desde el convenio separatista habido en Bayre la insurrección propagóse por el Oriente de la isla, donde atizaban el fuego José Martí y Máximo Gómez, y en 1.º de abril desembarcaron José y Antonio Maceo, siendo reconocidos poco después, Martí como jefe superior, y Antonio Maceo como jefe del ejército de Oriente, y Máximo Gómez como general en jefe.

Los recursos con que contaba este grupo de insurrectos eran inagotables; numerosas expediciones filibusteras llegaban sin cesar de los Estados Unidos; el 17 de marzo de 1895 desembarcó en Varadero, cerca de Cárdenas, la expedición de Enrique Collazo; el 19, la de Braulio Peña; el 24, la de Calixto García, que tomó tierra en Baracoa, y aunque el jefe superior José Martí pereció poco después en el combate de Dos Ríos, la hidra tenía muchas cabezas, y Gómez y Maceo y otros cabecillas tomaron el mando inmediatamente para reemplazarle.

Estando así los asuntos en Cuba, llegó a la Habana el general D. Valeriano Weyler el 10 de febrero de 1896. Este austero y técnico militar se propuso desde el principio sustituir el sistema de blandura, que tan poco fruto le diera a su antecesor, por el rigorismo militar, sintetizado en la frase de Cánovas del Castillo: *luchar hasta el último hombre y la última peseta*.

En efecto, comenzó aislando a Maceo en Vuelta Abajo, y el revolucionario pagó sus rebeldías con la vida el 7 de diciembre, a manos del bizarro comandante Cirujeda.

Weyler había ya obtenido con el rigor lo que Martínez Campos no pudo obtener con paliativos y blanduras, y la isla se prometía una muy cercana era de paz, cuando el asesinato de Cánovas del Castillo en Santa Agueda, el 8 de agosto de 1897, vino a cambiar por completo el rumbo de la campaña cubana. El partido liberal subió al Poder, presidido por don Práxedes Mateo Sagasta, y Weyler entregó el mando al general Blanco, que llegó a la Habana el 30 de octubre de 1897.

Don Ramón Blanco llevaba prendido del ojal de su levita un ramo de oliva, prometiendo a los cubanos la *autonomía* en su lírico *manifiesto*; pero aquel paso, aconsejado años antes y a tiempo por D. Antonio Maura, ya era una proposición trasnochada y tardía, de tal suerte, que Máximo Gómez respondió con otro *manifiesto*, en donde, por boca de Bartolomé Massó, se conminaba con «la pena de muerte a todo jefe u oficial que aceptase las proposiciones de España» ¹.

En estas críticas circunstancias aparece la intervención, clara y definida, de los Estados Unidos en el asunto.

* * *

La conducta de los Estados Unidos con España, antes de declararle oficialmente la guerra, es un verdadero contrasentido. Que *jugaban a dos cartas*, no puede negarse ante los hechos, probados hasta la saciedad

¹ Puede verse un hermoso resumen de esta guerra en el *Diccionario de Espasa*, letra C (Cuba; su historia).

por la historia. La carta que echaban sobre el tapete de la política europea decía: *humanitarismo*; la que guardaban en el secreto de su intención, y a la que verdaderamente jugaban, decía: *intereses comerciales*. Vamos a sorprender el doble juego.

El nuevo presidente de los Estados Unidos, Mac-Kinley, se expresa así el 6 de diciembre de 1897 en



El Presidente de los Estados Unidos, Mac-Kinley, firmando el *ultimatum*.

el *discurso del Mensaje*: «El ofrecimiento hecho en abril de 1896 por mi predecesor, brindando los amistosos oficios de este Gobierno para una mediación por nuestra parte, no ha sido aceptado por España... De las medidas aun no experimentadas, sólo quedan ya: o el reconocimiento de los insurrectos como beligerantes, o el reconocimiento de la independencia de Cuba, o una intervención neutral para poner término a la guerra, imponiendo un convenio racional a ambas partes combatientes, o,

por último, la intervención en favor de una u otra parte»¹.

El ofrecimiento de su predecesor (Cleveland), a que alude Mac-Kinley, es éste: «Finalmente, se hace lo posible para que, a falta de lo que antecede (los medios de conciliación), se ponga término a la lucha destructora de Cuba por medio de nuestra intervención, aun a costa de una guerra entre España y los Estados Unidos, guerra que, según profetizan confidencialmente sus preconizadores, ni sería grande, ni de dudoso éxito... De aquí que, cuando se demuestre la ineficacia de los medios que España emplee con los rebeldes, y cuando los esfuerzos desesperados que se hagan para establecer la soberanía legal de España degeneren en inútiles sacrificios de seres humanos y en total destrucción de aquello mismo que fué causa de la guerra, se creará un estado de cosas en el cual nuestras obligaciones para con la soberanía de España quedarán postpuestas a más altos deberes, que no podemos dudar en reconocer y cumplir»².

¿Cuáles eran las proposiciones que exigía de Ma-

¹ Mensaje del presidente, insertado en el *Libro Rojo*, documento núm. 30 (anexo), pág. 72. Llamo *Libro Rojo* al que publicó nuestro Gobierno en 1898, titulado *Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1898 por el ministro de Estado*. En este libro, de cubierta roja o *Libro Rojo*, se insertan todas las negociaciones entre ambos Gobiernos, español y americano, desde el 10 de abril de 1896 hasta la declaración de guerra.

² *Libro Rojo*, documento núm. 4, pág. 18... Mensaje del presidente (Cleveland) norteamericano el 7 de diciembre de 1896.

drid el Gobierno americano para que éste se diese por satisfecho y no apelase a la intervención?

El ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en la corte española, Mr. Woodford, le propuso al Sr. Sagasta en un pliego, entregado el 29 de marzo de 1898, «un armisticio inmediato que dure hasta 1.º de octubre», para tratar de la avenencia entre España y los insurrectos, junto con la revocación de la orden relativa a *las reconcentraciones* dadas por Weyler, para que los labradores cubanos pudieran volver al trabajo ¹.

El Gobierno español contestó por medio del ministro de Estado, a 31 de marzo, «que el general Blanco, obedeciendo las instrucciones del Gobierno, acababa de revocar en las provincias occidentales la orden de *las concentraciones...*, y que el Gobierno español no tendría inconveniente en aceptar desde luego una suspensión de hostilidades, pedida por los insurrectos al general Blanco» ². Y, sin embargo, el Gobierno norteamericano siguió con sus exigencias hasta llegar a la ruptura.

Veamos lo que en realidad acaecía; cuál era la carta oculta a que ellos jugaban. Don Raúl Tavares, en su obra de *De Cavite a Santiago*, cita un artículo *sen-sacional*, de Mr. Hannis Taylor, predecesor de Woodford en la embajada madrileña; que se publicó en el *North American Review*, y el artículo dice que la

¹ Apunte entregado por Mr. Woodford al Sr. Sagasta en la conferencia celebrada el 29 de marzo de 1898, *Libro Rojo*, pág. 156, documento núm. 108, art. 5.º

² *Libro Rojo*, pág. 158, documento núm. 110. En el *Libro Rojo* está equivocado el mes, poniendo *mayo* en vez de *marzo*, como se ve por los demás que anteceden y siguen.

cuestión de humanidad no es la única que aquí entra en juego; surgen además ocultos intereses materiales y futuros perjuicios que se ocasionarían al comercio americano, de no hacerse la guerra, evaluados en muchos millones de dólares, y concluye así: «El problema cubano no puede ser resuelto ya por España, sino que los Estados Unidos tienen que intervenir forzosamente» ¹.

La historia contemporánea sabe que las ciudades de los Estados Unidos eran el sitio de refugio y el venero inagotable de oro que tenían a su disposición los separatistas.

Cuando en 1848 se le escapó al general Roncali aquel Narciso López, periodista y muñidor de tramas, fué a dar con sus huesos en Nueva York, en donde siguió tramando enredos desde su periódico *La Verdad*, y de allí volvió a Cárdenas en 1850 con una cuerda de aventureros. En Nueva York se refugiaron poco después Cisneros (*el Lugareño*) con varios filibusteros, perseguidos por España, para desde allí, unidos a Domingo Goicura, a Valiente, a Talón, a Villaverde y a otros muchos, seguir maquinando contra España.

Durante el gobierno del general Concha, por los años 1851, desembarcaron dos expediciones filibusteras, que venían de los Estados Unidos, una de 600 hombres, casi todos americanos, en Bahía Honda, capitaneados por Narciso López, a quien se capturó y fusiló, concediéndoseles a los demás el favor de reembarcarse para los Estados Unidos, por mediación de la bondadosa reina de España.

¹ *De Cavite a Santiago*, por Raúl Tavares, pág. 27.

Años después, la Junta central republicana de Cuba, que funcionaba en Nueva York, y cuyo presidente era un tal Morales Lemús, llegó a proponerle a España la compra de Cuba en 100 millones de pesos, proposición que apoyó en Madrid el secretario de Estado del Gobierno americano, Sr. Hamilton Fish. En 1874 se verificó la misteriosa captura del barco norteamericano *Virginus*, traído preso a Santiago de Cuba y fusilados 53 de su dotación, porque conducían armas y municiones a los insurrectos.

El recuerdo de las maquinaciones, casi públicas, del general americano Mr. Lee, cónsul de los Estados Unidos en la Habana, y otros muchos cabos sueltos, nos pueden asegurar que no era tan sólo el *humanitarismo* el que puso las armas en los brazos a los norteamericanos y cargó los cañones de sus acorazados ¹.

* * *

Los antecedentes en España también son muy conocidos de todos. Podemos fijarnos en una fecha, que fué la decisiva tal vez, y la que da comienzo a los preliminares de la tragedia. Consígnala en el número de 10 de octubre de 1897 *La Lectura Dominical* con estas palabras: «Por fin, el lunes, día 4, pudo formar Sagasta el Gabinete del modo siguiente: *Presidencia*, Sagasta; *Estado*, Gullón; *Gobernación*, Gapdepón; *Hacienda*, Puigcerver; *Fomento*, Xiquena; *Gracia y Jus-*

¹ En el Apéndice núm. 1 encontrará el lector un extracto de las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos desde 1895 hasta la declaración de la guerra. Está sacada de nuestro *Libro Rojo*.

ticia, Groizard; *Ultramar*, Moret; *Guerra*, Correa; *Marina*, Bermejo. Los únicos que por primera vez son ministros son los de Guerra y Marina. El general Correa es un ilustre militar, procedente del cuerpo de Artillería; ha sido subsecretario de Guerra, donde mostró condiciones de hábil oficinista, y ahora mandaba el quinto cuerpo de ejército. El vicealmirante Bermejo también es un reputado marino, que ha escrito obras profesionales y puramente literarias; ahora mandaba la Escuadra de instrucción. Ni uno ni otro son hombres políticos, ni habían figurado en cargos fuera de los de su profesión.» Están bien retratados: dos hombres caballerosos, buenos y con algún barniz científico, pero no los que pedía la situación comprometida de España.

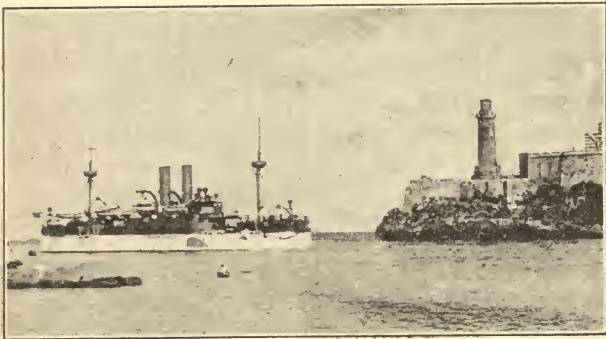
El Gobierno de Sagasta vivió todo el resto del año de 1897 en el mejor de los mundos. Confiaba en que los asuntos de Cuba tendrían una solución pronta y amistosa. En una *entrevista* celebrada con cierto redactor de *Le Temps*, que vió la luz pública en Madrid, en *El Día*, decía D. Segismundo Moret: «¡La guerra! No es posible que los Estados Unidos la deseen, y, por nuestra parte, bien sabe Dios que la aceptaríamos en último término; pero creemos tener algún derecho a la simpatía de Europa; no desconocemos la justicia de nuestra causa, y... ¿qué nación podrá vanagloriarse de no tener que defender, en un plazo más o menos lejano, intereses análogos a los nuestros contra los Estados Unidos?»¹

¹ Es curiosa la *entrevista*: puede leerse toda en el número de *El Día* correspondiente al 17 de noviembre de 1897, y algunos párrafos en el Apéndice núm. 2.

Esta confianza en el poco interés de la guerra por parte de los norteamericanos, y, en último caso, la mediación de alguna potencia europea, vino a tomar más cuerpo aún con la amistosa visita del crucero americano *Maine* al puerto de la Habana.

* * *

Los barcos de los Estados Unidos tenían prohibición de anclar en nuestros puertos cubanos desde el gobierno inflexible de Weyler, porque transportaban contrabando a los insurrectos. Una valiente protesta de varios militares en la Habana contra cierto perió-



El *Maine* entrando en el Morro de la Habana (cuadro).

dico separatista vino a excitar en Nueva York más y más los ánimos, sobreexcitados con esta prohibición dada a sus barcos de guerra, y Mac-Kinley, para calmar aquella excitación de sus paisanos, les anunció que las relaciones entre España y los Estados Unidos eran cordiales, hasta el extremo de que muy en

breve los barcos de guerra americanos podrían entrar en los puertos de Cuba.

En efecto, el 25 de enero de 1898 entró el *Maine* en la bahía de la Habana, siendo recibido oficialmente por las autoridades, y el 5 de febrero fondeó el crucero *Montgomery* en el puerto de Matanzas, y el 6 de ese mismo mes se estacionaba casi toda la escuadra americana en los Cayos de las Tortugas, cerca de la Habana, *para hacer maniobras navales*.

Sagasta, con su Gabinete, se llenó de júbilo al saber la visita del *Maine*, y el ministro de Estado español telegrafió en seguida al representante de España en Wáshington que «España aceptaba estas muestras de cordialidad y simpatía como rectificación de las graves injusticias formuladas por varios oradores del Parlamento americano contra España, y procuraría que a su vez buques de nuestra Escuadra visitasen los puertos de aquella República» ¹.

Aquel mismo día se dieron órdenes al crucero (el oficio le llama *acorazado*) *Vizcaya* para llevar la representación de España a los Estados Unidos y devolver la visita de cortesía hecha por el *Maine*, y poco tiempo después salió el *Oquendo* con la misma misión.

Entretanto era preciso hacer algo para el caso *hipotético y quimérico* de una ruptura con América, y se comenzaron a dar los pasos para la compra de barcos de guerra, ya que hechos no los había, y para hacerlos faltaban tiempo y diques.

¹ Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado, Sr. Gullón, pág. 104. Sobre la verdadera causa de la visita del *Maine*, consúltese el Apéndice núm. 3.

Aparecieron en seguida los periódicos madrileños de fines de marzo repletos de datos sobre la compra del crucero italiano *Garibaldi*, recién salido de los astilleros de la casa Ansaldo, con 7.000 toneladas de desplazamiento, 100 metros de eslora y las demás características del buque; pero el barco no se compró; ni se compró otro que ofreció la misma casa Ansaldo, y que la imaginación española llegó a bautizar con el nombre de *Don Pedro de Aragón*; ni se compraron dos hermosos cruceritos que en los astilleros de Armstrong se construían para el Brasil y se ofrecieron a España, pero que al fin los compraron los Estados Unidos; ni otros tres barcos rápidos que a la sazón fabricaba una casa alemana para China y los quisieron vender a España; ni el acorazado *O'Higgins*, que propusieron los chilenos al Gobierno español. Todos tenían defectos, y para comprar algo que satisficiera el ansia nacional por verse con barcos, se compraron... un hermoso yate de recreo, llamado *Giralda*, y tres trasatlánticos alemanes inofensivos, desarmados y sin emplazamientos, y unos cuantos cañones premiosos, sin alzas, sin tablas de tiro ni aparato de puntería. Así estaba el Gobierno español a principios de abril ¹ de 1898.

¹ Puede verse, además de otras cartas de D. Pascual, que poseo, la obra de D. Damián Isern, *El desastre naval y sus causas*, donde se hallarán datos aún más peregrinos, sacados de los documentos de entonces.



La sociedad en que cada cual cum-
pliere con su deber, sería feliz

Reymundo ^{de} Trucal benavente
Plaza de Mina 2
Cádiz

Pl. Real 25-11-10

Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete, almirante de la escuadra española (fotografía).



II

LA ESCUADRA DE OPERACIONES

SUMARIO: Cervera, al frente de la escuadra; maniobras navales.—Trasiego de barcos.—La catástrofe del *Maine*.—Cervera pide ir a Madrid para combinar un plan de guerra y se le manda ir a Cabo Verde.—Su *testamento militar*.

Sobre este fondo de imprevisión y de política desorientada, vamos a ver cómo se mueve la figura del almirante Cervera.

El asesinato de Cánovas del Castillo acaeció mientras D. Pascual, después de haber dimitido el cargo de comandante general de la Carraca y quedado *de cuartel*, tomaba tranquilamente las aguas de Vichy.

El 4 de octubre formó Sagasta el Gabinete liberal, y el 11 del mismo mes recibió Cervera un telegrama urgente del Gobierno, llamándole a Madrid para nombrarle comandante general de la escuadra, en sustitución del nuevo ministro de Marina, D. Segismundo Bermejo, cargo de que tomó posesión en Cádiz el 30 de octubre, enarbolando su insignia en el *Vizcaya*.

¡Qué escuadra! Acababa de venir de un *viaje de*

instrucción sin haber ejecutado una maniobra; ni se habían efectuado de mucho tiempo atrás ejercicios de tiro; ni se habían estudiado prácticamente las condiciones tácticas de los barcos, ni ejercitado a las dotaciones en servicio de campaña ni en ejercicio de señales. Nos puede dar una idea de la actividad que en los barcos españoles habría, el hecho de que el *Reina Regente* se hundió en los abismos del mar sin que hubiese hecho a bordo un ejercicio de combate, y el de que los cañones de grueso calibre de la escuadra no habían disparado jamás otros cañonazos que los de prueba ¹.

El nuevo comandante general de la escuadra comenzó por organizar un gran programa de maniobras en Santa Pola, con objeto de adiestrar a las dotaciones y probar algo las piezas de los buques, «sometidas ya a dudas y vacilaciones sobre su resistencia».

El 27 de noviembre salieron, pues, de Cádiz el *Vizcaya*, que era el barco insignia; el *Oquendo*, el *María Teresa* y el *Colón*, para hacer en Santa Pola los primeros ejercicios de combate que se iban a presenciar en España desde 1884, cuando la famosa cuestión de las Carolinas y los temores de guerra con Alemania.

Una avería en el condensador de estribor hizo al *Oquendo* detenerse, disgregándose de la escuadra, y al pasar por Cartagena tuvo que quedarse el *Colón* para que se discutiese el pleito sobre sus cañones de grueso calibre.

¹ Estos pormenores están tomados de un documento privado; pero son dignos de toda fe, aunque parezcan increíbles.

Este pleito, que tanto va a marear al almirante, y que no se va a resolver, porque el *Colón* fué, por fin, al desastre sin cañones de grueso calibre, es, en sustancia, el siguiente: al comprar el *Colón*, construído por Ansaldo para la marina italiana, vino sin los dos cañones de grueso calibre que a su tonelaje correspondía. Cervera notó que los que le presentaba Ansaldo, números 325 y 313, no eran admisibles, y pidió otros dos, «que al menos no trajesen al barco un conflicto a la hora del combate». El barco fué a Génova, y se pasó en trámites el tiempo, y los cañones no se emplazaron al fin ¹.

Las maniobras llegaron a su término sin haberse podido hacer ni la mitad de lo que el almirante deseaba, porque el ministro de Marina no le concedió para ellas crédito alguno, antes le recomendó no *gastar mucho, no consumir carbón y ahorrar disparos* ². Sin embargo, pudo informarse perfectamente en ellas del estado de la escuadra.

Como se puede leer en sus comunicados al ministro, halló todo el material falto de condiciones, de tal modo, «que no le inspiraba confianza ninguna»; las plataformas de los servomotores ofrecían muy poca resistencia; los cierres de los cañones de 14 centímetros, que constituían las principales baterías de los tres cruceros, eran inseguros, o,

¹ Pueden verse estos trámites en la *Colección de documentos*, publicada por Cervera, págs. 8, 15; 17, 18, 19 y 21.

² Cervera, en una nota particular, dice que Bermejo «le aconsejó ahincadamente la necesidad de restringir lo más posible el uso de los cañones». (Véase también su *Colección*, pág. 7.)

más bien que inseguros, eran sumamente peligrosos; los *casquillos* o cápsulas de las municiones eran de malísima calidad y no entraban bien en los cañones, ni había seguridad, sino mucho peligro, al dispararlos; de suerte que Cervera resolvió no hacer pruebas ni ejercicios con aquellos cañones, que eran la verdadera arma ofensiva de sus buques ¹; la tubería de los condensadores era asaz defectuosa, y uníanse a estos defectos materiales de los barcos

¹ Como los cierres de estos cañones de 14 centímetros dieron tan malos ratos a los pobres marinos en el combate de Santiago, y fué una de las causas que hicieron más doloroso nuestro desastre, voy a transcribir esta nota privada, que debo a uno de los jefes que presenciaron el hecho y sufrieron las consecuencias. Dice así: «El defecto principal de la artillería de 14 consistía en que el sistema de cierres era tal, que la defensa de la pieza estaba confiada solamente al *casquillo* metálico del proyectil; de manera que si, lo que sucedía con frecuencia, se agrietaba el casquillo, había proyección de gases hacia atrás, con los consiguientes daños y averías en personas y en material. Como además los cartuchos que se tenían a bordo eran en su mayoría, fuera de unos 300, de *culote postizo*, fallaban todos y se agrietaban, produciendo el estrago en los sirvientes de la pieza. Sólo, como digo, había en toda la escuadra unos 300 por *embutación*. Por ahorrar éstos, previendo el almirante que no le darían otros, no quiso disparar con los malos y suprimió en las maniobras el ejercicio con los cañones de 14. En efecto, no se le dieron los que pidió por *embutación*, y en el combate de Santiago tuvimos que utilizar los malos, y tuvimos muchos marineros heridos por las palancas y piezas despedidas de nuestros propios cierres.

»Recuerdo que en Norfolk vi extraerle a un cabo de cañón un pedazo de ebonita incrustado en la frente, que era, sin duda, de la que aislaba las agujas eléctricas.»

la poquísima o ninguna práctica de las dotaciones, muchos de cuyos sirvientes no sabían ni para qué eran las diversas piezas de los cañones. Nótese bien todas estas deficiencias, porque van a entrar en juego en el combâte de Santiago.

* * *

Concluídas las maniobras, donde se le habían dejado hacer a la escuadra tan sólo *dos disparos* por pieza de grueso calibre, volvió a Alicante el 23 de diciembre de 1897, mientras la escuadra americana consumía una millonada de dólares en ejercicios navales.

Después de los ejercicios de tiro comenzaron los de movimiento de escuadra, aislados y en combinación con los cazatorpederos *Terror*, *Furor* y *Destructor* y los torpederos *Ariete*, *Rayo* y *Azor*, en los cuales empleó Cervera algunos días hasta volver a Cartagena, con objeto de tomar carbón y asegurar las plataformas de los servomotores, en cuanto daban de sí los escasos elementos que halló en el arsenal.

Al fondear en Cartagena se les unió el nuevo crucero *Alfonso XIII*, construído en El Ferrol, que aun no estaba, ni con mucho, en condiciones de prestar servicio; no había alcanzado ni los dos tercios de la velocidad de las pruebas; aun no había montado su artillería del todo, ni probado sus cañones, y recordando D. Pascual el fin trágico del hermano gemelo de aquel deficiente barco, el malogrado *Reina Regente*, decidióse por prescindir de él

y pidió al ministro que se lo borrarán de la lista de su escuadra ¹.

Mientras estuvo la escuadra en Cartagena se apoderó del Gobierno de España una especie de vértigo de movilización naval, que por poco deja sin barcos al almirante. El 26 de enero recibió Cervera un telegrama del ministro, mandándole trasladar su insignia desde el *Vizcaya* al *María Teresa* y despachar al primero con rumbo a Nueva York, para pagarle la visita del *Maine*. Tanta prisa le dieron, que el *Vizcaya* salió para la galante aventura el 30 de enero, sin limpiar sus fondos, sin el carbón necesario y sin arreglar lo más preciso.

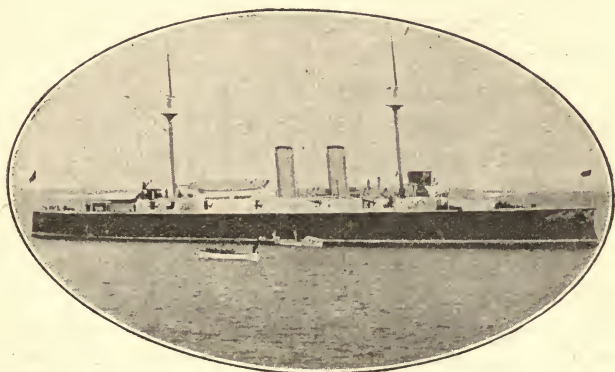
Pocos días después se le ordenó desprenderse del *Oquendo*, que siguió el rumbo del *Vizcaya*, a hacer visitas de etiqueta en los puertos norteamericanos. El *Colón* tuvo que ir a Génova para arreglar el asunto de los cañones de grueso calibre; los torpederos y cazatorpederos pasaron a la Carraca, con objeto de formar una escuadrilla al mando de Villaamil, y el *Alfonso XIII* quedó excluído definitivamente de la escuadra.

Cervera quedóse a fines de enero y principios de febrero con una escuadra, a la cual adiestraba improvisadamente y a toda prisa para una guerra que, según frase del almirante, *se acercaba en tren expreso*, y sus barcos eran el *María Teresa*, como insignia, y el *Lepanto*.

Sin embargo, el quedar tan desahogado Cervera le

¹ Lo referente al *Alfonso XIII* puede verse en los comunicados de las págs. 15 a 18 en la *Colección de documentos* citada.

servió para apretarle a su Gobierno, pidiéndole que, al menos, los pocos barcos que teníamos quedasen en condiciones de resistir un combate con honra. Con objeto de proveer al *Colón* de sus dos cañones de grueso calibre, practicó gestiones con la casa Armstrong para que, de los cañones ya probados que tu-



El barco insignia *María Teresa* (fotografía).

vieran, le mandasen dos que, con algunas modificaciones, se adaptaran al *Colón*.

Viendo que nada conseguía y que continuaba el inútil y desesperante *expedienteo* con la casa Ansaldo, le escribió a Bermejo diciéndole que se le pusiesen dos cualesquiera al barco, por defectuosos que fueran, «pues me parece—le dice al ministro en una carta—que habrá necesidad de aquella verdad del barquero: que el pan duro, duro, duro, más vale duro que ninguno»¹. Poco tiempo después volvió el *Colón*

¹ *Colección citada*, pág. 18.

para incorporarse a la escuadra, sin pan duro ni blando, es decir, sin los dos cañones, buenos ni malos.

La cuestión de los *casquillos* o balas de los cañones de 14 fué otro desencanto. De la documentación de este tiempo consta la urgencia con que el almirante pidió que se sustituyeran aquellas peligrosas cápsulas, que reventaban en la recámara del cañón, hiriendo a los sirvientes, por otras de embutición que no presentasen aquel peligro.

Oigamos a D. Víctor Concas, que va a explicarnos mejor este defecto: «Estas piezas de 14 centímetros, que constituían la verdadera fuerza de nuestros buques, disparan con sus cargas dentro de un estuche o casquillo metálico, semejante a la cápsula de un revólver. Habíanse encargado a la casa Armstrong, de Newcastle, de funesto recuerdo para la artillería española; pero vinieron de tal calidad que, al disparar, salían los gases por la recámara, y ya en las pruebas dieron más de un disgusto a los servidores de un cañón del *Teresa*, hiriendo a todos ellos al despedir parte del cierre. Cervera había pedido a mediados de 1896 otros casquillos a distintas casas, y tal prisa se dieron en España para cursar su eterno expedienteo, que al estallar la guerra comenzaban a venir las primeras remesas. La escuadra salió de Cádiz con sólo 300 de estos nuevos; todos los demás eran de los traidores e inseguros...»¹. El expedienteo versó, entre otras, sobre una cuestión baladí: que Bermejo creía suficiente el número de 1.500 para toda la escuadra,

¹ Sobre las *Enseñanzas de la guerra hispanoamericana*, por D. Víctor M. Concas.

y a Cervera le parecía poco el doble o triple de ese número; y en estas disputas llegó la guerra ¹.

Tampoco de torpedos *Bustamante* se le dió la cantidad que deseaba, y mientras hacía estas peticiones iba trabajándose en el arsenal para remediar, en cuanto la prisa dió de sí, los desperfectos de los dos barcos que le quedaron, porque sus calderas no tenían tubos de nivel y hubo que improvisarlos, y como los tubos de nivel se improvisaron allí muchas cosas.

Con toda esta calma y ceremoniosos trámites se llevaba en España la preparación de la flota, cuando un suceso vino a acelerar la ruptura de las tirantes relaciones entre los dos Gobiernos, español y americano.

El *Maine*, como hemos dicho, había entrado en el puerto de la Habana el 25 de enero de 1898; quedó amarrado a la boya número 4, teniendo a unos 120 metros de distancia al vapor español *Alfonso XIII*, sujeto en la boya número 3, y al *Legazpi* a 240 metros, en la boya número 2. Los tres barcos estaban bien cerca el uno del otro, como buenos amigos.

A las nueve y cuarenta de la noche del 15 de febrero, cuando la bahía semejaba un lago de aceite, vióse una llamarada de fuego, seguida de una horrible detonación, que desde la proa del buque americano subió a las alturas; una columna de humo envolvió el barco, y al evaporarse ésta, el *Maine* apenas dejaba ver parte de su casco: había hecho explosión.

¹ *Colección* citada: varios comunicados.

Al día siguiente sus restos fueron sometidos a dos minuciosas investigaciones, una por parte de los americanos, cuyo tribunal presidió W. T. Sampson, y otra por parte del Gobierno español.

Según los primeros, el barco había sido destruído por la acción exterior de un torpedo que ocasionó la explosión parcial de dos o más pañoles de proa; según el expediente español, la explosión había sido interna, y la explicaba de este modo ¹: El mamparo de metal que separaba las carboneras y los pañoles de pólvora era de muy poco espesor. Por otra parte, citaba el informe frecuentes casos de *combustión espontánea* en las carboneras de los buques, cuando éstas, casi desprovistas de carbón, contenían gran cantidad de polvillo y barreduras que quedan por el suelo.

En efecto, esto sucedía con los pañoles del *Maine*, donde se estaba metiendo carbón, y el desprendimiento de gases de aquel polvillo pudo producir la inflamación y romper el mamparo que separaba al carbón de la pólvora ².

¹ Tengo en mi poder copia de los dos informes y trozos de periódicos americanos de entonces y de varios años después, en que se dió el fallo definitivo y quedó triunfante la opinión española. El informe americano demuestra, o pasión premeditada o poca experiencia técnica. Prescindo de las sospechas, más o menos fundadas, de que el *Maine* ni voló por acción de torpedo exterior ni por combustión espontánea.

² En esta cuestión del *Maine* los Estados Unidos obraron de una manera muy arbitraria e injusta; diríase que a todo trance quisieron valerse de la catástrofe para declarar la guerra a España, sin importárseles nada cuál fuese la

España se portó entonces, como siempre en semejantes ocasiones de duelo, caballerosa y afligida; Bermejo se presentó en la legación americana para expresar la condolencia del Gobierno de la Reina a Mr. Woodford; Moret telegrafió a Mac-Kinley, y hasta el altisonante orador D. Emilio Castelar salió por la cuerda lírica con aquel discurso que comienza: «Decísme, americanos...»¹.

Pero los Estados Unidos no se avenían a razones; el cónsul americano en la Habana, el funesto general Lee, «el que tal vez sea el único que se haya

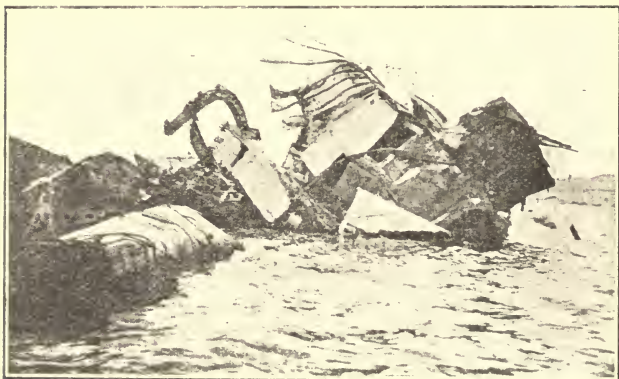
causa de la explosión. De los documentos del Apéndice número 1, se deduce: 1.º Que no permitieron que nuestros buzos entrasen en el interior del barco. 2.º Ni que trabajasen en compañía de los buzos americanos. 3.º No enviaron a España sino un extracto del informe suyo, y eso después de algún tiempo. 4.º No admitieron el informe español ni permitieron cotejarlo con el suyo. 5.º Se negaron a desglosar el asunto del *Maine* de las otras querellas que iban a presentar en las Cámaras contra España, cuando ésta propuso el someter la responsabilidad sobre la voladura del *Maine* a un tribunal internacional. Mac-Kinley, en el Mensaje de 11 de abril de 1898, llevó a las Cámaras el asunto del *Maine* mezclado con todas las demás reclamaciones, injustas todas, y no habló una palabra sobre el informe de los peritos españoles, basando sus quejas en la *certeza* de que el *Maine* había sido destrozado por un torpedo. Léase en el Apéndice núm. 1 el trozo del Mensaje que hace alusión al *Maine* (documento 129) y las palabras del *Memorándum* del Gobierno español.

¹ Sólo nuestro representante en los Estados Unidos, Mr. Dupuy de Lome, estuvo fuera de tono, escribiendo una carta comprometedora, quizá por lo cual fué depuesto por España. Véase este asunto en el *Libro Rojo* de nuestro Gobierno, pág. 126, núm. 68 y siguientes.

llevado al sepulcro la verdadera causa de la voladura del *Maine*, según dice el Sr. Isern ¹, se desbocó contra el honor de España.

* * *

Los americanos pusieron el grito en el cielo y rasgaron sus vestiduras al saber la *felonía española*, que



El *Maine*, después de la explosión (fotografía).

así pagaba la visita oficial de aquel barco, y apellidaron guerra y venganza.

En tales circunstancias, a los dos días de la catástrofe del *Maine*, llegó al puerto de Nueva York el cruzero *Vizcaya* para pagar aquella desgraciada visita. Su comandante, el fervoroso católico D. Antonio Eulate, se portó en semejante ocasión con la energía

¹ Muy triste es la historia de este hombre y su descarada complicación con los insurrectos cubanos. Puede verse la obra citada del Sr. Isern.

propia de su carácter. Puso en el barco señales de luto; ni aceptó ni devolvió visitas, y mantuvo a la dotación en armas para reprimir cualquier atropello. Por otra parte, se dió a proveerse de carbón, de que andaba muy escaso, aunque con grandes precauciones, por la voz que corría de que se iba a intentar una venganza del *Maine*, colocando bombas de dinamita en el fondo de las barcasas que hacían el carboneo. Pronto pudo salir sin contratiempo alguno, camino de la Habana, para unirse al *Oquendo* y encontrar, como veremos, a la escuadra de Cervera en Cabo Verde.

El calumnioso pretexto del *Maine* dió comienzo de hecho a la guerra. El Gobierno americano, que lo buscaba, no iba a despreciar aquella causa tan especiosa que la casualidad le brindó, y en vano se apeló al arbitraje o mediación de potencias extranjeras, mediación que por su parte España había desatendido cuando aún el asunto hubiese tenido arreglo. Consta que se brindó a intervenir el Japón, interesado como el que más en no admitir la ingerencia americana en Filipinas; consta que se brindó Bismark, el cual, de no ser admitida su mediación, propuso otro árbitro más calificado y desinteresado, cual era el prudente Pontífice León XIII, a lo que respondió Sagasta, según dicen, que «hablar de propósitos de arbitraje era hablar por hablar, porque ni nosotros lo aceptaríamos ni nadie se atrevería a proponer tal absurdo» ¹.

A principios de abril, veinte días antes de la de-

¹ Copia estas palabras el Sr. Soldevilla en su obra sobre la guerra americana, pág. 68.

claración oficial de la guerra, telegrafió el embajador español en Roma que le había visitado el cardenal Rampolla, de parte de Su Santidad, para decirle que las noticias que se recibían de Wáshington eran muy alarmantes; que el presidente de los Estados Unidos se mostraba propicio a aceptar la mediación del Papa, y éste quería saber del Gobierno español: «1.º Si la intervención de Su Santidad pidiendo un armisticio entre España y los insurrectos cubanos lastimaría el honor de España. 2.º Si esta intervención sería grata al Gobierno de Su Majestad» ¹. El Gobierno de Su Majestad fué dando largas al asunto, exigiendo como condición el que la escuadra americana se retirase de las aguas cercanas a la isla de Cuba.

Cuando la mediación del Papa había fracasado por la indecisión española, he aquí que el 9 de abril se celebró en casa del ministro de Estado en Madrid una reunión de los embajadores de las grandes potencias, y allí se decidió España a conceder, por fin, a los cubanos el armisticio que el Papa hubiese propuesto con más delicadeza y menos quiebra del honor español; pero ya era tarde: los Estados Unidos no lo admitieron ².

Esta cuestión tan triste de los malgastados ofrecimientos de armisticio tiene, sin embargo, una nota simpática, especie de ráfaga brillante, desprendida de

¹ Obra del Sr. Isern, citada, pág. 142 y siguientes. *Libro Rojo*, pág. 160, núm. 113 y siguientes. España no dejó, sin embargo, de atender la propuesta del Papa, aunque anduvo remisa en aceptarla, o no supo valerse de ella

² Esta cuestión del Gobierno español y el Vaticano ocupa en el *Libro Rojo* desde la pág. 160 a 172.

un lucero en medio de aquella noche oscura de desaciertos que a tan bajo nivel pusieron la política española: fué la voz de la augusta y cristiana Reina Regente, a quien se vió en aquellos días, horas y horas comunicando, ya con el Papa, ya con los soberanos de Europa, cual si quisiese defender como madre de fibra española a las hijas de allende el mar, puestas en peligro de ser arrancadas para siempre de sus brazos.

Lo que hizo en aquellos meses aciagos nuestra Reina augusta, aunque sin fruto, porque su voz era débil, como voz de mujer, pero con tesón incansable, porque su corazón era grande, como corazón de mujer cristiana, no lo olvidarán jamás los españoles, que contrajeron con su Reina una deuda de eterna gratitud ¹.

* * *

Estamos ya a 4 de abril de 1898, y Cervera no puede más: la situación se agrava por momentos; la guerra se viene encima *en tren expreso*, según su frase clásica; el Gobierno español se ha cerrado todas las puertas por donde pueda entrar un arreglo con Norteamérica; la escuadrilla de Villaamil está entretanto

¹ Al tratar este punto el Sr. Isern pone esta nota simpática: «En los archivos del Vaticano y en los de algunas Cortes europeas descubrirán los futuros historiadores algo que se adivina a través de los documentos diplomáticos publicados por nuestro Gobierno sobre la intervención frustrada del Santo Padre... Mientras el Poder responsable iba haciendo inevitable la guerra con sus torpezas, una augusta dama ponía sus relaciones personales y prestigio de familia al servicio de la causa de su hijo y de la salvación española.» Isern, lugar citado.

por esos mares de Dios, camino de la Habana, sorteando el encuentro con los acorazados americanos *Brooklyn*, *Columbia* y *Minneapolis*, que la buscan para hundirla, según corre la voz; el *Viscaya* y el *Oquendo* están en aguas de Cuba; el *Colón* sin sus cañones aún; los casquillos de las balas en la fábrica que ha de

enviarlos; él sin órdenes concretas, y la guerra a las puertas.



D. Diego Carlier, comandante del *Furor*.

Entonces se le ocurrió una idea luminosa: pedirle al ministro licencia para ir a Madrid, conferenciar con él y formar allí un plan de campaña especificado, concreto, tomando todas las precauciones según las diversas contingencias que pudieran ocurrir.

Por eso le pone este telegrama: «Cádiz, 4 abril 1898. Al ministro Bermejo. Creo que es muy peligroso que continúe su viaje escuadrilla de torpederos. Como no tengo instrucciones, es conveniente que vaya a Madrid para recibirlas y formar plan de campaña. Me preocupan las Canarias, que están en situación peligrosa. Si durante mi ausencia fuese necesario que la escuadra saliera, podría verificarlo mandada por segundo jefe»¹.

¹ Colección citada, pág. 40.

La respuesta no se hizo esperar; vino aquella misma tarde, y decía así: «Ministro Bermejo al almirante Cervera. Recibido su telegrama cifrado. En estos momentos de crisis internacional no se puede formular de una manera precisa nada concreto»¹. Esta contestación no era para el previsor almirante un jarro de agua fría, era un alud de nieve arrojado sobre su patriótico amor.

—¡Pero, señor!—se decía D. Pascual, paseando por la playa de popa del *Teresa*, con las manos a las espaldas y la mirada vaga, como si no viese clara la realidad de los mismos objetos—. ¡Pero, señor! ¡O yo me he vuelto loco o el mundo se ha vuelto al revés! ¡De modo que estamos a dos pasos de una guerra; vemos que el enemigo ha concretado ya sus planes reduciendo al mar la lucha, porque la guerra ha de ser exclusivamente por mar, y... precisamente por eso, porque está tan cerca, porque se echa encima, por eso no es hora de pensar en planes determinados, fijos, precisos!»².

Como él tenía ya el suyo, y era el de no salir a campaña sin haber precisado todos los pasos que en ella se podían dar y ponerse de acuerdo con el Gobierno, tomó la pluma dos días después y escribió la

¹ *Colección*, pág. 40.

² Estas ideas están tomadas de sus cartas y de conversaciones privadas del almirante con uno de sus hijos.

Parece que lo primero que hizo instintivamente el almirante al leer el telegrama del ministro fué llevarse las manos a la cabeza. Después, frunciendo el ceño con muestras de disgusto, dijo... «¡Señor, que no lo entiendo; que no lo entiendo!»

carta, un poco dura, que se inserta en su *Colección de documentos* ¹, y de la cual citaremos algunas frases:

«Mi querido general y amigo: En el correo de anoche recibí su carta ² del 4, y antes había recibido su telegrama sobre el mismo asunto. Precisamente por el estado de ansiedad en que todos estamos es por lo que interesa, y mucho, tener pensado lo que se ha de hacer, para no andar con vacilaciones, si llega el caso, sino obrar rápidamente, con medidas que puedan ser eficaces, y no ir como el famoso hidalgo manchego a pelear con los molinos de viento para ser descalabrados. Si nuestra fuerza naval fuese superior a la de los Estados Unidos, la cuestión sería muy sencilla, pues con cerrarles el paso, bastaría; pero como no es superior, sino que es muy inferior, tratar de cerrarles el paso, o sea presentarles una batalla naval con carácter de decisiva, sería el mayor de los desatinos, porque sería buscar una derrota cierta, que nos dejaría a merced del enemigo... A estas consideraciones obedeció mi telegrama, y mis ideas no han variado, porque *si nos coge sin plan*, vendrán las vacilaciones, las dudas, y detrás de la derrota puede venir la humillación y la vergüenza» ³.

Esta carta lleva la fecha del día 6 de abril; la del 7 tiene el telegrama de Bermejo, en que se le dice a D. Pascual Cervera: «Urge mucho salida; es preciso que sea mañana. Diríjase V. E. a San Vicente de

¹ *Colección*, pág. 40.

² Bermejo, no contento con el telegrama, le escribió más por menudo su opinión. La carta está en la pág. 40 de la *Colección de Cervera*.

³ *Colección*, pág. 40.

Cabo Verde; así que llegue, tomará carbón y agua. Comunique con semáforo Canarias, por si hubiese alguna novedad que notificarle. Las instrucciones, que se ampliarán, son, en esencia, proteger escuadrilla torpederos, que queda a sus órdenes, por estar en Europa *Amazonas* y *San Francisco*. No hay, por ahora, más buques americanos» ¹.

La última noticia de este telegrama venía a desmentir los rumores de que varios acorazados americanos surcaban ya por aguas europeas, con objeto de apresar a la diminuta escuadrilla de Villaamil o impedirle su paso hacia Cuba. La escuadrilla pudo unirse tranquilamente al resto de la escuadra poco después, sin que nadie la molestara.

Todo el día 7 de abril lo pasaron Cervera y Bermejo en cruzarse los telegramas que figuran en la colección impresa que nos va a servir de guía ². Son notables las palabras de uno de ellos, verdadero grito de angustia que lanza el previsor almirante, barruntando todo lo que siguió después: «Ruego a V. E. me permita insistir en la necesidad de concertar un plan general de campaña, a fin de evitar vacilaciones funestas; no dudo que el Gobierno tendrá formado su plan, que necesito indispensablemente conocer, si he de aspirar a cooperar a él con eficacia.»

¿Por qué no se le dejó a Cervera llegarse a Madrid, que, estando como estaba entonces en Cádiz, le hubiera sido tan hacedero y se hubiesen puesto de acuerdo ministro y almirante en pocas horas?

¹ *Colección*, pág. 41.

² Léanse en la pág. 41.

Pero se le mandó, por el contrario, salir para Cabo Verde, sin instrucciones concretas, que se le mandarían, según el ministro, por escrito, a bordo del vapor carbonero *San Francisco*; y Cervera obedeció las órdenes del Gobierno, y el 8 de abril de 1898 le puso este telegrama a Bermejo; «Son las cinco de la tarde y estoy saliendo con el *Teresa* y el *Colón*.—*Pascual Cervera*»¹.

* * *

Ya, a principios del año funesto de 1898, se había acordado el almirante de cierta carta, escrita dos años antes, el de 1896, a su primo D. Juan Spottorno, y viendo que en nada tenía que desdecirse de lo allí expresado, le escribió otra, más hermosa, si cabe, y más profética, donde augura todo lo que va a pasar con la escuadra. Le confió, además, la correspondencia habida entre él y el general Azcárraga sobre el mismo asunto, y a todos estos documentos les llamó él su *testamento militar*².

Iba, pues, Cervera a la guerra con su testamento hecho, como hombre que va a una muerte segura.

Más que testamento, que le hubiese sincerado ante la historia en caso de haber muerto en Santiago, es

¹ *Colección*, pág. 41.

² Las dos cartas a su primo, una escrita en Puerto Real, a 14 de marzo de 1896, y otra en Cartagena, a 30 de enero de 1898, pueden leerse en la *Colección* de Cervera, pág. 10 (la segunda) y pág. 11 (la primera). Don Pascual le envió la documentación, y su primo la selló ante el abogado D. Antonio Martí y el ingeniero D. Ginés Moncada, como testigos, y la conservó como un verdadero testamento de su primo. Véase el acta, pág. 11.

una carta que pudiéramos llamar *profética*, pues a no constar por los testigos D. Ginés Moncada y D. Antonio Martí, diríamos que Cervera había engañado al mundo, escribiéndola después del desastre y poniéndole una fecha dos años anterior a él. Como es curiosísimo este documento y el que más puede volver por la fama del almirante, vamos a oírlo íntegro, y es así:

«Puerto Real, 14 de marzo de 1896.—Querido Juan: El conflicto con los Estados Unidos parece conjurado, o, por lo menos, aplazado; pero puede resucitar cuando menos se piense, y cada día me confirmo más en que sería una gran calamidad nacional.



D. Pedro Vázquez, comandante del *Plutón*.

»Como no tenemos apenas escuadra, adonde vaya ha de ir toda, porque fraccionarla sería, en mi juicio, el mayor de los disparates; pero el segundo quizá sería enviarla a las Antillas, dejando indefensas nuestras costas y el archipiélago filipino. Por mi parte, no envidio la triste gloria, si gloria puede haber en ser vencido a ciencia cierta, de perecer a la cabeza de la escuadra; si me toca, tendré paciencia y cumpliré con mi deber, pero con la amargura de considerar mi sacrificio estéril, y antes de ir han de oír esto que te digo Beránger y Cánovas.

»Todavía, si nuestra corta escuadra estuviera bien dotada de todo lo necesario, y, sobre todo, bien adiestrada, podría intentarse algo; pero tú dices muy bien, que no hay más municiones que las de los pañoles, y yo añado que peor que eso es la falta de organización en todos conceptos, hija de muchas causas, entre las que descuellan la absurda economía de carbón, el continuo pase de los buques de una situación a otra y las exigencias locales.

»No me extraña lo que me dices respecto a mi persona, porque Beránger me cree su enemigo, y en verdad que yo no soy enemigo suyo ni de nadie. Soy, sí, enemigo del sistema que conduce a este desorden y a esta desorganización, y me acuerdo instintivamente del almirante Byng, ahorcado en Plymouth por una cosa parecida, después de Lissa; de Mathews, exonerado después de Cabo Sicié; de Bazaine, condenado a muerte después de Metz, y ahora de Barattieri, que viene a ser juzgado en Consejo de guerra, y ya se adelanta que será condenado a muerte o reclusión perpetua.

»Y esto es que, cuando los pueblos están desorganizados, sus Gobiernos (que son el producto de esa desorganización) lo están también, y cuando viene un desastre lógico no quieren ser sus causas verdaderas, sino que siempre gritan: «¡traición!», y buscan al pobre víctima, que expía las culpas que no son suyas. Por estas razones estuve muy vacilante antes de aceptar la faja; pero ya que la acepté, pecharé con las consecuencias que esto trae, y, como te digo antes, cumpliré con mi deber, pero recordaré las palabras de Jesucristo, y no por mí tanto como por la pobre

España, diré: «¡Señor, si es posible, pase de nosotros este cáliz!»

»Butler me parece muy buena elección, pero le compadezco, como a cualquiera otro que le toque.

»Estas cosas no es ocasión nunca de divulgarlas, y menos ahora, por lo que te encargo gran reserva sobre lo que te digo; pero al mismo tiempo te suplico que no rompas esta carta, sino que la guardes, por si conviniera alguna vez conocer mis opiniones de hoy.

»Adiós..., tu primo, *Pascual*.»



III

EN CABO VERDE

SUMARIO: Instrucciones del Gobierno a Cervera.—*Comandantes a la Orden*; opinan que deben quedarse en las Canarias.—Junta de generales de la Armada en Madrid; opinan que debe ir la escuadra a las Antillas.—*Salgo para el Norte*.—Juicio de los críticos navales sobre ambas opiniones.

El viaje a Cabo Verde se verificó sin incidente ninguno, con la mitad de las calderas encendidas y a un andar de doce a catorce millas.

El 14 de abril fondeó la escuadra en San Vicente de Cabo Verde, y allí le esperaba ya la escuadrilla de Villaamil, compuesta de los destroyers *Terror*, *Furor* y *Plutón*, y los torpederos *Ariete*, *Alcón* y *Rayo*, que navegaban conovoyados por el trasatlántico *Ciudad de Cádiz*.

Villaamil le dió a Cervera la noticia de que no se les quería vender allí carbón sino de un modo muy limitado, pues las huelgas de Cardiff dificultaban la venta de aquel material. El precio era también subidísimo, pues valía 51 chelines la tonelada, puesta en Londres.

Cervera recibió el 14 de abril este telegrama de Bermejo, trayéndole a la par noticias agradables y tristes:

«Noticias graves. Trasatlántico *Sau Francisco* sale para ésa con instrucciones y 2.000 toneladas de carbón. Esto no obsta para que empiece a tomar carbón del mandado comprar jefe escuadrilla. *Vizcaya* y *Oquendo*, desde día 9 navegan para unírsele» ¹.



La escuadra española en Cabo Verde (fotografía).

El telegrama del día 15 no era tan halagüeño; está concebido en estos términos: «Continúa situación grave. Cámaras americanas violentos y humillantes discursos para nuestra patria. Grandes potencias demuestran deseos de paz. Dicen confidencialmente de Wáshington que el 13 salió escuadra volante, compuesta del *New-York*, *Texas*, *Columbia*, *Minneapolis* y *Massachusetts*, para evitar unión de nuestros acorazados, dirigiéndose a ésa. Dudo que sea así, por no haber declaración de guerra, pero de todos modos es preciso que esté prevenido. Provéase de todo lo nece-

¹ *Colección Cervera*, pág. 44.

sario, y al llegar los acorazados alístelos inmediatamente»¹.

Los barcos se pusieron desde su llegada a meter carbón a toda prisa; se compraron víveres, cuantos halló el previsor Cervera en el mercado; quedaron un par de calderas retiradas con objeto de destilar agua, porque la que traían los aljibes del puerto no era suficiente, y D. Pascual se dió a esperar la venida del vapor *San Francisco*, donde iban a llegar las suspiradas instrucciones de su Gobierno. Un recio temporal le impidió llegar a Cabo Verde tan pronto como el almirante deseaba.

«Por fin, el 18 de abril—dice el inédito diario—tuvimos la alegría de ver entrar al *San Francisco*, que fondeó tan cerca de los buques como pudo y a barlovento, con objeto de aprovechar el tiempo, que nos urgía.»

Allí venían las famosas *instrucciones*. Comentándolas el tan célebre D. Víctor Concas, que iba en la escuadra como comandante del barco insignia *Maria Teresa*, dice de este modo: «Lo natural era que la escuadra del almirante, si irremisiblemente tenía que ir a las Antillas, se hubiera detenido en Canarias, donde en pocas horas se hubiese repuesto de

¹ *Colección Cervera*, pág. 44. Estos a quienes el ministro llamaba a boca llena *acorazados* son los cruceros *Vizcaya* y *Oquendo*. Corrió la voz falsa de que una sección de verdaderos acorazados norteamericanos se acababa de separar de su escuadra, para destruir nuestros torpederos antes de su llegada a Cabo Verde. Fué un engaño de la Prensa, y muy inverosímil, pues la guerra no estaba declarada aún.

todo lo necesario, sin contar con la importantísima circunstancia de tener allí el telégrafo a disposición del Gobierno y amarrado al cable de Cádiz, sin intervención extranjera alguna. Todo ello hizo suponer al almirante que se le mandaba a Cabo Verde para recoger la división de torpederos y convoyarla a la Península... En medio de estas esperanzas abrió el almirante las *instrucciones* que le traía el carbonero *San Francisco*, con verdadera ansiedad, y por mucho que estuviese su ánimo preparado, debieron afectarle profundamente, empezando porque eran de fecha 8 y acompañadas de una carta semioficial del 7, es decir, del día antes de la salida de Cádiz» ¹.

¿Por qué se le dieron en Cabo Verde unas instrucciones fechadas en Madrid y al tiempo en que aún estaba Cervera en Cádiz, y pudo muy bien recibirlas en dicha ciudad? La razón era muy obvia; lo que se le mandaba era muy duro, era de una prudencia táctica dudosa, y para que el almirante no protestase, no se le dejó llegar a Madrid; se le envió sin instrucciones a Cabo Verde, donde era mayor la dificultad de comunicaciones por telégrafo, y allí se las enviaron.

El cronista anónimo expresa de este modo la impresión causada por estas instrucciones y al mismo tiempo su contenido ².

¹ *La escuadra del almirante Cervera*, por D. V. Concas, pág. 40.

² Pueden leerse también en la *Colección*, pág. 43, y se verá que no dicen más que lo que apunta el cronista: «Salir para Puerto Rico y defender la isla»; estas eran las instrucciones en sustancia.

«El capitán del *San Francisco* traía a mano las famosas instrucciones. El desengaño que tuvimos fué inmenso; más que instrucciones era un *oficio* en donde se traslucía claramente que en Madrid no había aún ni plan ni concierto y que se nos mandaba salir completamente a la ventura, sin recursos de ninguna clase, y sólo para acallar la opinión pública. Se nos mandaba, en definitiva, que se nos uniese la escuadrilla de torpederos; y que todos juntos fuésemos a Puerto Rico o a otro puerto de las Antillas, encomendándonos su defensa marítima, defensa aérea, innominada, sin especial objetivo, sin determinar su amplitud y sin otra ulterior finalidad militar.

»Funcionaron las gabarras preparadas para el alijo del carbón que nos traía el *San Francisco*; pero... ¡cómo venía el *San Francisco*! No traía las materias lubricantes que correspondían a aquel repuesto de carbón; no traía más víveres que los necesarios para la tripulación del mismo carbonero, y hubo que encogerse de hombros, bajar a la ciudad y comprar cuantas materias lubricantes y cuantos víveres se hallaron, que fueron pocos y a precios exorbitantes.»

El 18 tuvieron los desterrados de Cabo Verde el consuelo de ver entrar al *Vizcaya* y al *Oquendo*. El primero, por lo sucio que tenía los fondos, quemaba una cantidad grande de carbón para sostenerse con la marcha del segundo.

El 20 de abril se recibió este telegrama del ministro:

«Comisión mixta Cámaras americanas aprobaron

intervención armada, declarando Cuba ser libre e independiente; créese firmará hoy presidente la resolución. Conviene alistarse»¹.

* * *

Las primeras palabras de este parte le decían claramente a Cervera que la guerra con los Estados Uni-



D. Emilio Díaz Moreu, comandante del *Colón*.

dos era ya un hecho, aunque no se hubiese declarado oficialmente; las últimas palabras de *conviene alistarse*, era decirle que saliese cuanto antes camino de las Antillas para cumplir las *instrucciones*.

El almirante le había escrito al ministro el día anterior, 19 de abril², una carta, expresando su desavenencia con tales órdenes e indicándole su parecer de

que era más prudente quedarse en las Canarias para acudir a cualquier peligro y no alejarse para defender las Antillas, que por el momento podían irse defendiendo ellas mismas, quedando, por el contrario, sin protección el resto de la patria. Pero al recibir

¹ *Colección*, pág. 48.

² Carta que puede leerse en la *Colección*, pág. 45.

tan fatídico telegrama, y al leer sobre todo la coletilla de *conviene alistarse*, quiso Cervera tomar ya una resolución definitiva y mandó izar en su barco la señal de *comandantes a la orden*.

Esta señal es un aviso a los comandantes que mandan los barcos de una escuadra para que acudan al buque insignia, porque el almirante quiere consultarles sobre un asunto grave y muy urgente. La junta de comandantes se tuvo en el *Colón*, insignia del segundo jefe de la escuadra, D. José García de Paredes, que a la sazón se hallaba algo enfermo.

Los nombres de los que asistieron a esta junta nos hacen ver que no se trataba de jefes ni cobardes ni inexpertos. Se hallaron presentes, además de los dos jefes de la escuadra, Cervera y García de Paredes, el capitán de navío D. Joaquín Bustamante, jefe del Estado Mayor de la escuadra e inventor de los célebres torpedos que llevan su nombre; D. Víctor María Concas, comandante del *Teresa*; D. Emilio Díaz Moreu, comandante del *Colón*; D. Antonio Eulate, comandante del *Vizcaya*; D. Juan B. Lazaga, comandante del *Oquendo*, y D. Fernando Villaamil, jefe de la cuadrilla de torpederos ¹. De éstos van a morir tres

¹ Sobre el carácter militar de cada uno de estos héroes, que compartieron con Cervera las amarguras de Santiago, hallo un documento muy interesante e inédito, que dice así en sustancia:

«Concas representaba la técnica naval, acreditada por largos años de estudios y trabajos marítimos; Paredes, Eulate y Lazaga eran el prototipo de la caballerosa tradición española; Bustamante representaba la ciencia militar; Villaamil y Díaz Moreu, el ambiente de la época, la política, a la cual ambos, con bastante buen sentido, habían colaborado.

gloriosamente y dos van a recibir heridas de gravedad; no eran cobardes.

Propuesta por Cervera la cuestión en estos términos, sacados textualmente del acta que allí se levantó: «En las circunstancias actuales que atraviesa la patria, ¿conviene que esta escuadra vaya desde luego a América o que cubra más bien nuestras costas y Canarias, para desde allí acudir a cualquier contingencia?», todos, después de maduro examen y deliberación, respondieron que «teniendo en cuenta las deficiencias de nuestra escuadra, en relación con las del enemigo, y los escasísimos recursos que actualmente presentaban tanto Cuba como Puerto Rico para servir de base de operaciones, y no ocultándoseles los inconvenientes graves que a la nación reportaría un descalabro de nuestra escuadra en Cuba, por dejar entonces casi impune la venida del enemigo sobre la Península e islas adyacentes», acordaban por *unanimidad* el proponer al ministro un puerto cualquiera de Canarias, donde esperar órdenes, y salir de allí al sitio por donde atacase el enemigo ¹.

»Fueron, pues, estas juntas modelos de severidad y verdad, donde se discutía amigablemente, pero con calor.

»De ordinario, Concas y Bustamante discutían las conveniencias militares; el grupo caballeresco daba la nota del valor, ardiente y a veces demasiado fogoso.

»El grupo político se inclinaba siempre al parecer del almirante.»

¹ El acta y los telegramas que a este asunto se refieren ocupan en la *Colección* de Cervera las páginas 47 a 51. Nótese las palabras que el almirante pone en el parte, donde resume la decisión de la junta, porque dicen mucho. Son

La narración inédita que tengo a la vista sobre lo sucedido en Cabo Verde dice que Cervera leyó en la junta de comandantes un telegrama que le acababa de traer el cónsul español de San Vicente de Cabo Verde, fechado en Wáshington, que no está en la *Colección* de Cervera. Decía así textualmente: «Según orden superior de ministro plenipotenciario, comunico a V. E. hoy mandaron *ultimatum* guerra, que empezará sábado. Plan inmediato; envió escuadra volante a Puerto Rico a destruir base de operaciones y carbón.—Agregado naval, *Polo*.»

Según este telegrama, que resultó cierto en todas sus partes, la primera acción naval que intentarían los norteamericanos era la de apoderarse de la isla de Puerto Rico, y esta noticia es de gran trascendencia para explicar lo que ha de venir después.

El telegrama anunciando la decisión unánime de los comandantes de la escuadra de no salir para las Antillas cayó en el Ministerio de Marina como una bomba; Bermejo quedó desorientado: en vano intentaba darle por sí mismo una solución al enigma; la voluntad de los comandantes era decidida.

El 21 de abril le puso Cervera este otro parte: «Mientras más medito, mayor es mi convicción que continuar viaje a Puerto Rico será desastroso. Para Canarias podría salir mañana; el carbón se embarca despacio porque hay escasez de medios. Los comandantes de los buques tienen igual opinión, y

éstas: «*Ariete* tiene en mal estado calderas; la del *Azor* es muy vieja; *Vizcaya* necesita entrar en dique para limpiar fondos, si ha de conservar su velocidad.»

¿Adónde iban a salir con estos barcos tan maltratados?

algunos más enérgica que yo. Necesito instrucciones»¹.

Bermejo le contestó aferrado a su parecer, aquel mismo día: «Como Canarias está perfectamente asegurada, y conoce V. E. telegramas de Wáshington sobre salida próxima de escuadra volante, salga con todas las fuerzas para proteger isla Puerto Rico, que está amenazada, siguiendo la derrota que vuecencia trace, teniendo presente la amplitud que las instrucciones le conceden y que le renuevo. La frase *salgo para el Norte* me indicará su salida, debiendo ser absoluta la reserva sobre sus movimientos»².

Cervera no le contesta a Bermejo al día siguiente con razones, le contesta con un grito de angustia y de desesperación, el grito del deber que impone la obediencia a las órdenes del superior, luchando con la evidencia de la realidad, que se rebela, porque ve claro que aquella obediencia es un desastre, una ruina, una ignominia para la patria que la impone. Este grito de desesperación es el telegrama expedido el 21 de abril, que dice: «Suplico a V. E. que me permita insistir en lo desastroso que concepitúo las consecuencias de nuestro viaje a América para el porvenir de la patria; así opinan todos estos hombres de honor; suplico a V. E. que lea este

¹ *Colección*, pág. 51.

² *Colección*, pág. 51. Aquí se hace referencia al telegrama que cita la relación inédita, y que no aparece en la *Colección* de Cervera. Era, pues, cierto que los norteamericanos iban a comenzar la guerra sitiando la capital de Puerto Rico.

telegrama, así como toda mi correspondencia oficial y confidencial, al presidente del Consejo para tranquilidad de mi conciencia»¹.

* * *

Bermejo, apretado de este modo por aquellos *hombres de honor*, quiso también quedar con la conciencia tranquila, y entonces apeló a un medio que, contemplado a la luz de la serena crítica, tal vez no merezca los plácemes del acierto². En la sala particular del ministro de Marina se reunieron en Madrid el 23 de abril todos los generales de la Armada, a las tres de la tarde, llamados por Bermejo para una junta, que decidiese la suerte de la escuadra, y, sin sa-

¹ *Colección*, pág. 54.

² El cronista anónimo de estos sucesos da su opinión sobre la junta de generales de Madrid con estas palabras: «El hecho de reunir esta junta, además de demostrar una abdicación de los deberes y oficios del Gobierno, implica una *ilegalidad*, planteando una conducta irregular en el Gobierno, que pudo traer funestas consecuencias; porque, si la junta aprobaba las decisiones del almirante de la escuadra, hacía ver una disidencia palpable entre la Marina y el Gobierno en el momento de comenzar la guerra. Si las desaprobaba, comenzaban ya las operaciones, dejando malparados y sin vigor unos prestigios legítimamente adquiridos y que le era preciso sostener al mismo Gobierno.» Yo no quiero más que citar estas palabras, pues no puedo dar mi juicio en lo que no entiendo. Sólo quiero corroborar la opinión del anónimo escritor, suplicando que se lea el libro de Concas, *La escuadra de Cervera*, pág. 60, al fin del capítulo iv, y se verá también la opinión de este técnico militar sobre la tal junta. Es curioso el trozo y debe consultarse.

berlo ellos, la suerte también de la guerra y de las colonias españolas.

Presidía el ministro, y allí se dieron cita los prestigios y las experiencias más conocidas de nuestra Marina. Estaban allí el almirante Chacón, los vicealmirantes Valcárcel, Beránger, Butler y Martínez; los



D. Juan B. Lazaga, comandante del *Oquendo*, muerto en el combate.

contraalmirantes Pasquín, Navarro, Rocha, Warleta, Mozo, Cámara, Reinoso y Guzmán, y los capitanes de navío de primera clase Gómez Imaz, Terry, Lazaga, Cincúnegui y Auñón.

Lo que allí pasó lo vamos a saber, no por lo que el ministro le notificó entonces a Cervera, sino por el texto del acta que se escribió, y que D. Pascual tuvo buen cuidado de copiar

a su vuelta de la prisión de Annápolis y publicarla en su *Colección* ¹.

Lo primero que allí pasó fué un momento de desorientación entre los generales, pues no sabían para qué se les convocaba: por eso, después de exponer vagamente el ministro el estado de tirantez con los Estados Unidos, le dijo el vicealmirante Beránger que eso ya lo sabían ellos, y el contraalmirante Pas-

¹ Por eso puede leerse en la *Colección*, págs. 54 a 61.

quín interrumpió a Bermejo para preguntarle que si aquello era una *junta de guerra* o una reunión de *amigos*, a quienes se va a pedir un consejo.

En el momento de decir Bermejo que la escuadra estaba en Cabo Verde esperando órdenes, recibió sobre sí la protesta de varios, sobre todo la de Beránger, la de Gómez Imaz y la de Mozo, por haberla enviado allí; y al oír que se la pensaba enviar a Puerto Rico, las opiniones se dividieron. Auñón fué el más decidido por que la escuadra saliese inmediatamente, y su opinión arrastró la de la mayoría, con más o menos modificaciones; Gómez Imaz juzgó que no debía salir, cuando menos, hasta que se le hubiesen juntado el *Carlos V* y el *Pelayo*.

Opinaron abiertamente en contra de la salida Butler, Lazaga y Mozo, sobre todo este último; que leyó su opinión por escrito. Es de notar que algunos de los que se decidieron por la orden de salida hacia las Antillas creyeron que antes de dársela se debía reforzar la escuadra con otros buques de combate ¹.

Bermejo le notificó al almirante Cervera la resolución de la junta de generales a 24 de abril en un telegrama algo extenso, pero cuya parte sustancial es ésta: «Oída la junta de generales de Marina, opina

¹ En el libro de Concas titulado *La escuadra de Cervera*, págs. 65 y 66, trátase más largamente este asunto. Allí nos dice que estos cuatro marinos, Gómez Imaz, Butler, Lazaga y Mozo, se opusieron y votaron en contra; pero que Gómez Imaz y Lazaga, no contentos con dar su voto, interesaron a varias personas para que por mediación de Sagasta se deshiciera tan descabellada orden. Copia el autor una carta de Lazaga a D. Francisco Silvela y la respuesta de éste, que son dos documentos notables.

ésta que los cuatro acorazados y los tres destroyers salgan urgentemente para las Antillas...; la derrota, recalada, casos y circunstancias en que V. E. debe empeñar o evitar combate, quedan a su más completa libertad de acción. En Londres tiene a su disposición 15.000 libras; los torpederos deben regresar a Canarias con los buques auxiliares... La bandera americana es enemiga» ¹.

* * *

Este telegrama era la voz imperiosa de la patria que les señalaba a aquellos hombres de honor el sendero del sacrificio; Cervera y los suyos no tenían ya que hacer otra cosa sino vestirse de heroísmo, bajar la cabeza y obedecer.

Dos cartas escribió D. Pascual para despedirse, antes de emprender el viaje hacia una derrota segura; una va dirigida al ministro de Marina, y está en su *Colección* impresa; otra la escrita a su hermano Vicente, que por ser íntima y de familia no figura allí, pero que yo voy a copiar del mismo original.

La escrita a Bermejo, contestando a otra de éste, en donde se sincera «de haber hecho por la escuadra cuanto estaba de su parte», tiene algunos párrafos que agrada a todos el leerlos, y por eso vamos a copiar los más notables:

«San Vicente de Cabo Verde, 22 de abril de 1898.

¹ Véase en la *Colección*, pág. 61, y nótese que está expedido desde el Palacio Real. En el Apéndice núm. 4 puede verse que no fué tan unánime el parecer de los generales sobre el enviar a Cuba la escuadra de Cervera.

Mi querido general y amigo: Aun no he contestado a su carta... Habla usted de planes, y por más que he hecho para que se formaran, como era juicioso y prudente, no he obtenido la menor satisfacción a mis deseos, hasta el punto de que, si hubiesen sido otras las circunstancias, habría pedido mi pase a la reserva, como lo pediré (si Dios me saca con vida de ésta) el día en que haya pasado el peligro. Aun lo pediría hoy, sin importármeme un bledo el que me tacharan de cobarde, si ese paso mío no produjera en la escuadra el deplorable efecto de una deserción de su almirante al frente del enemigo. ¡Que me ha facilitado cuanto he pedido! El *Colón* no tiene sus cañones gruesos, y yo pedí los malos, si no había otros; las municiones de 14 centímetros son malas, menos unos 300 tiros; no se han cambiado los cañones defectuosos del *Vizcaya* y del *Oquendo*; no hay medio de recargar los casquillos del *Colón*; no tenemos un torpedo Bustamante; no hay plan ni concierto, que tanto he deseado y propuesto en vano; la consolidación del servomotor de estos buques sólo ha sido hecha en el *Teresa* y *Vizcaya* cuando han estado fuera de España; en fin, esto es un desastre ya, y es de temer que lo sea pavoroso dentro de poco. ¡Y quizá todo podría aún cambiar! Pero presumo que ya es tarde para nada que no sea la ruina y desolación de la patria. Comprendo que tenga usted la conciencia tranquila, como me dice en su carta, porque usted es una persona buena a carta cabal; pero reflexione usted en lo que le digo y verá cuánta razón tengo»¹.

¹ Colección, pág. 63.

Haciendo eco a este lamento desesperado, al ver la próxima ruina de su patria, puede oírse otro, el del cristiano entregando su suerte en manos de Dios y pidiéndole perdón de sus culpas en trance tan peligroso. Es la carta dirigida a su hermano Vicente, que a la sazón se hallaba en Puerto Real, cuidando y consolando a la esposa y familia de D. Pascual, y literalmente dice: «Cabo Verde, 28 de abril de 1898. Mis queridos hermanos: Acabamos de refrendar nuestros pasaportes para el cielo. Hoy hemos confesado y comulgado casi todos los de esta escuadra para cumplir con el doble precepto que nos obliga, el del precepto pascual y el del peligro de muerte. Algunos han faltado, con gran pena mía, pero no me ha parecido bien obligarles. Vamos a un sacrificio tan estéril como inútil. Vicente, si sucumbo, como espero, cuida tú de mi mujer y de mis hijos. A todos os abraza, *Pascual.*»

Pocos momentos después de escrita esta carta, volaba hacia España, en alas del telégrafo, un mensaje locónico, cifrado, una nota ya convenida que podía leerse con dos interpretaciones: lo que propiamente quería significar, decía: *Vamos al sacrificio*; lo que literalmente leyó Bermejo en Madrid, decía: *Salgo para el Norte*¹.

* * *

Antes de seguir a la escuadra, camino de las Antillas, parece como que se impone la respuesta a esta pregunta: «¿Quién tenía razón, técnica y militarmente

¹ *Colección*, pág. 64.

hablando, Cervera y sus *hombres de honor* o la junta de generales de Madrid?

Líbreme Dios de formular un juicio mío, que ni he formado ni valdría un ardite. Sólo diré que los libros que tratan de esta pobre guerra, al llegar aquí se desatan *todos cuantos he consultado* en invectivas, o contra Cervera, creyéndole autor de aquel paso en falso, o contra el Gobierno, los que saben que de él dimanó la orden. Citaré testigos y críticos de mayor cuantía.

El teniente de navío brasileño D. Raúl Tavares, comentando el asombro que produciría a los marinos de Cabo Verde la tal orden, dice: «Asombro tan indescriptible como legítimo, porque la ida a las Anti-



D. Antonio Eulate, comandante del *Vizcaya*, herido en el combate.

llas, como dice muy bien Mahan, era sentenciar irremisiblemente a los cuatro valientes navíos a la destrucción y llevar la guerra a Puerto Rico» ¹. El distinguido y cristiano crítico militar austriaco D. Gui-

¹ «Asombro indiscriptivel quanto legitimo, porque a ida ás Antilhas era, como diz bem Mahan, sentenciar irremissivelmente os quatro valentes navios a levar em suas aguas a guerra a Puerto Rico, porque onde fosse a esquadra iria tambem a guerra.» *De Santiago a Cavite*, página 75.

lermo du Nord ¹, veterano del Sadowa y ciego por efecto de la guerra, aplaudiendo la energía con que el contraalmirante D. Manuel Mozo se opuso a la salida de la escuadra de Cabo Verde, dice así en *La Nueva Prensa Libre*, de Viena: «Tan solamente uno ², el contraalmirante D. Manuel Mozo y Díez Robles (un nombre hermoso en alemán, *jungling von zehn Eichen*), conservó la inteligencia bastante clara para no dejarse sorprender ni ofuscar al emitir su voto, y bien merece por ello que se haga resaltar su nombre sobre todos los demás de una manera bien expresiva.»

El vicealmirante inglés V. A. Colomb, en su folleto titulado *Las desventuras de Cervera*, se admira cómo siendo éste su almirante (predominante en su nación),

¹ Este ilustre crítico militar bien merece que le dediquemos una nota, aunque sea muy breve. Era oficial del ejército austriaco, y al batirse en la batalla del Sadowa quedó ciego. Desde entonces venía dedicado a los estudios militares, y con los artículos técnicos que, a semejanza de Milton, dictaba a su mujer y a su cuñada, se hizo célebre en toda Europa. Escribía en *La Nueva Prensa Libre*, de Viena, cuando se enteró de que el almirante de la escuadra española de Santiago había publicado una *Colección de documentos* referentes a la guerra hispanoamericana. Para poderlos estudiar a fondo se dedicó a aprender el idioma castellano, cosa que obtuvo con perfección, pues yo he leído toda su correspondencia con D. Pascual y puedo atestiguarlo. Con esta preparación de algunos años estudió la conducta de Cervera y de su Gobierno, y publicó una serie de artículos profundos en su revista. Los artículos, traducidos al castellano, se coleccionaron en un folleto que se titula *Conmemoración del 3 de julio*. En la pág. 7 están las palabras que yo cito.

² Hemos visto que fueron cuatro: Gómez Imaz, Lazaga, Butler y Mozo.

no llegó a rebelarse contra las órdenes de su Gobierno antes de salir de Cabo Verde y *llevar a su patria a la ruina*. Pero el fallo más decisivo parece que ha de ser el de A. T. Mahan, capitán de navío de la escuadra norteamericana, que intervino en la guerra, y cuyas obras sobre técnica naval han producido una verdadera revolución ¹ en todas las escuelas navales. En su libro titulado *La guerra naval y sus enseñanzas*, dice así: «No es concebible, ni se puede comprender, cómo entre los consejeros del ministro de Marina, que ya de por sí es un almirante, no hubiera *uno solo* (esto no es cierto) que le hiciese comprender cómo el enviar a Cervera a las Antillas, fuese al puerto que fuese, era darle a los Estados Unidos la seguridad de impedir toda comunicación futura entre Cervera y el resto de la escuadra española...» «Y de esta suerte (prosigue más adelante) se hizo a la mar Cervera con sus cuatro valientes naves, *sentenciadas irremisiblemente* por la locura o por el falso orgullo nacional, que se manifestaba en la forma de una presión política, sorda a todo juicio profesional» ².

¹ Bastaría para ponerle entre los críticos navales de más fama su obra titulada *Influencia del poder naval en la Historia desde 1660 a 1783*. Este profundísimo estudio se tradujo al castellano, formando un voluminoso tomo, y los traductores, D. Juan Cervera y Jácome y D. Gerardo Sobrini y Argullós, tuvieron la delicadeza, que agradezco desde estas líneas, de enviarme uno, con sentida dedicatoria de Juan Cervera, mi buen amigo.

² Cito la traducción castellana. Estas frases de «sentenciadas irremisiblemente las valientes naves de Cervera» se han hecho clásicas. Las repiten todos los autores al llegar a este punto.



IV

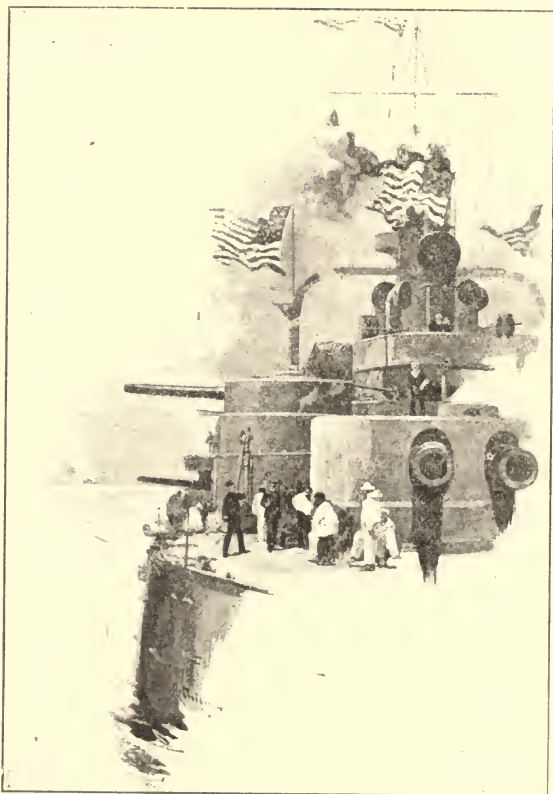
DE CABO VERDE A SANTIAGO

SUMARIO: Cruzando el Atlántico.—En la Martinica.—Hacia Curaçao; buscando carbón.—No hay más puerto seguro que Santiago de Cuba; ¡a Santiago de Cuba!

Don Pascual Cervera salió de Cabo Verde la mañana del 29 de abril con los barcos formados en línea de fila, los cruceros a la cabeza y los cazatorpederos detrás, *arrumbando* al Noroeste, camino de Canarias, para desorientar a los de la costa portuguesa.

El almirante, en medio de su pena, llevaba un consuelo muy grande: era la disciplina, el valor, los alientos de su dotación. Acababa de presenciar poco antes de la salida el hermoso acto de D. Angel García de Paredes, teniente de navío, que estaba entonces enfermo y con cuatro meses de licencia; pero que al ver cómo su barco, que era el *Colón*, iba a zarpar, renunció a los meses que aun le quedaban de descanso y fué a la guerra con todos. Este era el espíritu animoso, más que de la generalidad, de la totalidad de clases y marinería. Esto consolaba mucho al almirante, y le consoló en Santiago y en el mismo combate.

Cuando perdieron la costa de vista y se vieron en franquía, se procedió al orden de marcha y rumbo, según las últimas normas seguidas por los modernos



Una torre del acorazado americano *Indiana* (fotografía)

almirantes. Éstas consisten en colocar de tal suerte los barcos que puedan, a una señal, pasar de la línea de marcha a la de combate. En ésta quedarían los

cazatorpederos cubiertos por los cruceros, mientras que en la de marcha éstos llevaban a remolque a los cazatorpederos, economizando carbón y energías en el personal. Cada crucero estaba encargado de proveer a uno o dos de los barquitos menores, a sus expensas, de carbón, víveres y aguada.

La velocidad, que fué al principio de 10 millas, tuvo que reducirse a siete, porque el *Vizcaya*, con el estado de suciedad de sus fondos, no podía seguir al resto de la escuadra ¹. Así atravesaron aquellos marinos en trece días las vastas soledades del Atlántico, sin hallar enemigo alguno que les cerrase el paso. La disciplina, el ánimo, el buen humor de las dotaciones crecía por momentos.

Próximos ya a la recalada, se encendieron las calderas; los cazatorpederos dejaron las estachas de sus remolques, navegando con su propia máquina, y la escuadra tomó un paso de 11 millas, puesta en orden de combate. Nadie, fuera de ellos, conocía en el mundo el sitio por donde navegaban, porque en el misterio y en el secreto cifró Cervera el éxito de aquella arriesgada empresa. Esta sagacidad de nuestro almirante fué la que desorientó al enemigo, de tal suerte, que sólo al verle en Santiago pudo persuadirse de que había atravesado el Atlántico burlando sus maniobras.

Según las noticias que nos da en su obra el capitán de navío norteamericano Mahan, «el 29 de abril aban-

¹ Véanse más pormenores del viaje en la *Colección*, página 67, y en el libro de Concas *La escuadra del almirante Cervera*, pág. 81, y todo el cap. v, donde se cuentan algunos de los inconvenientes con que a cada paso tropezaban.

donó Cabo Verde la *escuadrilla* de Cervera con rumbo desconocido, y desapareció durante catorce días a toda investigación de los Estados Unidos» ¹. Más adelante añade que se sospechó por el Gobierno yanqui, al verla desaparecer, que su destino serían las Antillas, y «sospechas lógicas nos inducían a creer que irían primero a Puerto Rico, para tomar al menos carbón y víveres, y si su destino final era el puerto de la Habana, tendrían que pasar irremisiblemente por el tan vigilado canal de Barlovento, entre Cuba y Haití». Por eso decidieron los americanos que la división del almirante Sampson se estacionara en este canal para esperar a la escuadrilla española con el *Yorwa*, *Indiana* y *New York* y dos monitores.

No contentos con esto, pusieron dos vapores rápidos, el *Harward* y el *San Luis*, como centinelas, al Este de la Martinica y Guadalupe, con orden de cruzarse en sentido encontrado día y noche en una línea de Norte a Sur, a 80 millas de las citadas islas ².

El 9 de mayo aun no se sabía nada del paradero de los barcos españoles, y resolvió Sampson acercarse a Puerto Rico y bombardearlo, «por la probabilidad de hallar en el puerto a la escuadra española»; pero al llegar vió que el *duende* no estaba allí y se retiró hacia el Oeste.

Mientras Sampson andaba a ciegas en busca de aquellos *duendes marinos* que, según Mahan, «lograron desorientarnos del todo», llegaron éstos cerca del canal que hay entre Santa Lucía y la Martinica, de-

¹ *La guerra naval y sus enseñanzas*, versión española, página 59.

² Tomado de la obra citada, págs. 65 a 69.

rrota baja, no frecuentada por los buques, y que les permitía navegar con relativa tranquilidad. La bandera inglesa se le había señalado a Cervera como *sospechosa* por el Gobierno español ¹; así que los puertos de Jamaica debían considerarse como peligrosos para la escuadra, y aun cuando no eran tampoco muy de fiar los franceses, era preciso llegarse a alguno a recoger noticias antes de tomar una resolución definitiva.

Por eso el almirante ordenó a Villaamil que se adelantara con los dos cazatorpederos *Terror* y *Furor*, y entrando en el puerto de Fort de France, capital de la Martinica, recogiese allí noticias, tanto oficiales como privadas; que estudiara además las probabilidades que de carbonear hubiese e indagara el sitio donde aproximadamente la escuadra norteamericana estaba maniobrando y el puerto español de las Antillas que más seguridades de feliz arribada ofreciera.

El almirante, al salir de Cabo Verde, había pedido al Gobierno español que tuviese avisados a los cónsules y delegados amigos de los puertos donde *probablemente* pudieran llegar los barcos ², y como el Gobierno español le había comunicado a Cervera que en Curaçao encontraría 5.000 toneladas de carbón ³,

¹ En varios de los documentos de la *Colección* se dice.

² «Es conveniente que en puertos principales Antillas donde estos buques pudieran arribar, haya prevenidos agentes de confianza para darme noticias.» *Colección*, página 65.

³ «Dada orden Londres enviar 5.000 toneladas carbón, destino Curaçao, a disposición de V. E. o comandante Puerto Rico.» *Colección*, pág. 63.

era de esperar que en la Martinica hallase noticias y carbón en Curaçao.

El 10 de mayo, a las diez de la mañana, se adelantó Villaamil con sus dos barquitos, mientras a paso lento, con ojo avizor y en orden de combate, siguió la escuadra con rumbo al canal de Santa Lucía para hacer tiempo y esperar la vuelta de Villaamil.

Al día siguiente divisáronse en el horizonte, en dirección Noroeste, dos columnas de humo que parecían estacionadas en medio del mar. La dotación quedóse convencida de que el momento del combate había llegado. Les esperaba la vanguardia de la flota enemiga. Pronto se convencieron de que aquellas dos columnas de humo salían de las máquinas del *Terror* y del *Furor*, los barquitos de Villaamil.

Apenas quedó la escuadra española a la vista, cuando una de las dos misteriosas humaredas giró rápidamente, y dejando a la otra estacionaria, se perdió en el horizonte, como si no estuviese sino esperando a la escuadra para decirle: «Ahí queda eso.»

Eso era el *Terror*, que había quedado en el mar como una boya, según la frase de Concas. La causa era muy sencilla; los cazatorpederos no habían funcionado desde sus pruebas con todas las calderas, y cuando se les exigió un supremo esfuerzo, falló el material de las del *Terror*, se quemaron los tubos, y el barquito quedó inmóvil como una tortuga durmiendo en medio de las olas. Hubo que llevar después el barco remolcado hasta Fort de France, y fué el único que se libró de la catástrofe de Santiago.

Al anochecer del día 11 se acercó la escuadra al paso de la Martinica; llevaba las luces apagadas; sólo un farolillo, que de cuando en cuando enseñaba cada barco desde la popa, indicaba a los demás su sitio para evitar un abordaje; todos dormían en sus puestos de combate, si es que durmieron aquella noche tan triste y de tanta zozobra; los cañones estaban cargados con las municiones de repuesto, y la escuadra avanzaba hacia la Martinica, y el tiempo probable de vuelta de Villaamil había pasado, y Villaamil no volvía.

El corazón del almirante palpitaba con inusitada violencia. ¿Habría dado en manos enemigas? Porque de las noticias que le trajera el comandante de los torpederos dependía el plan que se formase para lo sucesivo.

Por fin, hacia la una de la madrugada, rasgó de pronto las tinieblas de la noche un haz de luz que daba la letra *R* del alfabeto Morse. Era la señal convenida. El barco insignia despidió entre las sombras otro haz que daba la *A*, y a las tres de la mañana subió Villaamil por la borda del *Teresa* para comunicar a su jefe las noticias recogidas en Fort de France. ¿Por qué había tardado tanto? He aquí la causa.



D. Fernando Villaamil, comandante de los dos torpederos, muerto en el combate.

Cuando el comandante del *Furor* llegó al puerto, hallóse con que el cónsul español estaba en el campo; y es que no había recibido del Gobierno de España comunicado ninguno, y ni sospechas podía tener de la proximidad de la escuadra. El cónsul era un hombre activísimo y muy adicto a España ¹, y al recibir el aviso se presentó a Villaamil, poniéndose a su disposición; pero en esto se perdió bastante tiempo.

Villaamil, entretanto, visitó al gobernador de la isla, hombre seco, infatuado, que le recibió agria y descortésmente. Le dijo que, una vez que el barco había entrado en el puerto, no le podía dejar salir ya, dando como causa o excusa que en aquella misma mañana había salido el crucero yanqui *Harward*, enviado por Sampson a recoger noticias sobre la escuadra española, y podían encontrarse en el mar. Villaamil le contestó que saldría aquella misma tarde, aunque fuese haciendo fuego sobre la plaza, y esto amansó algún tanto al agrio gobernador.

El comandante español le pidió que dejase carbonear a la escuadra, y el francés respondió que no tenía órdenes, y que era inútil, por tanto, que la escuadra viniese.

En lo que a noticias atañe, recogió Villaamil las que el cónsul español le dió, y aun más que éstas, las que el simpático D. Antonio Genís, capitán del carbonero español *Alicante*, que estaba en Fort de

¹ Era de nación francés, pero muy español en el fondo. Había prestado muy buenos servicios a España, y, entre otros, el de las carenas de los cruceros *Reina Mercedes* y *Alfonso XII*.

France como barco hospital, le comunicó. El señor Genís había tenido la feliz idea de ir coleccionando todos los retazos de periódicos que hablaban de un asunto tan candente en aquellos días, y Villaamil pudo llevarle a Cervera estos retazos.

Las noticias se reducían a estas vaguedades: que por fin los Estados Unidos habían declarado la guerra a España, cosa que al salir Cervera de Cabo Verde no era aún una realidad; que el Gobierno español no había dado ni el menor aviso de la llegada ni salida de la escuadra a su cónsul en la Martinica; que desde Cárdenas hasta Cienfuegos estaba la isla de Cuba sometida a un riguroso bloqueo nerteamericano; que otra segunda división de barcos yanquis, mandada por Sampson, se hallaba sobre Puerto Rico bombardeando la capital; que dos cruceros auxiliares rondaban por aquellos mares, acechando la venida de la escuadra española; que Puerto Plata y Savannah estaban en poder de los americanos; que en España había crisis ministerial, y probablemente dejaría Bermejo la cartera de Marina; que en Filipinas el almirante Dewey había destruído en Cavite la escuadra española de Montojo, y que Santiago de Cuba era el único puerto cubano libre de enemigos ¹.

Por lo tanto, nada tenía que hacer la escuadra española en la Martinica, si no es que quisiera mostrarse al enemigo que la buscaba, y por eso no entró en el puerto, sino que acercó tan sólo al *Terror* para

¹ Véase la carta escrita por Cervera desde Curaçao, y que figura en la *Colección*, pág. 70. Además, todos estos pormenores los copio de documentos inéditos, pero que responden en todo a lo dicho o insinuado en la carta.

que entrase en la *enfermería* de Fort de France, y separándose después con rumbo al canal de la Mona, se vió, por fin, allí libre de espionaje, y se mandó izar la bandera de *comandantes a la orden*. Era el 12 de mayo. Al tener junto a sí a todos los comandantes, Cervera les hizo una pregunta, que a él le sonaba a la voz de la esfinge:

—¡Y bien! ¿Qué hacemos ahora?

Larga y animada fué la junta ¹, y sus principales deliberaciones pueden concretarse de este modo: primero, que San Thomas debía de estar convertido en base naval de los barcos americanos que operaban sobre Puerto Rico, puesto que hacía muy poco tiempo los Estados Unidos se la habían querido comprar a los ingleses ², y, por lo tanto, no había que pensar en ella; segundo, que debido a la imprevisión del Gobierno español, dándoles las órdenes por un cable extranjero en Cabo Verde, los enemigos presumían como probable, y tal vez como cierta, la idea de que la escuadra iba a Puerto Rico, según los deseos de Bermejo; y probaba esta afirmación la continua vigilancia de los dos cruceros auxiliares (eran el *Harvard* y el *Saint Paul*), cerrándoles el paso por Punta Maisí; tercero, que la isla de Cuba no les ofrecía puerto seguro desde Cienfuegos a la costa Norte, y cuarto, que apenas si había carbón para llegar al puerto español más cercano.

¹ Véase el acta y lo referente a la junta en la *Colección*, pág. 68.

² Concas, en su libro *La escuadra de Cervera*, pág. 91, trata bien este asunto, que engendró serios temores a la escuadra.

Entonces leyó de nuevo Cervera el telegrama enviado a Cabo Verde por el ministro Bermejo el 26 de abril, en que le decía: «Dada orden Londres enviar 5.000 toneladas carbón destino Curaçao, a disposición de V. E. o comandante de Puerto Rico» ¹. Era de esperar que en dieciséis días habría tenido tiempo el vapor de llevar el carbón a Curaçao; éste era puerto holandés, y, por lo tanto, neutral. La solución se tomó por unanimidad; la escuadra se dirigió hacia la colonia holandesa.

Navegando a 14 millas, que apenas podía ya soportar el *Vizcaya*, les amaneció el 14 de mayo enfrente del puerto de Santa Ana, capital de Curaçao, con la firme persuasión de encontrar allí el espléndido regalo del Gobierno. Los cazatorpederos, como más rápidos, recibieron la orden de adelantarse, entrar en el puerto y prepararlo todo para la operación del alijo. El resto de la escuadra siguió su paso, y unas horas después doblaba las escolleras y bajos que forman el puerto de Santa Ana, uno de los más fantásticos, bonitos y seguros del mundo ².

A uno y otro lado del canal que forma la entrada se reclina la alegre ciudad, con sus casitas de construcción holandesa, techos de vivo color rojo y vertientes pronunciadas para que pueda escurrir el agua de las lluvias, que allí son abundantísimas. A la entrada del canal veíanse los macizos pilares donde descan-

¹ *Colección*, pág. 63.

² El autor de esta narración, que sabía algo de lo allí sucedido, sintió en el alma una pena indescriptible al recordarlo, una vez que, de vuelta de América, pasó tres días en aquel puerto.

sa el puente giratorio, que, al caer de la tarde, se tiende para dejar incomunicado el puerto con el resto del mar. En el fondo de la ría se dejaba ver el ensanchamiento del muelle donde están situadas las carboneras.

Don Pascual no pudo reprimir un gesto de extrañeza al acercarse al puerto. Los cazatorpederos aun no habían entrado en el canal que inicia el muelle. ¿Qué pasaba? ¡Escrúpulos neutralistas! El tímido, si no ya mal intencionado gobernador de la colonia, les había negado el hospedaje, apelando a la neutralidad, o, por mejor decir, a temores de disgustar a los americanos.



D. Víctor Concas, comandante del barco insignia *María Teresa*, herido en el combate.

A duras penas se pudo conseguir con él que dejase entrar a sólo dos cruceros y por cuarenta y ocho horas, y

fijándoles el máximum de carbón en 600 toneladas y a precio inconcebible.

Cervera escogió al *Teresa* y al *Viscaya*, que eran los más necesitados; hizo que el *Colón* rellenara las carboneras del *Plutón*, que estaba ya a *plan barrido*, y dejando el resto de la escuadra fuera del puerto, se metió en él, dispuesto a no desperdiciar ni una brizna de tiempo, que para ellos era, en efecto, oro y más que oro.

Mientras se metían las 600 toneladas de carbón en los cruceros, el almirante en persona se dedicó a comprar víveres, que logró adquirir «hasta completar treinta días por buque, *de capitán a paje*», y así se echó encima la noche, y giró el puente, y dejó incommunicados a los dos buques del resto de los demás, que quedaron casi en plena franquía.

¡Qué triste debió de ser aquella noche para la escuadra española! «¿Quién nos podía asegurar a los de dentro—dice un cronista—de que la escuadra norteamericana no nos había descubierto y les iba a atacar de noche a nuestros hermanos en aquellas aguas, que no tenían, por lo visto, de neutrales sino el no prestar su apoyo a los españoles?»

«No hay nada—añade Concas—que pueda dar idea de la ansiedad en que pasamos aquella noche del 14 al 15 de mayo, en que cualquier ruido nos parecía un ataque a nuestros compañeros, en cuyo auxilio nos hubiera sido imposible acudir» ¹.

Aquí el lector se llena de extrañeza y pregunta: ¿Y el carbón que Bermejo les había prometido enviar a Curaçao? ¿No eran 5.000 toneladas? ¿No estaban ya en Curaçao? En efecto, el carbón no estaba, y vino a comprobar esto una vez más lo imprudente que estuvo el Gobierno al no admitir una visita de Cervera en Madrid para formar un plan de campaña determinado y concreto.

La historia de este carbón es muy triste; es la historia de dos hombres que no se pueden entender, porque uno de ellos no quiso entenderse antes con

¹ Concas, obra citada, pág. 99.

otro. Hela aquí, sacada, punto por punto, de los telegramas oficiales que constan en la *Colección*, de Cervera ¹. En efecto, Bermejo ordenó que un vapor estuviese dispuesto en Puerto Rico para llevar a Curaçao las 5.000 toneladas de carbón. Cuando Villaamil llegó con su barquito a la Martinica para buscar noticias, le puso a Bermejo un telegrama, en que le decía, en nombre del almirante: «Martinica, 12 mayo 1898. La escuadra, sin novedad; excelente espíritu. Villaamil va a adquirir noticias, de que dependerán las operaciones futuras» ².

El Ministro español, cosa durante la guerra difícil de creer, creyó que la escuadra de Cervera había llegado a la Martinica toda ella, para sestear allí algunos días, y dió orden al barco carbonero, que aun estaba en Puerto Rico, a fin de que llevase el carbón de la escuadra a Fort de France, poniéndole además a Cervera un telegrama, que dice, entre otras cosas, comprometedoras hasta lo sumo: «Vapor *Alicante* debe encontrarse ahí, y otro vapor inglés, con 3.000

¹ No voy a copiar de los partes más que lo relativo al carbón; pero se pueden leer íntegros, valiéndose de las citas que iré poniendo.

² *Colección*, pág. 68. Parece como que Dios se complacía en probar el tesón de aquellos hombres, a quienes había escogido como víctimas para castigar en ellos las culpas de la patria. Dió la coincidencia de que el día que se detuvieron en la capital de Curaçao fuese día festivo. Necesitaban comprar ropa, echar en el correo la correspondencia particular de todos ellos y encontraron cerrados los almacenes y los estancos; tuvieron que dejar las cartas no sé a quién y el dinero para los sellos, y rogarle que las echase al día siguiente. Gracias a Dios, las cartas llegaron a su destino.

toneladas, debe llegar a este puerto a las órdenes capitán *Alicante*; puede disponer V. E. de ambos buques» ¹.

Pocas horas después, creyéndole aún en la Martinica, le dirige este otro telegrama, que arranca un ¡ay! de dolor al pecho español, sintiendo en el alma que Cervera no estuviese ya en Fort de France, para leerlo, pues no lo leyó, como ni el anterior, hasta verse libre en Santiago. Dice así el telegrama: «Desde su salida han variado las circunstancias. Se amplían sus instrucciones para que, si no cree que esa escuadra opere ahí con éxito, pueda regresar Península, reservando su derrota y punto recalada, con preferencia Cádiz. Acuse recibo y exprese su determinación» ².

Puede el lector figurarse lo que hubiese hecho Cervera de hallarse con carbón en abundancia y con libertad para volver a Cádiz; pero los pecados de España lo pedían así, y Dios hizo que la escuadra no entrase siquiera en la Martinica, sino que fuese en busca de carbón a Curaçao, según hemos visto.

Desde este puerto le puso Cervera al ministro el siguiente parte: «Curaçao, 14 mayo 1898. De acuerdo con segundo jefe y comandantes de los buques, vine aquí con esperanza encontrar buque carbonero anunciado en el telegrama de 26 de abril. Buque carbonero no ha llegado, y no he podido adquirir el que necesito, lo que crea conflicto, del que veré cómo salgo. Sólo han permitido entrada dos buques, limitando permanencia cuarenta y ocho horas» ³.

¹ *Colección*, pág. 68.

² *Colección*, pág. 68.

³ *Colección*, pág. 69.

Bermejo le contestó al *día siguiente* a Curaçao: «Madrid, 15 mayo 1898. Recibido su telegrama. Se ordena al trasatlántico *Alicante*, surto en Martinica, salga inmediatamente para ésa. Si creyese no alcanzase el tiempo para esperarlo, telegráfíe urgente comandante *Terror* para dónde lo quiere. En vista su ida a Martinica, vapor encargado ir a Curaçao se ordenó fuese Martinica, ignorando si éste último ha llegado» ¹.

* * *

Cuando este telegrama llegó a Curaçao, la escuadra de Cervera estaba ya en medio de la inmensidad de los mares, sorteando los encuentros con los enemigos, que comenzaban a olfatear el rastro de la presa, y con 600 toneladas más de carbón; es decir, un mendrugo de pan repartido entre seis bocas hambrientas.

Por eso, al verse con los barcos en alta mar, Cervera volvió a llamar a los comandantes para preguntarles de nuevo:

—¡Y bien! ¿Qué hacemos ahora?

El carbón no daba para más; era preciso buscar un puerto español, el más cercano, y éste era Santiago de Cuba: no había otro; los demás, según las noticias que tenían, estaban bloqueados.

Mandó el almirante apagar las calderas que no fuesen necesarias, y se dirigió hacia la isla de Cuba por un sitio, el más peligroso de todos. Poco después de formar la línea de combate y emprender el rumbo,

¹ *Colección*, pág. 69.

hizo el *Plutón* señales de *hombre al agua*, que obligó a la escuadra a detenerse.

Se rescató al mar su presa y se siguió adelante.

En una continua zozobra se pasaron los días del 15 al 18 de mayo, porque la escuadra tuvo que acercarse tanto a Jamaica, que se perfilaron sobre el horizonte azul las crestas de sus montañas.

A media noche pasaron los barcos por el canal o *Freu*, que separa a Haití de Jamaica. Aun no había mediado la noche, cuando pasaron dos bultos oscuros tan cerca de la escuadra española, que se pudieron distinguir perfectamente. Eran el *Saint Paul* y el *Harward*, los dos que estaban apostados de centinelas para disputarle a los españoles su paso por el canal. De uno de ellos enviaron el haz del reflector varias veces sobre el sitio por donde navegaba la escuadra; pero aun así no debieron divisarla, porque los trasatlánticos continuaron su camino.

A los albores del día 19 de mayo se tocó a zafarrancho de combate y se activaron los fuegos de todas las calderas para dar la última arremetida con el último carbón que les quedaba. El decir el *último* no es un tópico oratorio, es una tristísima realidad; los documentos y las cifras no saben de oratoria ni de poesía, son prosaicos hasta lo sumo, y éstos son los que nos dicen «que la escuadra entró en Santiago quemando el último carbón que le quedaba».

Las crestas de la Sierra del Cobre se dibujaron al rayar el día, cortando el azul pálido del cielo; reconocida la costa por los cazatorpederos, y viendo que estaba libre de importunos huéspedes, la escuadra española se precipitó sobre la boca del puerto, ga-

llarda y triunfante, y entre los gritos de «¡viva España!» que lanzaba, frenética, la tripulación de aquellos valientes cruceros.

El Gobierno español recibió a media mañana el siguiente parte del general Blanco: «Habana, 19 mayo 1898, nueve de la mañana. Está entrando en Santiago de Cuba nuestra escuadra, a cuyo almirante felicito en este momento por su llegada y habilísima derrota» ¹. Blanco recibió este otro, enviado por Cervera: «Santiago, 19 mayo. Hoy he fondeado en este puerto, desde donde le saluda toda la escuadra, deseosa de cooperar a la defensa de su patria» ². Cervera, a su vez, pudo complacerse en su triunfo, oyendo la voz de la patria que le saludaba y felicitaba con sentidas y halagüeñas frases.

El nuevo ministro de Marina, D. Ramón Auñón, que acababa de reemplazar a Bermejo, le dice: «Encargado ministerio, felicito a V. E. y escuadra por hábil maniobra. Ordeno general apostadero provéale de cuanto necesite. Proceda acuerdo gobernador general y déme frecuentes noticias» ³.

Finalmente, no podía faltar el telegrama de felicitación sincero, quizá el más sincero, de la augusta Reina Regente, que tanto se interesaba por su antiguo ayudante ⁴. En su nombre le dice Auñón a don Pascual: «S. M. me manda que en su real nombre felicite a V. E. por la pericia demostrada, y salude

¹ *Colección*, pág. 73.

² *Colección*, pág. 74.

³ *Colección*, pág. 75.

⁴ Cervera fué ayudante de la Reina Regente antes de ser ministro de Marina.

tripulaciones escuadra, cuyo movimiento sigue con interés.» A lo cual responde Cervera: «Ruego a V. E. se sirva manifestar a S. M. nuestra profunda adhesión, aspirando sólo hacernos dignos de sus distinciones»¹.

Todos estos plácemes y enhorabuenas, dijo el almirante más de una vez, ya de vuelta a España, que le sonaban como ese ruido especial que forman las palmas y ramos de oliva durante la procesión del



La escuadra española en la bahía de Santiago (fotografía).

Domingo de Ramos. ¡Qué cerca estaba el Viernes Santo y el Calvario!

Aunque se ha discutido algo sobre el acierto o desacierto de nuestro almirante al refugiarse en Santiago, en vez de escoger otro puerto, como el de la Habana o San Juan de Puerto Rico, creo que huelgan comentarios en este punto, pues el sitio no fué escogido por elección, sino por apremiante necesidad; pero, prescindiendo de ella, voy a citar la opinión del célebre Mahan, que en su obra sobre la guerra hispanoamericana, después de aplaudir el acierto de nuestro al-

¹ Ambos telegramas figuran en la *Colección*, pág. 77.

mirante, por ir precisamente a Santiago, concluye así: «Suponiendo que hubiera podido tomar otro puerto, aun el mismo de la Habana, esto hubiera facilitado la concentración de las fuerzas de los Estados Unidos, y dádonos la posición más favorable que hubiéramos podido soñar, no sólo por contener y encerrar del todo al enemigo, sino por poder al mismo tiempo y de la manera más apetecible defender nuestra base naval y estratégica de Cayo Hueso»¹.

Así juzga un norteamericano la maniobra de Cervera, una de las más arriesgadas y mejor dirigidas de nuestra historia contemporánea.

¹ *La guerra naval y sus enseñanzas*, por A. T. Mahan, página 74.



V

¡SIN SALIDA!

SUMARIO: Defensas militares de Santiago.—Estado moral de los defensores.—Primer intento frustrado de salida.—Segundo intento, frustrado también.

La plaza de Santiago de Cuba está dotada por la naturaleza de todas las condiciones necesarias para ser convertida en un baluarte inexpugnable. La ciudad está edificada sobre varias colinas en el fondo de una bahía tan cerrada y segura que, vista desde la ciudad, más que bahía semeja un lago. Su distancia directa hasta la boca del puerto es de unas cuatro millas; pero esta boca es sumamente estrecha, semejante a la de un túnel, y tiene como defensa, a uno y otro lado, a guisa de dos titanes de granito, el Morro, al Este y al Oeste la escarpada altura de la Socapa.

Sobre el Morro, y hacia su extremo occidental, asoma la morenota frente el antiguo castillo que llaman del Morro, especie de *enano de la venta*, que espanta con su arrogante figura, pero que es completamente inofensivo. Sólo mantiene su antiguo abolengo por sostener sobre sus lomos de granito la vivienda

del gobernador, la del ayudante de la fortaleza y la del vigía y torreros del faro.

La altura de la Socapa se eleva al otro lado de la boca, mirando con envidia a su hermana, porque ni aun para sostener una mala vivienda habían contado con ella los españoles. ¡Dos gigantes ciclópeos, pues-



El *Yozou*.

tos por Dios para guardar la ciudad, y que se pasan la vida de los siglos cruzados de brazos, porque España no les da ocupación ninguna!

La entrada de los buques hasta el muelle es en Santiago muy difícil, y aventurado el no tomarla con un práctico experto. Este comienza su operación guiando el barco hacia el acantilado del Morro, porque de acercarse al de Socapa, pudiera darle algún mal rato el *bajo del Diamante*. Toma en seguida el rumbo hacia el Noroeste, hasta verse enfrente de la

batería de la Estrella, fantasma militar de las mismas cualidades que el Morro, y de aquí gobierna al Norte para pasar entre Punta Soldado y la de Churruca, dejando luego hacia babor a Cayo Smith, ese elegante peñasco a quien corona una ermita, con objeto de dar resguardo a la restinga de Punta Gorda, de Punta Jutías y Cayo Ratones, y llegar al cabo hasta el fondeadero general.

El puerto cuenta con varios muelles, y entre ellos figuran el muelle *Real*, el de *La Luz* y el de *San José*, todos de madera; y allá lejos, en el sitio llamado de *Las Cruces*, hay otro pequeño, de hierro, perteneciente a la Compañía americana que explota los metales de Jaraguá.

Este difícil rumbo que hasta llegar al fondeadero tienen que llevar los barcos da a conocer lo fácil que hubiera sido formar de Santiago una plaza inexpugnable. El Morro y la Socapa dominan el mar en toda su extensión; Punta Gorda enfila completamente el canal de entrada, y éste, por su estrechez, se brinda como pocos para la colocación de torpedos fijos. En último término, bastaría esperar uno por uno a los barcos que intentasen forzar el puerto e irlos acribillando a mansalva.

Pero nótese que esa circunstancia, tan dañina para una escuadra que quisiese entrar, rige también y con el mismo daño para la escuadra que intente salir, pues lo estrecho de la boca no permite a los barcos sino ir saliendo uno a uno y a cierta distancia entre sí, por lo cual es fácil irlos esperando desde afuera.

¿Qué defensas había puesto España en estas cum-

bres que dominan la ciudad? ¿Qué cañones había emplazado sobre estos *montajes* de granito que la misma naturaleza le preparó con su mano? El crítico español Sr. Müller y Texeiro ¹ es el encargado de satisfacer esta nuestra curiosidad. Resumiendo sus datos, diremos que el 21 de abril se colocó una línea de torpedos y el 27 se colocó otra; que en Punta Gorda se situaron dos obuses del sistema *Mata*, de 15 centímetros, y dos cañones *Krupp*, de nueve; más tarde se emplazaron allí mismo dos *Hontorias*, de 16 centímetros, desembarcados del *Reina Mercedes*. Sobre la explanada del Morro se montaron cinco cañones rayados de bronce, de 16 centímetros, de los que se cargaban aún por la boca, y además en junio dos obuses de 21. En la Socapa se colocaron tres obuses del mismo calibre que los del Morro, y también de *Avancarga* (que se cargaban por la boca), más dos de 16 centímetros, llevados del *Mercedes*, que se quedó sin cañones.

Estas piezas enumeradas, más otras cuantas de pequenísimos alcance, eran las que tenía Santiago para impedir el bombardeo de una escuadra poderosa, dotada de cañones modernos de 32 centímetros en número de dos o de cuatro en cada barco. Colocados los asaltantes a una distancia donde ni por asomo ni por recelo podían temer a los proyectiles de la plaza, la bombardearon a mansalva, mientras se entretenía la dotación jugando al ajedrez sobre cubierta o saboreando el aroma de un cigarro egipcio.

¹ En su obra titulada *Combate y capitulación de Santiago*. Nótese que era marino y que presencié la entrada y salida de la escuadra.

Dos o tres veces en que, por lo visto, se descuidaron acercándose demasiado, les fué mal y aprendieron para en adelante la lección ¹.

*
* *

Recorrido el nuevo teatro de operaciones que va a tener la escuadra de Cervera, vengamos ya a ella. El almirante se encontró con que en Santiago no había apenas carbón; sólo existían allí unas 2.000 toneladas para los cañoneros que vigilaban la costa, y unas 1.200 de malísima calidad, pertenecientes a las minas del ferrocarril de Jaraguá. Para transbordar este carbón a las bodegas de los barcos se contaba con un remolcador del puerto que tenía averiada la máquina, y para proveer a los buques de agua, porque también los barcos venían sedientos y pedían 500 toneladas de líquido como promedio cada uno, no había más que el agua de los muelles de *Las Cruces*, que era preciso transportar en dos lanchas, que en un viaje acarrea cada una dos pipas.

¡Y es el caso que a nuestro almirante le sobraba, si no el agua, por lo menos el carbón! ¡Estaba asediado de envíos de carbón por todas partes!

Léanse los telegramas primeros, correspondientes a su entrada, y se verá la verdad de esta rarísima paradoja. Contaba con un buque carbonero, portador de 3.000 toneladas para la escuadra; pero... que esta-

¹ En todo hemos ido siguiendo al Sr. Müller Texeiro, obra citada, y a una relación inédita, pero fidedigna, y a los dos seguiremos en adelante. También el libro de D. Víctor Concas hace descripciones y enumeraciones curiosas.

ba en Fort de France y no podía salir sin ser capturado por el enemigo ¹. El vapor *Alicante* tenía a su disposición todo el carbón de sus bodegas; pero... en la Martinica ². Le habían anunciado que el vapor *King-Kaun* iba abarrotado de carbón para él; pero... camino de Curaçao ³. El comandante general de Puerto Rico, Vallarino, le telegrafiaba a 22 de mayo que el vapor inglés *Restamel* salía de Curaçao con 3.000 toneladas Cardiff; pero... veremos pronto para quiénes han de ser estas toneladas. Y pone el colmo a la prosperidad el telegrama del Gobierno anunciándole que el señor marqués de Comillas, el cristiano y patriota que puso a disposición de España sus barcos, su capital y su sangre, acababa de ofrecer 7.000 toneladas de excelente carbón; pero... que estaban en Cádiz ⁴.

Tántalo, metido en agua hasta los labios, sin poderla gustar, no sufrió tanto como D. Pascual Cervera, rodeado de tanto carbón, *supo, para él*, para su escuadra... y sin poderlo tocar. Y es que no se le había dejado a Cervera llegarse a Madrid desde Cádiz para ponerse de acuerdo con su Gobierno y formar un plan detallado de campaña.

¹ *Colección*, pág. 80.

² Telegrama de Auñón, ya citado.

³ Se trata de otro vapor. *Colección*, pág. 70.

⁴ De los hombres que más beneméritos se hicieron en esta desastrosa guerra, fué uno el marqués de Comillas. Parte de sus barcos se armaron como cruceros auxiliares; otros forzaron el bloqueo de la Habana con hábil maniobra. ¡Ástjma que el triunfo de España no coronase los afanes y el patriótico desprendimiento del marqués y de tantos otros!

Desde que Cervera entró en Santiago y vió la penuria de víveres que allí había y otras cosas que vamos a ver en seguida, se persuadió de que era preciso salir de allí cuanto antes para no quitarles el pan de la boca a sus hermanos, los soldados de tierra, y traerles, en cambio, todo el peso de la ira americana.

Cervera halló a su entrada en Santiago algunos motivos de consuelo y muchísimos de dolor. Hallóse con dos amigos nobles, caballerosos, en cuyos pechos podía desahogar sus penas y en sus experiencias hallar consejo: eran el dignísimo arzobispo de Santiago y el valiente gobernador militar de la plaza, D. Arsenio Linares, cuya fisonomía moral nos describe el almirante



William T. Sampson, almirante de la escuadra americana.

te con estas palabras: «Al llegar a Santiago encontré tan gran desastre, que sentí desfallecimiento y las lágrimas se agolparon a mis ojos; pero encontré también allí a un dignísimo general de ejército, hombre sensato y militar culto: era D. Arsenio Linares, que mandaba aquel conglomerado que llamaron *cuerpo de ejército de Oriente*»¹. Pero si prescindimos de

¹ Carta escrita por Cervera a su hijo D. Juan desde la prisión de Annapolis, y que más adelante citaremos con frecuencia.

estos dos, todos los demás españoles le eran a don Pascual motivo de amargura por verles tan engañados respecto de la verdadera situación de España.

«Aquella división de tropas leales, resignadas, pero hambrientas, creíanse a sí mismas como la vanguardia de un gran ejército que se aproximaba, repleto de medios de destrucción, para unirse a ellos y alcanzar victoria; el elemento civil soñaba a su vez con un Poder central, lleno de solicitud y de desvelo por la defensa de sus intereses; los marinos, que estaban ya en Santiago tripulando el *Reina Mercedes* y el cañonero *Alvarado*, vivían con la certeza de ver muy pronto venir en su auxilio al fantástico acorazado español *Don Pedro de Aragón* y al no menos fantástico *Cánovas del Castillo* ¹. El optimismo llegó a veces hasta a contagiar el desengañado ánimo del viejo y prudente arzobispo, quien, soñando también como un guardiamarina, brindaba en un modesto refresco, dado en honor de Cervera y de su oficialidad, «por el pronto asalto dado por los soldados españoles al Capitolio de Wáshington» ².

Todo esto mataba de dolor a Cervera, que, por otra parte, veía la realidad y se daba cuenta del aplanamiento moral que suele traer consigo la reacción

¹ Estoy citando palabras casi textuales de la relación hecha por un testigo presencial. Nada pongo de mi cosecha.

² Concas, en su libro *La escuadra del almirante Cervera*, pág. 109. Como dato curioso, puede leerse en el Apéndice número 5 un artículo del *Heraldo de Madrid*, en donde se ve claramente lo desorientado que andaba el pueblo al comenzar la guerra.

del pesimismo, igual y contraria a la acción optimista que acarició alguna vez nuestra fantasía en los sueños del deseo.

Era también para el almirante una causa de indecible consuelo el considerar cuán grande era el espíritu patriótico, resignado y viril, que animaba a su tripulación. Gozaba lo indecible al verla siempre alegre, dándose al trabajo de la aguada y del carboneo, en medio de aquel sol inclemente de los trópicos, de aquella enervación del clima cubano y después de las fatigas producidas por tan largo viaje; pero le desgarraba el alma, por otra parte, el espectáculo que ofrecía a sus ojos el ejército de tierra, con el cual hermanaron en seguida las dotaciones de la escuadra. Parten el corazón, efectivamente, las descripciones que de él nos hace Concas, cuando llega a llamarles a los soldados y oficiales *espectros ambulantes*; cuando cita el hecho de que se les debían *nueve meses* de haber; cuando da ya la última nota triste, contando el caso de un oficial de Infantería que, convidado a la modestísima mesa de Cervera, «no le fué posible comer, porque la debilidad a que había llegado su estómago no le permitía ingerir aquellos alimentos *tan fuertes*»¹. ¡Y nada de esto sabían en España las madres y esposas de aquellos héroes!².

¹ Concas, obra citada, pág. 110.

² Las dotaciones de los barcos no sufrieron apenas hambre por la energía con que su almirante reclamaba en favor de ellas. En la carta de Annápolis, ya citada en el texto, dice D. Pascual a su hijo: «Los víveres eran en Santiago tan escasos, que el ejército redujo hasta el *mínimum* su ya miserable ración. A peso de oro pude yo adquirir algunos

Grande debió de ser aquella penuria de todo, según se barrunta por un telegrama de Linares a Correa, donde se querella del abandono, de la miseria, de la desnudez en que tiene a su tropa por no recibir del Gobierno ni medicinas, ni alimentos, ni dinero.

«Esta plaza, le dice, podrá subsistir lo más hasta mediados de julio. Se consumen 250.000 raciones mensuales por el personal y 20.000 por el ganado. Necesitamos medicamentos para hospitales, especialmente quinina y bismuto.

»Los cuerpos recibieron en enero de este año la consignación de abril del año pasado; los generales, jefes, oficiales y comisiones mixtas tienen en descubierto nueve pagas, con la circunstancia de que las tres últimas recibidas se les dieron en billetes que no circulan aquí» ¹.

Estas penas y estas amarguras las devoraba don Pascual en silencio, en lo recóndito de la cámara del *Teresa*, haciendo o fingiendo hacer *solitarios* con los naipes, mientras estaba pensando el modo de resolver las dudas y los problemas insolubles que a cada paso se le ofrecían.

—Más de una vez (me ha dicho su hijo don Angel Cervera, contándome estos episodios) se me saltaron

víveres, y tengo la satisfacción de que mi gente comió siempre un buen rancho y tuvo para hartarse.» Concas afirma esto mismo, aplaudiendo el desvelo de D. Pascual por sus muchachos, y añade «que cuando se repartía el rancho a la marinería, se le acercaban algunos soldados, temblando de fiebre y de hambre, con los cuales partían fraternalmente su comida los marinos».

¹ Este telegrama lo trae el Sr. Isern en su obra citada.

las lágrimas cuando, acercándoseme el comandante del *Vizcaya*, mi amigo Concas, me decía:

—Angel, malas noticias debemos tener.

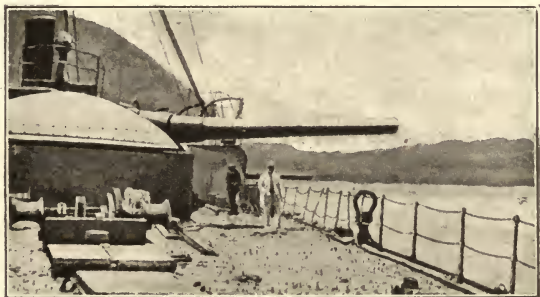
—¿Por qué lo dice, don Víctor?

—Porque su papá se ha metido en su cámara y hace una hora que está formando un *solitario* con la baraja.

*
* *

Para poder contemplar despacio este retablo de miserias morales, necesario en nuestra narración, hemos tenido que dejar a la escuadra aprovisionándose lentamente de carbón y de agua con los escasos medios de que dispone. Vamos a seguir sus maniobras.

La primera disposición que ha dado su almirante ha sido la de apagar en absoluto las calderas de los



El *María Teresa*, después del combate (fotografía).

barcos. A esta orden, comprometedora hasta lo sumo, le ha llevado la lógica de los números, más comprometedora todavía, con esta sencillísima operación de aritmética que le ha puesto ante los ojos: «La veloci-

dad del embarque de carbón, dados los medios de que se disponía para su alijo, no pasaba de 250 toneladas diariamente; por otra parte, la escuadra, cuando tenía encendidas todas sus calderas, consumía 300 toneladas diarias; resultado final y matemático: que el embarque de carbón no daba para mantener el consumo del día, cuanto menos para hacer un aprovisionamiento, que era lo que se deseaba»¹.

Sin embargo, el día 21 se dejaron ver en el horizonte algunos barcos enemigos; el 23, comenzaron a acercarse más, como por vía de exploración, y el 24 lo hicieron con descarada insistencia, cual si quisiesen darse cuenta exacta de que la escuadra española estaba allí, porque sólo tenían sospecha de ello. Por eso desde el día 21 se encendieron en el *Teresa* y en el *Colón* las calderas necesarias para que tuviesen movimientos propios.

Estas indagaciones de los americanos e insistentes visitas le hicieron comprender a D. Pascual Cervera que estaban descubiertos, y que, si pensaba dejar el puerto de Santiago, tenía que hacerlo cuanto antes y no esperar a que el grueso de la escuadra enemiga se acercase hasta taparles la entrada del puerto. Lo más lógico era cerciorarse del sitio por donde andaba entonces la escuadra norteamericana y las probabilidades en pro y en contra que la salida ofrecía. Reunió, pues, el almirante a los jefes de los barcos y se tuvo una junta de ellos el 24 de mayo en la cámara de D. Pascual.

Éste comenzó leyendo los telegramas confidencia-

¹ De una relación inédita.

les que hasta entonces había recibido, y que señalaban con bastante precisión el sitio aproximado de los buques enemigos; he aquí los telegramas reducidos a una síntesis: Auñón a Cervera desde Madrid a 21 de mayo: «Me comunican que flota Sampson salió del puerto de Cayo Hueso anoche» ¹. Auñón a Cervera el 23 de mayo: «Salió escuadra enemiga almirante Schley de Cayo Hueso para Sur Cuba (Santiago) día 20 noche y después la de Sampson. Créese cuatro monitores y algunos cruceros guardan canal de Yucatán» ².

Finalmente, después de decirle Blanco a Cervera que «desde las diez de la mañana del 23 estaba libre de enemigos casi todo el horizonte de la Habana»³, lo cual era decirle que la escuadra enemiga, dejando la capital de Cuba, había tomado algún designio especial, le dice a las pocas horas del mismo día 23: «Tengo confidencia desde Montreal de que escuadra Schley sale para Sur de Cuba, después Sampson, y que cuatro monitores y algunos cruceros guardan el estrecho de Yucatán» ⁴.

Con estos telegramas sobre la mesa, era preciso deliberar el día 24 en la junta de comandantes si convenía o no convenía la salida para Puerto Rico.

Aquel movimiento de las dos escuadras enemigas hacia el Sur de Puerto Rico y aquel vigilar el estrecho de Yucatán daba, más que probabilidad, certeza de que había sido descubierto el escondrijo de la es-

¹ Colección, pág. 77.

² Colección, pág. 80.

³ Colección, pág. 81.

⁴ Colección, pág. 81.

cuadrilla española y que venían a buscarla; la araña iba, pues, envolviendo a su presa, para darle el golpe de gracia. Si el 20 había salido de Cayo Hueso la flota de Schley, superior a la española, camino del Sur de Cuba, era lo más lógico que se encontrasen ambas antes de haber entrado la fugitiva en Puerto Rico.

Los comandantes, según el acta que allí se levantó ¹, fueron de *unánime parecer* «que el peligro cierto de la salida era muy superior a las pocas ventajas que pudieran obtenerse logrando alcanzar San Juan de Puerto Rico, y hacía necesario abandonar este proyecto y continuar en este puerto repostándose de todo lo necesario, con el fin de utilizar cualquier circunstancia para salir» ².

¿Se hubiesen encontrado con la escuadra enemiga de haber salido el 24 de mayo con rumbo a Puerto Rico? Según les decían los partes del Gobierno y del general Blanco, sin duda que sí; yo ahora, sentado tranquilamente delante de mi mesa, teniendo un mapa ante los ojos y en las manos el libro de A. T. Mahan, que va diciéndome la situación precisa de sus barcos en este tiempo, puedo decir que probablemente, no; porque Sampson estaba aún con su escuadra frente a la Habana el día 25, y la flota Schley no llegó a verse enfrente de Santiago hasta el 26 ³, pero de

¹ *Colección*, págs. 81 y 82.

² Nótese los peligros que el acta señala y especifica Cervera en su telegrama al ministro (pág. 81): «Que el *Vizcaya* no puede andar más que 14 millas, por lo sucio que tiene sus fondos; el poco carbón que tenemos», etc., etc.

³ Son datos tomados de su libro *La guerra naval y sus enseñanzas*. El mismo Concas halla tal confusión en los par-

premisas falsas se sacan siempre conclusiones desorientadas, además de que, como dice el mismo Mahan, el haberse escapado de Santiago la escuadra de Cervera no hubiera sido otra cosa sino trasladar el teatro de la lucha de Santiago a Puerto Rico, pues la guerra la llevaban en sus cofas los barcos de Cervera, y dondequiera que fuesen, allí se tendría la principal batalla, que había de ser naval. «La razón de esto, añade, es el haber aislado a la escuadra española, mandándola a las Antillas.»

* * *

Ya el día 25, el siguiente a la junta de comandantes, se registra el primer suceso lamentable del bloqueo. Muy de mañana puso señales el vigía del Morro, avisando la presencia de dos vapores en el horizonte; Cervera comunicó órdenes al *Colón* para que se acercase a la boca del puerto, temiendo alguna agresión. Al poco tiempo se hacía en el Morro la se-

tes de nuestro Gobierno al describir los hechos, que tiene que prescindir de ellos. En un artículo publicado por Sampson en *The Century Magazine*, abril de 1899, pág. 896, dice éste que «en la tarde del 19, y ya con más certeza en la tarde del 20, supimos por el cable de la Habana que Cervera había entrado en Santiago el 19 por la mañana». De todos modos, es lo cierto que hasta fines de mayo no comenzó propiamente el bloqueo. Afirma Sampson en su artículo «que él quiso comenzar la guerra por un ataque a la Habana, pero que el Ministerio acordó, como más práctico, el no exponer los buques a recibir daños de las baterías de tierra hasta haber tenido un encuentro con los buques españoles».

ñal de que «uno de los dos barcos parecía ir en persecución del otro, *que era muy pequeño*». ¿Sería el carbonero inglés *Restamel*, anunciado por Vallarino desde Puerto Rico el día 22 de mayo?

Aún el *Colón* no había tenido tiempo de comenzar a moverse, cuando el vigía anunció, finalmente, que «el barco pequeño había sido apresado por el grande».

Era, en efecto, el *Restamel*; que acababa de caer en las garras del crucero enemigo *San Pablo*; pero, ¡qué de circunstancias cercan esta captura! El vapor venía mandado por un capitán inglés; no pidió auxilio, ni traía señales de reconocimiento, ni venía, según marca la ley, acompañado por personal del Estado. Sea de esto lo que fuere, es el caso que Cervera siguió sin carbón ¹.

Al día siguiente de la pérdida del *Restamel* se trató de otro esfuerzo desesperado que aquellos valientes marinos quisieron intentar para escaparse del sepulcro en donde la necesidad, o usando la frase de varios críticos navales, la impericia de su Gobierno les había metido.

El día 26 de mayo apareció nublado; oscuras nubes encapotaban el cielo, y a media mañana el huracán comenzó a rugir, irritando con sus aullidos al mar, que se alzó también, furioso e imponente, azotando el acantilado de la costa. Los vapores enemigos desaparecieron para internarse lo más posible y aguantar mejor el temporal. Era aquella una ocasión propicia para arrojarse en brazos de la tormenta y

¹ No me detengo en pormenores sobre este incidente y remito al lector a la obra del Sr. Müller Texeiro, titulada *Capitulación de Santiago*, págs. 81 y 82.

pedirle sus vigorosas alas que les llevase a Puerto Rico o les hundiese de una vez en los abismos del mar.

La voz de encender todas las calderas de los barcos corrió entre las dotaciones, que la cogieron con indecible júbilo.

Cuando la tarde cayera y la noche les arropase con su manto de sombras, saldría la escuadra. Sin embargo, a media tarde el temporal, que, mientras fuese más recio, había de ser más propicio con aquellos hombres que no le temían, porque estaban curtidos por años de brega con los baguios filipinos, comenzó a amainar, y los barcos americanos aparecieron de nuevo en el horizonte. Cervera no quiso dar un paso en falso sin contar con sus compañeros, y mandó llamarles a su barco.

Esta junta de comandantes fué tal vez la más animada de todas las que tuvieron aquellos valientes; el acta que se levantó de ella puede dar fe de lo que allí se dijo, porque Bustamante y Concas dieron su parecer por escrito, y en contra del almirante ¹. La diversidad de pareceres fué promovida durante la discusión por una circunstancia en que antes no se había reparado, y que se echó de ver entonces. El *Colón* era un crucero que calaba 7,60 metros, o sean 24,93 pies ingleses; en la misma salida de la boca del puerto hay una *laja* o arrecife de piedra que deja tan sólo sobre sí 27,50 pies ingleses de agua; es decir, que al pasar el *Colón* sobre ella no quedaban entre la quilla y la *laja* sino dos pies y medio, o sean unos 25 centímetros de *luz* o de separación.

¹ Véase el acta y los pareceres escritos de Bustamante y de Concas en la *Colección*, pág. 88 y siguientes.

Con la marejada que aún había, lo más probable era que un golpe de mar le hiciese al barco chocar con el escollo, y entonces era cosa cierta que el *Colón* quedaba descontado de la escuadra por un buen espacio de tiempo. Se tenía el escarmiento reciente de la fragata *Gerona*, que por querer pasar con mar gruesa por allí, a pesar de ser de menos calado que el *Colón*, chocó en la laja y perdió parte de la *zapata* o resguardo de la quilla, quedando inútil para muchos días.

¿Qué hacer? ¿Salir los demás barcos dejando al *Colón* en Santiago? Esto no lo podía consentir Cervera. ¿Probar fortuna y hacer que el *Colón* saliese el primero con todo linaje de precauciones? Esto, más bien que de ellos, era de la incumbencia y responsabilidad del práctico. El almirante mandó llamar a Miguel, aquel hombre que conocía toda la entrada como a la palma de su mano, y le dijo que fuese a la boca, y, después de examinado todo, les trajese su opinión.

Miguel volvió una hora más tarde, y el almirante le preguntó:

—¿Viste ya el sitio? ¿Observaste bien la laja?

—Sí, mi general, y yo le digo que el *Colón* no pasa por allí, como está el mar ahora.

—Pero... si pasa con cuidado... despacio...

—Que no, señor. Pase como pase, el barco da una *culá* en el filo de la laja ¹. ¿No se acuerdan del *Gerona* cuando perdió la *zapata*, y calaba menos que el *Colón*?

El jefe del Estado Mayor, el intrépido Bustaman-

¹ Frase gráfica de que usa también el almirante al extender el acta.

te, dió por escrito su opinión, después de oído el parecer del práctico. Su voto, razonado y discreto, se inclinaba a salir inmediatamente, fundándose en estos datos: «Hoy es casi seguro que no están sobre este puerto las escuadras enemigas; mañana es casi seguro que lo estarán.» Supuesta esta afirmación (que así fué), juzgaba él que, una vez bloqueados, les iba a ser



El *Vizcaya*, ardiendo (fotografía).

imposible forzar el bloqueo saliendo los barcos unidos; el hacerlo cada uno a la ventura, era exponerse a perder los buques, y el salir presentando combate, le parecía inhumano por lo seguro de la derrota. Optaba, pues, por la salvación de tres barcos, aun a trueque de aventurar el cuarto, tanto más, cuanto que no era cierto el peligro de perder el *Colón*.

Concas «aceptó por completo el voto del capitán de navío Sr. Bustamante», añadiendo «que la escuadra enemiga que viene de Cienfuegos y que esperábamos esta mañana, detenida seguramente por el temporal, puede estar aquí al amanecer, desde cuyo

momento el bloqueo habrá que romperlo contra fuerzas inmensamente superiores.»

Cervera pesó todas estas razones, y después de reflexionar y consultar a los otros, decidió así: «Considero que las circunstancias no son tan extremadas para exponernos a perder el *Colón*, por la mar que hay en la laja...; y en espera de que calme la mar y se presente ocasión, se suspende la salida» ¹.

El día 26 por la mañana se presentó la escuadra de Schley enfrente de Santiago. El 28 de mayo recibió órdenes el almirante Sampson de dejar libre el puerto de la Habana y reunirse con Schley en la boca de Santiago, donde llegaba el 1.º de junio ². El 28 de mayo se presentaron, según telegrama de Cervera ³, 12 barcos frente a Santiago. Comenzaba ya el bloqueo en toda regla.

¹ *Colección*, págs. 90, al fin, y 91.

² Estos datos, rigurosamente ciertos, están tomados de la obra de A. T. Mahan. Por eso parece inverosímil que el general Blanco le pudiera decir tan categóricamente a Cervera el 23 de mayo: «Tengo confianza desde Montreal que escuadra Schley sale para sur de Cuba, después Sampson...» (*Colección*, pág. 81); cuando, según Mahan, el 25 de mayo «aun no se sabía de cierto en las oficinas del departamento de Marina que la escuadra española estuviese en Santiago.» Y las órdenes de ir allí las recibieron, Schley el 25, y Sampson el 29; y nótese de paso este significativo telegrama de Blanco a Correat:

«Habana, 29 mayo. Según noticias prisioneros canjeados, ha causado sensación Estados Unidos llegada nuestra escuadra a Santiago de Cuba, y culpan de falta de pericia a sus almirantes.» *Colección*, pág. 92.

³ *Colección*, pág. 91.



VI

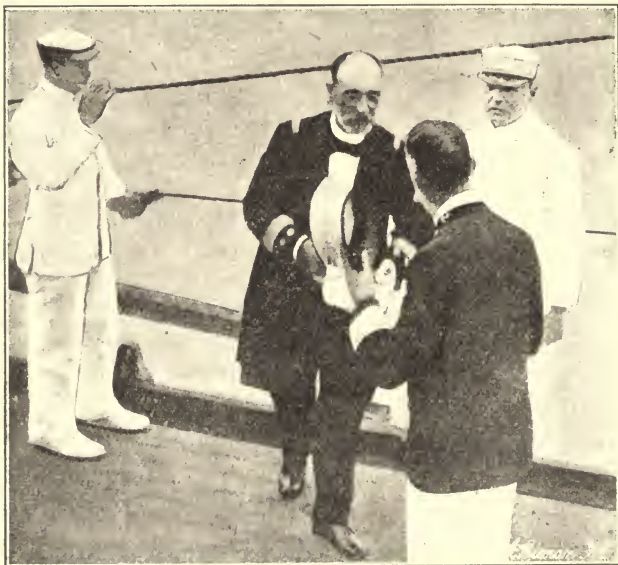
EL BLOQUEO

SUMARIO: Primeros lances: el *Merrimac*.—Otro intento de salida; los reflectores americanos.—Sueños dorados del Gobierno español.—Cervera abandona la idea de salir, y toma la de ayudar a Linares.

Perdida la esperanza de salir por entonces, y esperando siempre una ocasión propicia, mandó Cervera seguir con alma la operación del alijo del carbón; pero colocando a sus barcos de modo que en un momento dado pudiesen defender la entrada desde el sitio donde estaban carboneando. El *Colón* quedó completamente atravesado en el canal, junto a Punta Gorda, enfilando con sus cañones de 15 centímetros, los mayores que tenía, la boca del puerto; el *Mercedes*, provisto de dos cañones de 16, se situó en la Cabañita, para poder utilizar sus dos piezas del mejor modo posible; dentro ya de la bahía, quedaba el *Vizcaya* para defender el primer turno, y el *Teresa* y el *Oquendo* a retaguardia en Cayo Ratones; la escuadrilla de cazatorpederos se guareció en la bahía del Níspero, desde la cual podía disparar torpedos sobre cualquier buque que intentase forzar la boca. Además se fueron

colocando los pocos torpedos *Bustamante* de que la escuadra iba provista.

Para ayudar al ejército de tierra hizo el almirante transportar, a hombros de sus marinos, los cuatro ca-



D. Joaquín Bustamante subiendo al *Yorua*, para llevar el parlamento sobre Hobson y los prisioneros. (Interesante fotografía sacada en el *Yorua*.)

ñones de siete centímetros del *Mercedes* y los dos que el *Terror* había dejado al ir a Fort de France, parte a la altura de la Socapa y parte en Punta Gorda.

Hecho esto, se dispuso a las acometidas enemigas, que no se hicieron esperar. En efecto, el 31 de mayo recibieron marinos y artilleros de tierra su bautismo de fuego. Los acorazados *Brooklyn*, *Yorua*, *Massa-*

chusetts, *Amazonas*, *Texas* y un crucero auxiliar, es decir, 24 cañones de 32 centímetros, 56 de 20 y unos 30 de 16, estuvieron todo el día arrojando metralla sobre los montes del Morro y de la Socapa, contestándoles el *Colón* y el *Mercedes* con cañones de 15 centímetros. El crucero auxiliar parece que se retiró con averías, y el *Yowa*, que se puso una vez a tiro, recibió dos proyectiles como saludo español ¹.

Por esta escaramuza pudo el almirante conjeturar lo que iban a ser las luchas siguientes. Los barcos norteamericanos se situaban a unos 7.000 metros, donde no llegaban los proyectiles nuestros; sólo al acercarse mucho, por temeridad o confianza, presentaban algún blanco. Además el *Colón*, desprovisto de cañones de grueso calibre, resultó completamente inútil, y aquella misma noche se le retiró, ocupando su sitio de avanzada el barco insignia del almirante. Dos días después de este intento de forzar el puerto o de probar el terreno para intentarlo después, ocurrió un suceso que vino a decir elocuentemente a los sitiados que no les cercaba un enemigo vulgar, sino unos hombres arrojados y valientes, que estaban dispuestos, cuando el caso lo pedía, a llegar hasta el sacrificio de la vida.

Supongo que gozará el lector oyendo este relato de labios de un testigo presencial, de uno de los ayudan-

¹ Véase el parte de Cervera, pág. 92. En la revista *Century Magazine*, número de mayo de 1899, pág. 54, se dice, en efecto, que una de las granadas del *Colón* puso fuego a la botica del *Yowa*, según asegura el capitán Evans en dicho artículo.

tes de Cervera ¹, que nos lo cuenta así: «Serían como las dos de la madrugada (del 1.º al 2 de junio) cuando se oyó un nutrido fuego en la boca del puerto, y el almirante ordenó en seguida hacer zafarrancho de combate para estar prevenidos. Cesó pronto el fuego, y a poco atracó al costado de la capitana una de las exploradoras de ronda, cuyo oficial, Sr. Caballero, dijo al almirante que un acorazado había intentado forzar el puerto y las defensas de la boca lo habían echado a pique. El almirante mandó atracar un bote de vapor, y con sus ayudantes se dirigió a la boca, hacia el sitio donde estaba hundido el barco, que no era un acorazado, sino un vapor mercante que estaba a pique, yendo sobre la costa Este, sin obstruir, sin embargo, el canal. Estando inspeccionando el sitio, se oyeron unas voces, que en mal español decían así: «¡Prisionero de guerra!»; y se vió a varios hombres agarrados a una balsa, que iban a son de corriente. El bote del almirante recogió a los náufragos, que eran ocho; todos venían con traje de baño; el comandante de ellos, Hobson, llevaba un traje de punto, guantes, sus gemelos y un revólver colgados, y además una cantimplora con *whiskey*. La balsa era un artefacto perfectamente hecho, con sus horquillas y remos. Tuvieron la mala fortuna de que les diese la vuelta, y ya no pudieron usar los remos ni ellos subirse, y estaban todos metidos en el agua y agarrar-

¹ Don Angel Cervera y Jácome, mi buen amigo, que iba en el *Teresa* como ayudante de su padre D. Pascual, fué uno de los que le acompañaron a socorrer a los náufragos prisioneros. A ruegos míos, me escribió de su puño y letra el relato que copio en el texto.

dos alrededor de ella; esta era la causa por qué aquellos valientes e intrépidos marinos no habían podido volver a la escuadra y tuvieron que darse por cautivos.»

Cuando se pudieron poner en claro los sucesos resultó lo siguiente: Los americanos habían pensado en obstruir la boca del puerto; pero usando de una estratagema algo primitiva e impropia de una nación que iba a la cabeza de los adelantos en el ramo de industria y de ingeniería. Cargaron al *Merrimac*, barco mercante de 4.117 toneladas de desplazamiento, con una buena cantidad de carbón, rodearon su casco por la línea de flotación con una corona de jarras, cargadas de pólvora, dispuestas a recibir el fuego a voluntad, y se brindaron a tripularle el valiente y arrojado teniente de navío Hobson y siete marineros.

El vapor avanzó a toda máquina, y a media noche, cercano a la playa para ocultar su casco entre las sombras que proyectaba la costa alta; pero la vigilancia de los centinelas, que en la boca del puerto había, lo descubrió; dieron éstos la señal de alarma y la batería de Punta Gorda rompió el fuego contra el temerario intruso. Los cazatorpederos desde su sitio, en la bahía del Níspero, le alcanzaron con dos torpedos automóviles, y el *Merrimac* vino a morir gloriosamente, sin que estallasen sus jarras, dentro ya del puerto y cerca de Cayo Smith, pero sin lograr su objeto de obstruir la entrada de la boca.

Cervera se llegó a los náufragos, les hizo saltar a su bote, y apretando efusivamente una de las manos de Hobson le dijo en correcto inglés:

—¡Bien, muy bien! ¡Sois unos valientes! ¡Os felicito!

«Esta felicitación, dice Hobson en un relato que hizo del lance, fué para mí uno de los más extraños acontecimientos de la guerra» ¹. Y es que Hobson, así como la mayoría de los marinos norteamericanos, se había forjado cierta ilusión tenebrosa de una *España salvaje*, mandada por jefes sanguinarios, especie de hunos del Norte, dirigidos por varios Atilas. La reacción que el suceso del *Merrimac* produjo en los Estados Unidos fué grande, y quedan muchos recuerdos de ella ². Don Pascual llevó a los prisioneros al *Mercedes*, cuya oficialidad les recibió como a nuevos amigos, y al día siguiente se les trasladó al castillo del Morro, y después al cuartel de Reina Mercedes para que estuviesen con más holgura y comodidad.

Cervera llevó más adelante su caballerosa conducta. Como les era imposible atender a los prisioneros en cuestión de ropa y aseo, por ser grande la penuria de los barcos, mandó a la escuadra norteamericana un parlamentario, que fué el jefe de su Estado Mayor,

¹ Tengo una copia manuscrita de parte de este relato, hecho por Hobson. La familia de este bravo marino norteamericano entabló después de la guerra una amistosa correspondencia con la familia de Cervera, cuyas cartas he leído. En todas ellas rebosa la admiración y gratitud por la conducta caballerosa de D. Pascual con el americano.

² Al saberse en los Estados Unidos la conducta observada por D. Pascual con sus prisioneros de guerra, creóse tal atmósfera de simpatía hacia él que, cuando, a su vez, llegó Cervera a Norteamérica prisionero, su paso por las ciudades era un camino triunfal. Curiosos datos tengo sobre este asunto, y que honran a Norteamérica sobremanera.

Bustamante, para decirle a Sampson que los prisioneros quedaban sanos y bien atendidos, y rogarle que les enviase a los ocho la ropa y objetos personales de su uso ¹.

* * *

El día 8 de junio volvió a ponerse sobre el tapete la pavorosa cuestión de una salida a Dios y ventura con rumbo a Puerto Rico. La situación incierta de la escuadra española era insostenible y había que optar por una de las dos cosas, o salir de una vez o decidirse de una vez a quedarse y ayudar al ejército de tierra. Volvieron de nuevo a insistir en la necesidad de salir de Santiago Concas y Bustamante; sólo discreparon ahora en el modo y en el tiempo de llevarla a cabo.

Según D. Víctor Concas, se podía esperar a que faltasen de la escuadra enemiga el *New-York* y el

¹ El almirante americano French Ensor Chadwick, en su libro titulado *The Spanish American War* (pág. 343, nota), nos dice como testigo de vista, refiriéndose al parlamento de Bustamante: «Esta carta (la que enviaba Cervera con su jefe de Estado Mayor) ha desaparecido, desgraciadamente, pero conservo en mi memoria suficientemente las ideas para decir que el almirante Sampson se conmovió profundamente al leerla. El capitán de navío Bustamante permaneció a bordo un buen rato, contestando a las preguntas que se le hacían sobre los prisioneros y esperando la ropa. Bustamante, en la conversación, nos dijo sonriendo: «Ustedes nos han dificultado mucho nuestra salida.» Bustamante era hombre de buena presencia y noble aspecto, y gozaba de la estima general de todos, y así, cuando murió, a consecuencia de la herida que recibió en el combate de tierra el 2 de julio, fué su muerte tan sentida por los españoles como por nosotros los americanos.»

Brooklyn, los dos más rápidos cruceros norteamericanos; pero la salida tenía que ser en pleno día, porque salir de noche era, según él, más aventurado que con luz solar.

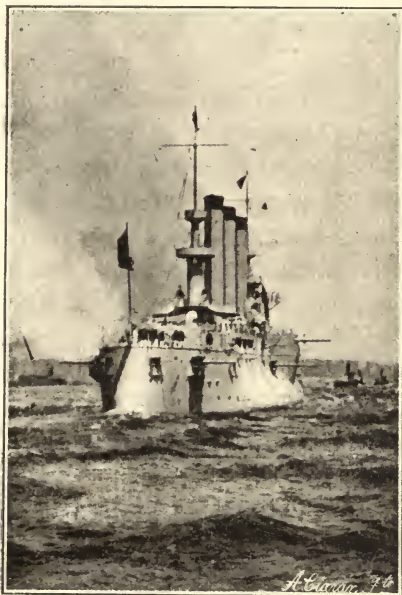
Según Bustamante, era mejor salir de noche, esperando al primer novilunio, dispersándose los barcos al salir. Según los demás comandantes, salir en las circunstancias en que estaban, fuese de noche o de día, era exponerse a perder los barcos ¹.

Además, era preciso atender a los de tierra, porque el día 6 habían atacado de nuevo y con una furia indecible a la plaza el *Yorwa*, el *Indiana*, el *Texas*, el *Massachusetts*, el *Brooklyn*, el *Oregón*, el *New-York* y 13 buques más, entre cruceros y auxiliares. Los únicos cañones que habían podido responderles fueron los de la escuadra. Los de la plaza estaban fuera de combate. ¿No era más prudente atender a la defensa de Santiago?

El intentar una salida nocturna no le parecía factible a Cervera. Como se habló tanto y se soñó tanto en España sobre esta forma de salida, bueno será que pongamos al lector por unos instantes en Santiago y a las altas horas de una cualquiera de aquellas tristí-

¹ El acta y documentos de esta junta están en la *Colección*, págs. 95 y 96. Las razones en que fundan su opinión Bustamante y Concas son de mucho peso; Cervera las creyó tan prudentes, que se determinó a salir, si no inmediatamente, al menos en la ocasión más propicia, y por eso concluye el telegrama suyo, dando cuenta de la junta, con estas palabras: «Los buques están con la máquina encendida para aprovechar la primera oportunidad; pero siendo demasiado estrecho el bloqueo, y la escuadra enemiga cuatro veces superior, dudo mucho que se presente.»

simas y larguísimas noches del bloqueo. El Sr. Müller Texeiro, teniente de navío y testigo presencial, va a llevarnos allí para decirnos: «La escuadra enemiga vigilaba constantemente la entrada del puerto con sus



El acorazado americano *Brooklyn*, que tan activo se mostró en la caza de nuestros cruceros.

proyectores eléctricos, iluminándola como si fuera de día; en cambio, la salida, que aun de día es difícil, de noche y deslumbrados con los reflectores, hubiese sido punto menos que imposible, y hubiera sobrevenido irremisiblemente una catástrofe mayor ¹.

¹ *Combate y capitulación de Santiago*, pág. 222.

Si es que un hombre colocado en las atalayas de Santiago puede tal vez dejarse llevar algo del miedo y aumentar por efecto de esta pasión la claridad y poder de los reflectores enemigos, vamos a trasladarnos a otro sitio más tranquilo, y desde allí veremos la boca del puerto iluminada; este sitio es el puente del *Yorwa*.

El almirante americano Chadwick nos presentará en seguida este comunicado de Sampson a su Gobierno, en donde parece que se está viendo a la escuadra norteamericana mandando sus reflectores sobre la ciudad sitiada: «El uso de los proyectores durante la pasada noche demuestra claramente que en la oscuridad de la misma pueden ser empleados con eficacia, si se hace con suficiente cuidado. Es necesario que se mantenga el haz de luz constantemente hacia la parte superior del canal, con objeto de llegar hasta el fondo del puerto. De este modo se considera prácticamente imposible el que pueda escapar ningún buque, ni que haya siquiera tentativa alguna de salida que no sea inmediatamente descubierta.

«A este fin ordené a los comandantes del *Yorwa*, *Oregón* y *Massachusetts* que avanzaran en sus respectivas posiciones hasta llegar a dos millas de la entrada. El servicio empezará por el *Yorwa*, a las siete y treinta de la tarde, que aplicará su proyector hacia la boca, manteniéndole así constantemente. A las nueve y treinta de la noche será relevado por el *Oregón* y éste por el *Massachusetts*, Es importantísimo que el haz de luz se mantenga lo más fijo posible y que no se le permita distracción alguna a la persona que manipule con el proyector...»

Después de leernos este comunicado del almirante al Gobierno de los Estados Unidos, nos dirá de su cosecha el señor French Ensor Chadwich que «esta orden fué una de las más importantes de la guerra, y a ella se debió, más que a ninguna otra circunstancia, la captura de la escuadrilla de Cervera; pues quedó convencido plenamente el almirante español de que los buques que salieran durante la noche tenían que ser vistos necesariamente, y alejamos además el peligro de cualquier ataque por parte de los torpederos. Antes de esta medida, la luna se consideró como una excelente amiga nuestra; después no sólo fué de poca importancia su luz, sino más bien contraria, pues el proyector resultaba más brillante y oportuno»¹.

¡Y a Cervera se le llamó en España *cobarde* porque no intentó una salida nocturna, *aprovechando* el novilunio!

* * *

Para completar el cuadro de angustias y de incertidumbres donde se agitaba el espíritu del almirante es preciso dar algunas otras pinceladas, esbozar por lo menos el diseño de un episodio trágico-cómico, que tanto ruido dió por entonces, y del cual apenas si sabemos ni aun las líneas generales. ¿Quién no se acuerda del paseo que dió la escuadra de Cámara? Vamos a contar su triste odisea.

Al subir Auñón al Ministerio de Marina se dió cuenta del abandono con que se había castigado a

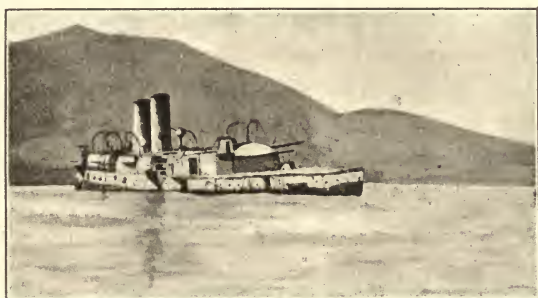
¹ El comunicado de Sampson y los comentarios de Chadwick están tomados de la obra de este último *The Relations of U. S. A. and Spain*, pág. 963.

aquella pobre escuadra de Cervera, dejándola sola, encajonada en un túnel sin salida, y formó el proyecto de socorrerla a todo trance. A fines de mayo estaban ya a medio arreglar los barcos que Cervera debía de haber llevado consigo, pero que tuvo que dejar en España porque aún no se habían vestido del todo los arreos de combate. Eran éstos el *Pelayo*, el *Carlos V*, el *Victoria* y algunos otros, en su mayoría transatlánticos, puestos por el marqués de Comillas en manos del Gobierno.

El 27 de mayo se comunicaron al almirante Cámara unas *instrucciones secretas*, que, en resumen, ordenan lo siguiente: dividir los barcos de guerra y transatlánticos armados que había en la Península, formando con ellos tres divisiones, al mando, respectivamente, de Cámara, de Ferrándiz y de Barrasa. La sección de Cámara, compuesta de los cruceros *Carlos V*, *Rápido*, *Patriota* y *Meteoro* y del yate *Giralda*, debía encaminarse a las costas de los Estados Unidos para dividir las fuerzas enemigas que cercaban a don Pascual, y, si tenía ocasión propicia, entrar en Santiago y unirse a Cervera. La segunda división, *Pelayo* y *Victoria*, quedaría en las Canarias, y la tercera, es decir, tres transatlánticos del marqués de Comillas armados en corso, el *Buenos Aires* el *Antonio López* y el *Alfonso XII*, andaría entre tanto de ceca en meca por aguas antillanas, apresando barcos norteamericanos y cortando toda clase de comunicaciones entre los Estados Unidos y su flota ¹.

¹ En extremo interesantes son los Apéndices que pone Cervera a su *Colección*. Del primero de ellos, pág. 138, sacamos estas peregrinas *instrucciones*.

El 5 de junio contesta el almirante Cámara que dará toda la prisa posible para alistar los barcos, y ya, por fin, cuando todo estaba preparado, cuando la presencia de barcos españoles de guerra en aguas cubanas o al menos la noticia de su envío hubiese alentado a los de dentro de Santiago y desorientado a los de fuera, recibe Cámara el 15 de junio un comunicado de Auñón haciéndole variar el rumbo, que en lu-



El *Oquendo*, después del combate (fotografía.)

gar de las Antillas, serían las Filipinas, pasando por el canal de Suez ¹.

Toda la España que vivió en aquel tiempo recuerda la solemne despedida que se le hizo en Cádiz a la escuadra de Cámara, en presencia del ministro de Marina, que le fué a dar el último adiós; después supimos todos que se había estancado en Port-Said, desde donde mandó Cámara este alarmante mensaje a su Gobierno el 30 de junio: «Después de cuatro días

¹ Léase el extenso comunicado en la *Colección*, página 142-IV.

de estar esperando resolución de Gobierno egipcio (podía haber dicho inglés) para transbordar carbón *Pelayo*, nos prohíbe transbordo y nos intima abandonar inmediatamente todos sus puertos» ¹.

Cuando poco después se veía Cervera materialmente acosado por 60 barcos enemigos, la escuadra de Cámara se estaba en Port-Said, sin ir adelante ni volver atrás, hasta que el 23 de julio se halló el pundonoroso y contrariado almirante con este telegrama del ministro de Marina: «Reincorporados a su escuadra los torpederos, salga para Cádiz con *Pelayo*, *Carlos V*, *Rápido*, *Patriota*, *Buenos Aires* y cazatorpederos» ². Esta bellísima odisea naval no admite comentarios; si se le quiere poner alguno, muy breve, baste decir de ella que el crítico naval italiano Sr. Bonamico en la *Revista Marítima* de Italia le llama donosamente *il Vadabundaggio di Cámara* ³.

Este fué el socorro que, al menos de *buena voluntad*, recibieron las Filipinas por parte de España.

Otro intento hizo por este tiempo nuestro Gobierno para socorrer a Manila, lo cual, como sabemos, aun después de hundida la escuadra española el 1.º de

¹ *Colección*, pág. 145-v. Es fama, y corre como cierto entre los marinos, que el cónsul de los Estados Unidos en Port-Said telegrafiaba a su Gobierno dándole las *características* de aquellos barcos españoles con esta frase: «La escuadra enemiga la componen: un barco de guerra (*Pelayo*), un transatlántico (*Carlos V*), lo demás... *basura*.»

² *Colección*, pág. 146.

³ La refutación de las inexactitudes de este crítico puede leerse, admirablemente hecha y razonada, en el libro de D. Víctor Concas, titulado *Sobre las enseñanzas de la guerra hispanoamericana*.

mayo, que sucumbió del modo más glorioso y trágico que registra la historia moderna, seguía defendiéndose heroicamente contra la escuadra de Dewey.

El intento de enviar auxilios a Manila se relaciona con Cervera y cabe en esta relación; es peregrino. Cuando Cervera estaba bloqueado por completo; cuando el 2 de junio le ponía al ministro de Marina un telegrama diciéndole: «La escuadra de bloqueo tiene 21 buques, de ellos seis acorazados» ¹, entonces, al día siguiente de recibirse en Madrid ese telegrama, le telegrafía el ministro de la Guerra desde Madrid a Blanco proponiéndole un plan para auxiliar a las islas Filipinas.

Si este telegrama no figurase en la *Colección* de Cervera, copiado textualmente del original, nadie lo creería.

El proyecto de auxilio está expresado en estos términos, que tampoco pueden comentarse: «El ministro de la Guerra (Correa) al general en jefe (Blanco). Madrid, 3 de junio de 1898. La situación muy seria de Filipinas nos obliga a mandar allí buques y refuerzos de tropas tan pronto como sea posible. Con objeto de poder contender con la escuadra del enemigo en Manila, será indispensable el mandar allí una escuadra que no sea inferior. Ahora hay allí solos dos buques de guerra y uno de ellos creo que no puede pasar el canal ². La única cosa que podemos hacer es

¹ *Colección*, pág. 93.

² Este *allí* no se refiere, por lo visto, a Manila, donde no quedó ningún buque español, sino a Port-Said, y hace alusión al *Pelayo* y a la escuadra de Cámara, estancada en el canal de Suez.

enviar todos los barcos de la escuadra de Cervera que puedan salir de Santiago; pero antes de adoptar una resolución en este sentido, el Gobierno desea conocer su opinión con respecto al efecto que podría producir en el pueblo de Cuba la retirada de la escuadra de Cervera. Este movimiento sería sólo temporal, y, una vez conseguido el objeto en Filipinas, la escuadra volvería a Cuba sin pérdida de tiempo y fuertemente reforzada» ¹.

¡Es decir, que el Gobierno pensaba el 3 de junio sacar a los cuatro buques españoles por entre los huecos que en el mar dejaban los 21 norteamericanos; llevarlos a Filipinas; derrotar a la armada de Dewey ²; volver a todo vapor a las Antillas y encerrarse de nuevo en Santiago!

* * *

Así andaban las cosas, cuando un oficio del general Linares vino a decidir las dudas y vacilaciones de D. Pascual sobre una salida a la desesperada. Este oficio está fechado a 12 de junio y dice así: «Excelentísimo Sr.: El general en jefe (Blanco) en telegrama de las once horas, veinticinco minutos de la ma-

¹ *Colcción*, pág. 93. ¿Qué diría D. Pascual al leer este telegrama? ¿Si conocerían en España la situación de la escuadra que estaba bloqueada en Santiago!

² La escuadra de Dewey la componían *Olimpia* (6.000 toneladas próximamente), *Baltimore* (4.400), *Raleigh* (3.213), *Boston* (3.000), *Concord* y *Petrel* (1.000 cada uno); llevaban 10 cañones de 30 centímetros entre todos, de que carecía nuestra flota.

ñana de hoy, me dice: «Recuerdo a V. E. que en el
» caso de verse atacado por tierra pueden ser un po-
» deroso auxiliar para rechazar al enemigo las compa-
» ñías de desembarco de la escuadra con sus excelen-
» tes cañones de campaña, que no dudo facilitaré
» el C. A. (contraalmirante) Cervera para el mejor éxi-
» to de la defensa, y que, unidos elementos división y



El *Plutón*, después del combate (fotografía).

» escuadra, triunfarán de americanos. Lo que tengo el
» honor...» ¹.

Don Pascual al leer este comunicado respiró a dos pulmones; el general Blanco se había persuadido por fin del disparate que suponía un intento de fuga, y le mandaba quedarse por entonces allí, ponerse a las órdenes de Linares y coadyuvar a la defensa de la plaza. Era lo más lógico, lo más acertado. Tomó la pluma y contestó así a Linares: «Excmo. Sr.: He recibido la comunicación de V. E., fecha de ayer, referente a las columnas de desembarco de esta escuadra,

¹ Comunicado de la *Colección*, pág. 97.

y tengo el gusto de reiterar a V. E. mi aquiescencia previa y completa a prestar cuantos auxilios sean necesarios para la defensa de la plaza. Dios...»¹

Precisamente los días que siguieron son los de más encarnizados ataques por parte de los barcos enemigos.

Desde este momento vamos a ver a Linares y a Cervera yendo a una para defender aquella plaza de los asaltos que se avecinan y que han dado tanta gloria al Ejército y a la Armada española.

¹ *Colección*, pág. 98.



VII

POR LA PARTE DE TIERRA

SUMARIO: El ejército defensor; sus medios de defensa.—Cervera puesto a las órdenes del general Blanco.—Notable comunicado del almirante a Linares.—El desembarco americano en Daiquiri.

Hemos estado conviviendo todo este tiempo con la escuadra, sin salir para nada de la bahía de Santiago; ya es tiempo de que conozcamos los alrededores de la ciudad, por la parte del interior, pues en ellos se ha de vestir muy pronto de gloria nuestra hermosa bandera, adornándose con laureles inmarcesibles, tanto más vistosos y ricos cuanto que no es la victoria, sino la adversidad y el sacrificio patrio quienes van a cénírselos con su mano ensangrentada.

«Asentada la segunda capital de la hermosa antilla cubana al pie de la sierra Maestra, cuyos picos determinan la mayor elevación de aquel contrafuerte, posee una extensa zona de cultivo, poblada de arrabales importantes, que son veneros de riqueza, y al mismo tiempo indispensable elemento para la vida y sustento de la población.

»Es incomprensible el que España no se preocupase nunca en atender a la defensa de ese suelo tan rico, tendiendo ferrocarriles estratégicos que ligasen entre sí varios campos atrincherados a la moderna y dominaran los puntos de concentración y vigilancia, sabiendo, como lo sabía, la codicia con que los ex-



El acorazado americano *Oregón* (fotografía).

tranjeros, y en especial los americanos, miraron siempre aquel pedazo de paraíso, perdido ya para España.

»Por eso, al estallar la guerra, y después de tantos años de lucha separatista, se encontró la ciudad desprevenida; hubo que improvisarlo todo, rodeando pueblos y caseríos con débiles fortines, hechos a la ligera con alambradas y troncos al estilo medieval.

»El contorno que rodea a Santiago fué siempre, por otra parte, un foco de rebelión, de suerte que pocas veces se aventuraban las tropas españolas a pene-

trar más allá de Sabanilla o de Palma Soramano, temiéndole a la abrupta y enmarañada manigua, donde él mambís tenía su nido, dispuesto siempre a apoderarse de todo pueblo o aldea que el español, al irse reconcentrando hacia la ciudad, abandonase» ¹.

El general Linares se encontró al declararse la guerra con 8.000 hombres a sus órdenes: 5.000 para defender los 117 fortines, empalizadas, trincheras, casas de campo aspilleradas y demás medios primitivos de defensa, y 3.000 para cubrir la importante zona minera, las ventajosas posiciones del Caney y de San Juan, llaves de la ciudad, y además toda la costa, desde Aguadores hasta Daiquiri. Como elementos de combate disponía de una veintena de cañones de bronce, sostenidos muchos de ellos por *montajes* improvisados y cureñas extraídas de los sótanos de un parque de artillería arcaico y desvencijado que existía en la ciudad.

Digamos desde ahora que a Linares no se le socorrió por el Gobierno central de la Habana más que con esperanzas de refuerzos. El lector que posea la *Colección de documentos* de Cervera, podrá encontrar allí este parte de Blanco a Correa, henchido de propósitos y de planes ²: «Me preocupa cuanto V. E. puede figurarse situación división Cuba (Santiago de Cuba), sobre la que hoy pesa principal acción enemigo, atraído por permanencia aquel puerto escuadra

¹ Casi literalmente está sacado todo lo dicho de una relación inédita que nos va a servir mucho en adelante. También habla en el mismo sentido, o peor, el americano Chadwick, obra citada, págs. 72 y 73.

² *Colección*, pág. 99.

Cervera, a la que se propone impedir salida. Allí está, pues, empeñado honor nuestras armas y suerte de nuestros mejores barcos, que deben salvarse a toda costa. Para contrarrestar sus esfuerzos dispongo todos auxilios posibles. He organizado convoy marítimo a Manzanillo, desde donde utilizará todos medios imaginables para hacerle llegar a Cuba (Santiago); refuerzo por lo pronto a Linares con una brigada de esta división, que marchará por el interior en combinación fuerzas aquel convoy, víveres y municiones, formando con ambas divisiones el cuarto Cuerpo de Ejército al mando de dicho general, que dispondrá así libremente de 19 batallones, cinco escuadrones, siete compañías ingenieros, artillería montada divisionaria y guerrillas movilizadas y demás unidades afectas divisiones para maniobrar como crea oportuno sobre enemigo interior y exterior.»

Después de transcribir Cervera en su *Colección* impresa este minucioso y consolador telegrama de Blanco, pone una llamada, que dice así literalmente: «Es de notar que a Santiago de Cuba no llegó ningún auxilio del exterior, si se exceptúa la columna Escario, que llegó sin víveres» ¹.

* * *

Otro medio de que se quiso valer Blanco para ayudar en todo al general Linares y hacer más eficaz la defensa de Santiago fué *descongestionar* la plaza, echando fuera de ella los estorbos; y como, en su

¹ *Colección*, pág. 99, nota.

juicio, la permanencia de la escuadra era el estorbo mayor que la plaza de Santiago tenía para su defensa, vemos al general en jefe desde el día 20 de junio, aferrado, obsesionado con la idea de que a todo trance, y fuese por las vías que fuese, era preciso hacer salir a Cervera de Santiago de Cuba.

Comenzamos, pues, a penetrar en la verdadera el intrínseca razón que hubo para la salida, y, como consecuencia, para la total destrucción de aquellos hermosos cruceros.

El mismo día 20, en que tan propicio se muestra a favorecer la acción del general Linares, ofreciéndole lo que luego no le envió, o si lo envió no pudo llegar, telegrafió acto continuo a Correa, hablándole del almirante D. Pascual en estos términos: «Habana, 20 de junio de 1898. (Al ministro de la Guerra, Correa.) Sensible ha sido que la independencia de que goza escuadra Cervera me haya impedido intervenir en sus operaciones, no obstante pesar sobre mí sus consecuencias, pues han variado por completo a causa de entrada y permanencia de aquélla en Santiago de Cuba el nuevo objetivo y aspecto de la campaña, las existencias de víveres y de carbón y el aprovisionamiento de algunas plazas. Si, por lo menos, hubiese tratado ponerse acuerdo conmigo, con general Linares y con general del apostadero, es posible que entre todos hubiésemos encontrado más ventajosa solución en un principio que las que hoy se ofrecen, que son: o esperar resultado desigual combate dentro puerto, o romper línea enemiga para tomar otro cualquiera, Haití o Jamaica, donde quedaría nuevamente encerrado; preferible quizá venir a Cienfue-

gos o Habana, cosa posible aún en estos momentos, o tomar rumbo a España, de no reforzarse, que sería lo mejor; todo menos seguir encerrado en Cuba, expuesto a rendirse por hambre. La situación es gravísima, y no dudo que el Gobierno de S. M. ordenará en tan críticas circunstancias lo que sea más oportuno al bien de la patria y al honor de nuestras armas, haciéndole respetuosamente presente la conveniencia de unificar la acción militar en la presente guerra, disponiendo resida en mi autoridad el mando en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra destinadas a estos mares»¹.

Llama la atención el estilo de este telegrama, tildando de *rebelde* y de *independiente* a D. Pascual, quien por obedecer al Gobierno, y violentando su propia conciencia, había venido a las Antillas, y que en todos sus telegramas pide órdenes a Blanco y a Auñón *para unificar* la acción de la campaña.

En lo único en que no había obedecido era en salir de Santiago, y es porque Blanco lo dejaba a su prudencia, y ésta le dictaba al almirante que por entonces no saliese; la causa de no poder salir entonces pudo aprenderla muy bien Blanco el mismo día 20, en que redactaba este violento parte, pues en este mismo día recibió él a su vez un lacónico telegrama del almirante Cervera: «Santiago, 20 junio. El vigía me ha participado que hay a la vista sesenta buques enemigos; de ellos, siete acorazados modernos»².

Y Blanco siguió creyendo que Cervera no salía de

¹ *Colección*, págs. 98 y 99.

² *Colección*, pág. 100.

Santiago por espíritu de obstinación o de rebeldía, o tal vez por miedo a las granadas norteamericanas.

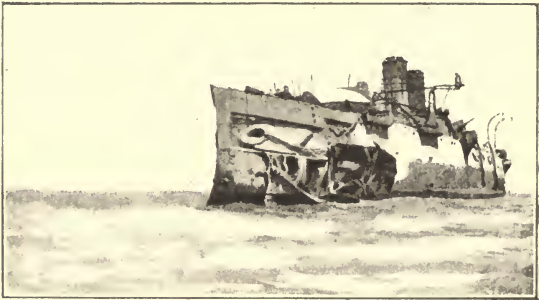
Las quejas del general Blanco surtieron su efecto en Madrid, y se le dió al aparente conflicto entre ambos jefes de tierra y de mar una solución, que es la que se expresa en el parte del ministro de Marina al almirante Cervera en estos términos: «Madrid, 24 de junio. Almirante Cervera. Para dar completa unidad a la dirección de la guerra en esa isla, considérese V. E., mientras opere en aguas de ella, como comandante general de escuadra de operaciones, y proceda en sus relaciones con el general en jefe conforme Real orden de 13 de noviembre de 1872, dictada por este Ministerio, y artículos Ordenanza que menciona; pudiendo desde luego ponerse en comunicación directa con dicha autoridad y cooperar con la escuadra a la realización de sus planes» ¹.

Esto no era otra cosa sino definir la situación de la escuadra, dándole destino fijo en Cuba para poner al almirante bajo las órdenes inmediatas de Blanco, que en ese caso podía mandarle salir de Santiago como jefe superior suyo.

* * *

¹ *Colección*, pág. 102. El telegrama que se le pone a Blanco es más explícito; dice así: «Según acuerdo Gobierno, prevendrá ministro Marina a general Cervera que escuadra de su mando, sin destino definitivo hasta ahora, lo tenga en esa isla para cooperar a su defensa, y ya en ese caso ejerce vucencia sobre ella, como sobre las demás fuerzas navales que operan en territorio de su mando, las facultades que terminantemente le atribuyen Ordenanzas del Ejército y Armada, confirmadas por Real orden de 29 de octubre de 1872.—*Correa.*»

No era otra cosa lo que deseaba el almirante español para arrojar de su conciencia todo el peso de responsabilidad que gravitaba sobre ella y declinarlo en las conciencias de los gobernantes y directores de la guerra. Por eso al día siguiente contestó al ministro Auñón de este modo: «Aunque siempre me he considerado subordinado del general en jefe, doy a V. E. las gracias por esta disposición que da fuerza legal a las



El *Vizcaya*, después del combate (fotografía).

relaciones ya establecidas, y, dando unidad a las operaciones, me relevará de tomar por mí mismo resoluciones extremas de la mayor gravedad.—*Cervera*»¹.

Después de dar las gracias a Auñón, dió el segundo paso que la resolución del ministro exigía, cual

¹ *Colección*, pág. 103. Auñón responde a este sincero telegrama con frases que debieron herir el corazón del almirante, pues, refiriéndose a la acción de gracias que le da Cervera, le contesta: «El objeto de mi cablegrama del 24, que agradece, no es el bien personal, sino el mejor servicio de la nación. Evite comentarios, que se le atribuyen interpretaciones desfavorables.» (*Colección*, pág. 106.)

era el de ponerse a las órdenes de Blanco y comenzar al mismo tiempo exponiendo ante su nuevo jefe los defectos de la escuadra que tomaba bajo sus órdenes.

Esto lo hizo aquel mismo día 25 de junio, y con estas galantes frases: «Cervera a Blanco. Ministro de Marina ordena me ponga a las órdenes de V. E., según lo mandado en Real orden 13 noviembre 1872, lo que hago con el mayor gusto. Creo de mi deber exponer el estado de la escuadra.» Y a continuación le hace una reseña de los defectos que ésta tiene, y que leeremos nosotros más adelante cuando se presente la ocasión.

La enumeración de las deficiencias de la escuadra que hizo el almirante debió hacer mella en el ánimo del general Blanco, quien comprendió en seguida todo lo duro y peligroso que sería obligar a D. Pascual a una salida brusca y a Dios y ventura, sin contar antes con un documento en que constase su beneplácito y aquiescencia; para ello quiso valerse de un medio indirecto, y envió a Linares un despacho rogándole que investigase la última y decisiva voluntad del almirante con respecto a la salida de la escuadra, pues como buen amigo suyo se sinceraría mejor con él.

Linares, que conocía muy bien la voluntad *decisiva y última* de su buen amigo, limitóse a enviarle el despacho de Blanco, que estaba concebido en estos términos: «Ruego a V. E. diga al almirante Cervera que desearía conocer su opinión y sus propósitos, opinando yo que debería salir de ahí cuanto antes para donde juzgara conveniente, pues

situación en este puerto es, a mi juicio, la más peligrosa»¹.

Este comunicado dió ocasión a Cervera para expresar *lisa y llanamente* su opinión sobre la salida de Santiago, y aunque se ponga un *poquito fuerte* al expresarla, es un documento de suma importancia, digno de ser conocido.

La carta que escribió a Linares, exponiendo su opinión sobre la escuadra, es como sigue: «Excelentísimo Sr. D. Arsenio Linares. Mi querido general y amigo: Recibo su interesante carta de hoy, que me apresuro a contestar. El general en jefe tiene la bondad de desear conocer mi opinión, y voy a darla tan explícita como debo, pero concretándome a la escuadra, que creo es lo que sé me pide. Creo a la escuadra perdida desde que salió de Cabo Verde, porque me parece insensato pensar otra cosa, dada la desproporción enorme que hay entre nuestras fuerzas y las enemigas. Por esa razón me opuse enérgicamente a la salida, y aun creí que sería relevado por alguno de los que opinaban en contra mía. No pedí mi relevo porque me parece que eso no lo puede hacer ningún militar que recibe orden de marchar al enemigo. Desde que llegué aquí usted sabe mi historia. Si yo hubiese salido para Puerto Rico cuando un telegrama del Gobierno me hizo cambiar, mi situación sería la misma, sólo que habría variado el teatro, que sería Puerto Rico, sobre cuya isla habría caído la avalancha que ha venido a ésta. Yo creo que

¹ *Colección*, pág. 104. Prescindo de lo demás que en el parte se pone, porque en nada afecta a la narración y sería largo de comentar.

el error ha sido el enviarla aquí. Dice el general en jefe que se ha forzado (por otros barcos) el bloqueo, y añadiré a usted que yo, con un barco de siete millas, entré en Escombreras y permanecí allí hora y media, estando ocupada por la escuadra cantonal ¹; pero, ¿hay paridad en esto y las circunstancias actuales? Sin duda que no. La salida de aquí ha de hacerse uno a uno; no cabe ardid ni disfraz, y la consecuencia de ello, absolutamente segura, es la ruina de todos y cada uno de los barcos, con la muerte de la mayor parte de sus tripulantes. Si yo creyera que hay probabilidades de éxito, aunque fueran remotas, lo hubiera intentado, a pesar de que, como digo antes, sólo hubiera cambiado el teatro de la acción, a menos de haber ido a la Habana, donde tal vez la cosa hubiera cambiado. Por esas razones, para que fueran de cualquier modo útiles mis fuerzas, ofrecí a usted desembarcarlas, al mismo tiempo que el general en jefe hacía a usted idéntica indicación. Hoy, como antes, considero la escuadra perdida, y el dilema es: perderla, destruyéndola, si Cuba (Santiago) no resiste, contribuyendo a su defensa, o perderla, sacrificando a la vanidad la mayor parte de su gente,

¹ Aquí se hace alusión a dos hechos gloriosos: Blanco en un parte anterior, le da en rostro a Cervera porque no sale de Santiago, citándole el caso, entonces reciente, de los vapores de Comillas, *Santo Domingo* y *Montevideo*, que acababan de forzar el bloqueo de la Habana. Cervera le opone uno de los más hermosos hechos de su vida militar, cuando en la revolución de los cantonales entró en Cartagena con la goleta *Prosperidad*, cuya acción es demasiado intrincada para caber aquí; pero es el caso que forzó el bloqueo.

privando a Cuba (Santiago) de ese refuerzo, lo que precipitará su caída. ¿Qué debe hacerse? Yo, que soy hombre sin ambición ni pasiones locas, creo que lo que sea más conveniente, y declaro del modo más categórico que la horrible y estéril hecatombe que significa la salida de aquí a viva fuerza, porque de otro modo es imposible, *nunca* sería yo quien la decretara, porque me creería responsable ante Dios y la Historia de esas vidas, sacrificadas en aras del amor propio, pero no en la verdadera defensa de la patria. Hoy las circunstancias mías han cambiado en el orden moral, porque he recibido esta mañana un telegrama que me pone a las órdenes del general en jefe en cuanto se refiere a las operaciones de la guerra; por tanto, a él toca decidir si desembarco las dotaciones o marcho al suicidio, arrastrando al mismo tiempo a estos dos mil hijos de España, o se emplean del modo que lo están. Creo dejar contestada su carta, y me alegraré de que en esta contestación no vea más que la noble y leal expresión del parecer de un viejo honrado que lleva cuarenta y seis años de servir a su país como ha podido. Quedo suyo, *Pascual Cervera* • ¹.

Blanco quiso saber, no sólo la opinión de Cervera sobre la salida a viva fuerza, sino también la de Linares para decidir por fin el pleito en consonancia con los diversos pareceres; se lo preguntó ², y como Linares le respondiese por medio del almirante que no era posible reembarcar las fuerzas de la escuadra hasta haber recibido los refuerzos de tierra que se

¹ *Colección*, págs. 104 y 105.

² *Colección*, pág. 107.

esperaban de un día a otro por Manzanillo ¹, el general Blanco tomó una resolución definitiva sobre la escuadra, la que le pareció más acertada en tan difíciles circunstancias, y que expresó en el siguiente telegrama dirigido a D. Pascual Cervera: «Habana, 28 junio... Mi resolución, por lo tanto, que desearé satisfaga V. E., es la siguiente: La escuadra permanecerá ahí, y sin apurarse ni precipitarse, pues aún tiene raciones, acechará la ocasión oportuna para salir, dirigiéndose adonde V. E. juzgue conveniente; pero en el caso de que los acontecimientos se agravaran hasta el punto de creerse próxima la caída de Santiago de Cuba, la escuadra saldrá resueltamente, lo mejor que pueda, confiando su destino al valor y pericia de V. E. y de los distinguidos jefes que la mandan, que indudablemente confirmarán con sus hechos la opinión de que gozan. Acuse recibo» ².

Mientras se cruzaban estos telegramas, que dieron por resultado el que Cervera ordenase a su gente el coadyuvar con todas sus fuerzas al ejército de tierra, se habían desarrollado otros acontecimientos que vamos a presenciar, retrocediendo hasta el día 20, en que D. Pascual le anunciaba a su Gobierno la presencia de *sesenta buques* enfrente de la ciudad.

* * *

¿Y por qué el día 20 de junio se había dado cita enfrente de Santiago tanto buque norteamericano? Es

¹ Colección, pág. 107.

² Colección, pág. 107.

que había llegado para ellos la hora de hacer un desembarco en tierra española. Para verles maniobrar mejor vamos a tomar por guías a los mismos críticos suyos, y comencemos a seguirles los pasos ¹.

Seguros ya los americanos de que la flota de Cámara no vendría a distraerles las fuerzas, las reconcentraron todas en Santiago, sacando de Tampa sus vapores auxiliares y dando a los curiosos de la ciudad el hermoso espectáculo de aquel bosque de mástiles y de aquellos centenares de penachos de humo, que subían rectos hacia la altura, porque hasta el viento y el mar se pusieron de su parte, el uno desapareciendo del todo, y el otro tendiéndose tranquilo y sopor-tando sobre sus lomos apaciblemente la carga ².

«El desembarco estaba proyectado por Daiquiri:

¹ Los relatos del desembarco están tomados de la obra citada ya, *The Spanish American War, by French Ensor Chadwick*, pág. 19 y siguientes; parte también de la mencionada obra de A. T. Mahan, y parte de una descripción debida al capitán austriaco Arturo Rziha, en la revista austriaca *Polaer Tagblatt*, 1910, núm. 17.

² Don Víctor Concas se asombra de esta buena fortuna, diciendo en su obra citada, pág. 119: «Los mares, en general tan agitados al Sur de Cuba, fueron en esta ocasión de tal bonanza, que los acorazados yanquis hacían carbón, teniendo a veces un vapor a cada costado, que no puede hacerse ni en la mayoría de los puertos.» Respecto de los buques con que los americanos atacaron a Santiago y desembarcaron sus tropas, nos dice el mismo Sampson en un artículo publicado en *The Century Magazine*, abril, 1899, que al declararse la guerra constaba la escuadra de Sampson de 26 buques destinados al bloqueo; aumentados ya y contando entre ellos a los convoyes de tropa, llegaron al número de 124 buques.

llevado el ejército en 35 transportes y escoltado por 14 cruceros, llegó delante de Santiago el 19 de junio, pero quedó estacionado tres días a causa de una junta (confidencia) entre Sampson, Schafer y el cabecilla cubano García, en la cual no hubo común acuerdo. Por fin se escogió a Daiquiri, 20 millas al Este de Santiago, donde no existían sino dos puentes de hie-



Desembarco de los americanos en Daiquiri (de un croquis).

ro, por donde se transportaba el mineral en un ferrocarril de vía estrecha desde la sierra próxima, para ser tomado por vaporcitos atracados al muelle.

»El 22 de junio comenzó el desembarco, mientras se simulaba otro en Cabañas para despistar a los españoles, y los acorazados bombardeaban la plaza.

»Con la recalada o desembarco comenzó para los americanos una serie de dificultades de todos géneros, que procedían de no haber tomado previamente las disposiciones oportunas. Uno de los puentes tenía

la plataforma muy alta sobre el nivel del agua, y resultó inútil; el otro estaba algo más bajo, pero había que escalarlo haciendo gimnasia; en los transportes no había herramientas ni material para el arreglo de los puentes, y así como estaban hubieron de utilizarlos.

»El desorden aumentó al desembarcar la caballería; izaban los caballos encima de las cubiertas de los transportes y luego los dejaban a su propio instinto en el mar, para que, nadando, tomasen la playa, lo que costó la pérdida de más de 100 caballos. Por fin, el 25 terminaba el azaroso desembarco, y el 30 desembarcó el general Schafter con su Estado Mayor» ¹.

Los españoles no contaban, para impedir este desembarco, más que con el valor de sus pechos, y por eso, aunque hicieron lo posible, no pudieron evitarlo; las causas de este fracaso saltan a la vista, conocidos ya los medios de que Linares disponía.

El desembarco se escogió por los yanquis en la parte Este u oriental de Santiago, precisamente porque hacia allí no podían hacer fuego los cañones de nuestra escuadra, teniendo por delante las montañas, y los cañones del Morro y de la Socapa no alcanzaban ni con mucho. «Tampoco se pudo impedir el desembarco—dice el Sr. Müller y Texeiro—, porque en Santiago no había artillería rodada que pudiera hacer fuego sobre la orilla, colocándose fuera del alcance de los barcos americanos que protegían la operación.»

¹ Tomado del austriaco D. Arturo Rziha en sus *Memorias sobre el combate de Santiago*, «del cual fué testigo presencial a bordo del crucero austrohúngaro *Kaiserin und Königin Marie Theresie*» (revista citada).

Lo único que pudo hacer Linares fué enviar tres compañías del batallón de Puerto Rico y una de movilizados, que estuvieron hostigando al enemigo y deteniendo su avance por espacio de dos días en las alturas llamadas de Sevilla, hasta que, diezmados y sin municiones, tuvieron que volverse a la plaza.

Vencida esta resistencia, el ejército de Schafter avanzó para tomar las colinas que cercan a Santiago. Linares esperaba en vano los refuerzos ofrecidos por Blanco; la columna del coronel Escario se creía cerca, muy cerca, pero no llegaba nunca; tan sólo en el almirante Cervera encontró auxilio para disponer de gente que defendiese el paso al enemigo.

Don Pascual había mandado desembarcar 130 hombres por buque, al mando de sus terceros comandantes, que formaron cuatro columnas. Tres fueron a reforzar las posiciones del Oeste. La cuarta fué enviada a las *Cruces*, para acudir en caso necesario a reforzar la de Aguadores, distante cuatro kilómetros de carretera desde el ferrocarril de Jaraguá hasta las baterías del Morro. Más tarde el almirante mandó desembarcar toda la marinería que permitiesen los fusiles de plaza y escuadra, y el día 22 salían 450 marineros más, a las órdenes del jefe del Estado Mayor de la escuadra, del sabio y pundonoroso D. Joaquín Bustamante, para reforzar la guarnición de las *Cruces*, que era un sitio muy peligroso.

Por su parte, Linares había distribuído la gente suya en esta forma: 800 hombres en la línea de Aguadores a las *Cruces*; 250 en el Caney, loma importantísima que dominaba la ciudad; 2.528 guardando el recinto de la ciudad, que era de nueve kilómetros.

Dentro ya de la plaza, había 400 hombres en la Socapa, 450 en el Morro y 120 en Punta Gorda. Cuán escasa andaría esta gente de municiones, puede probarlo el hecho de que, habiéndolas ahorrado como pan bendito, quedaban al rendirse la ciudad 191 cartuchos por plaza, es decir, para un día de combate.

Se ha hablado mucho de la superioridad de nuestro ejército de tierra sobre el americano, y esto tal



El Colón, hundido (fotografía).

vez proceda del desconocimiento de los hechos; durante la guerra hispanoamericana no se luchó más que en un sitio, que fué en las inmediaciones de Santiago; el resto del ejército español que estaba en la isla, al saber que se trataba de paces con el enemigo, protestó en forma de varios *manifestos* muy fuertes, que Blanco pudo leer, y en ellos se decía que estaban dispuestos a luchar, que querían luchar, que era preciso luchar antes de rendirse, porque el ejército español estaba *intacto* ¹.

¹ *El desastre nacional y sus causas*, por D. Damián Isern.

El ejército español que defendía las Antillas se componía por el mes de mayo de 151.343 individuos de línea, más 35.181 movilizados de la isla, que daban un total de 186.524 hombres.

La fiebre y el hambre tenían los hospitales atestados de españoles, hasta el punto de que el general Pando pudo decir que de ellos no estaban en condiciones de pelear sino sólo 50.000. Agregando los recursos de tropa que se enviaron de España al general Blanco, leyendo los datos del Ministerio de la Guerra sobre embarques y repatriaciones y las estadísticas de los hospitales, hechas por el Dr. Losada, inspector general de Sanidad, puede asegurarse que España disponía en Cuba al fin de la guerra de 80.000 soldados y 35.000 voluntarios para el combate ¹.

Pero aun hay que restringir este número y ver cuáles fueron las únicas *fuerzas* que midieron sus armas de una y otra parte, y entonces nos hallamos que durante toda la guerra pelearon 8.000 españoles contra unos 20.000 americanos, que fué el total del desembarco.

¹ *El desastre nacional y sus causas*, por D. Damián Isern.



VIII

PALMO A PALMO

(POR TIERRA)

SUMARIO: En el Caney; 6.000 americanos contra 500 españoles.—En la Loma de San Juan; 3.000 contra 250.—El Paso de la Muerte.—Cervera recibe la orden de: *Salga V. E. inmediatamente.*—Pasos hasta la rendición de Santiago.

El ejército de Schafter avanzó, por fin, con el decidido empeño de tomar las lomas que cercan a Santiago. Los sucesos se precipitaron desde entonces, que fué el día 1.º de julio, hasta la rendición de la plaza, que fué el 17 del mismo mes. ¡Qué de heroísmos, cantados y ensalzados ya por la patria, se realizaron en tierra aquellos días por los *espectros ambulantes*, como les llama Concas! ¡Qué de heroísmos, desconocidos aún o no reconocidos todavía por la patria con toda la hermosura moral que en sí tienen, realizaron aquellos fatigados marinos!

Lo que pasó en el Caney, en la Loma de San Juan, en todas las alturas que cercan a Santiago, no me atrevo a describirlo yo, porque los colores que yo tomase de mi fantasía temo que resultasen excesivamente pálidos; dejémosle la pluma a otro escritor, y

oigamos reverentes su narración inédita, porque de esta pluma fluye el recuento de los heroicos episodios con tanta viveza, con tanto patriotismo, tan virilmente descritos, que no parece sino que los escribió con la punta de la espada, mojándola antes en la sangre gloriosa que manaba de las heridas de Vara de Rey o de Bustamante ¹.

«Al amanecer del día 1.º de julio, el *New-York* y el *Oregón* empiezan a bombardear la ciudad por tiro indirecto desde la costa, y al Este de ella se oye un fuego de cañón vivísimo del enemigo, que avanza. Es que emprende seriamente el ataque a nuestras líneas. De los 15.000 que componen ya su ejército ², 12.000, al mando de Schafter, entran desde luego en combate, y 3.500 de éstos, a las órdenes de Lawton, se dirigen al Caney, defendido por 520 soldados con dos cañones *Plasencia*, bajo el mando del general Vara de Rey; otros 2.000 americanos marchan sobre la Loma de San Juan, donde se encuentra con 250 españoles el general Linares.

¹ Esta hermosísima relación, completamente inédita, se debe a la pluma del jefe de la Armada española D. Luis Pérez de Vargas. La escribió con el fin de que sirviese de fondo a una defensa del almirante Cervera, si la causa incoada contra él por la pérdida de la escuadra hubiera llegado a elevarse a plenario. Como, al fin, se sobreesayó en ella, el autor no quiso publicarla, regalando el original al almirante. De él copio los párrafos que van en el texto.

² El ejército americano que avanzó sobre el Caney y San Juan, según sus datos oficiales, citados por Müller, se componía de los regimientos 7, 12 y 17 de Infantería de los Estados Unidos, del 2 de Massachusetts y el 71 de New-York, y 16 escuadrones, con un total de 15.000 hombres.

»El enemigo, a pecho descubierto, avanza sobre el Caney, cuyas casas servían de única fortaleza a nuestros compatriotas. ¡Y caen los unos en el camino y sucumben los otros en las calles o bajo los escombros de las casas destruídas por la artillería enemiga! Tampoco cuentan los que asaltan el número de sus cadá-



En la Loma de San Juan (de un croquis).

veres; ni reparan los defensores en que van quedando pocos con vida; de ambos bandos podrá decirse que se han citado en los dominios de la muerte; el primero, reponiendo con celeridad sus bajas, parece una cadena sin fin; a una compañía sucede otra, pero ninguna avanza más que la primera. Era el de los españoles una bizarra encarnación de la conservación de la energía en la masa combatiente; podía decirse que allí se verificaba una inmediata transmigración pitagórica, porque ni el entusiasmo ni el trabajo útil,

es decir, destructor, decayeron un momento con las bajas.

»Así, el combate, vigoroso al principio, continuaba tan recio muchas horas después, y del mismo modo se hubiera prolongado, si el enemigo, sorprendido por la magnitud del obstáculo que le presentaba un puñado de hombres animosos, rendidos además por el cansancio y abatido por el calor, no se hubiera retirado para buscar descanso. Nuestra gente, mal alimentada, peor vestida, consunta, agobiada por los trabajos anteriores, no hubiera pedido nunca aquel descanso; tomaba del ambiente de guerra que flotaba allí las fuerzas que le habían quitado de consuno el clima y el abandono (que hemos visto) de su Gobierno.

»Poco duró el descanso; el enemigo había empleado toda una mañana en una lucha, de que resultó empuñecido el valor del número y asombrosa la bravura de nuestra gente. Por eso, después del descanso, avanzaron sus batallones con más brío; parecían bandadas de langostas que no detenían el vuelo ante ningún obstáculo; no les importaban las bajas; y sufrían muchas, muchísimas, porque los defensores del Caney no necesitaban afinar la puntería; en todas direcciones hacían blanco.

»Pero también entre los nuestros se observaban los estragos de la lucha; dos balas atraviesan las piernas del bravo general Vara de Rey, y una tercera le arrebató la vida: mueren al lado de su cadáver otros jefes, y caen a montones los soldados; sobre el Caney llovía un torbellino de plomo que lo derribaba todo; las casas hundidas; las calles cubiertas de cadá-

veres, y el enemigo, que dejaba detrás de sí los suyos, seguía su avance.

»Llegaría, por fin; penetraría en el pueblo; sería allí mismo hostilizado por uno solo de los nuestros que quedase con vida, pero se llevaría los dos cañones como trofeo de su victoria, y ante este pensamiento, los 80 hombres que aún vivían, y sobre los cuales avanzaban muchos miles de enemigos, viéndose ya sin jefes ni oficiales, emprendieron la retirada, que llevaron a cabo con un orden y una serenidad admirables, y llevándose consigo los dos *Hontorias*.

»Eran ya las siete de la tarde; llevaban cerca de doce horas de lucha; habían hecho al enemigo cerca de 900 bajas; no era posible hacer ya más. ¡Saludemos a los héroes del Caney, que tanta gloria dieron a su patria!»

* * *

Poco después comienza el otro recuento de heroísmos que se hicieron en la Loma de San Juan, con estas palabras:

«Mientras estas escenas se desarrollaban en el Caney, acudían compactas masas enemigas (8.000 hombres, dice un agregado militar de Suecia, que presencié el hecho) a la Loma de San Juan, donde se había situado Linares con 250 hombres. Allí se sostuvieron también todo el día nuestros tenaces leones. ¡Qué de hechos heroicos! Un grupo de marineros de la dotación del *Mercedes* queda reducido de 40 a 10, y aquel puesto avanzado, barrido por las ametralladoras enemigas, no se abandona, sin embargo. En otra de nuestras avanzadas van cayendo los soldados

españoles batidos por enjambres enemigos; van cayendo, hasta que al fin queda un solo soldado; y éste sigue disparando hasta que una bala enemiga destruye su preciosa existencia. Entonces penetran los americanos en aquel recinto de la muerte ¹.

»En San Juan se sostuvieron nuestros soldados hasta que, aniquilados, oprimidos por el número, comenzaron a retroceder, llevándose al general Linares gravemente herido... Pero era preciso a todo trance sostener aquella loma, desde donde se domina a la ciudad, y por eso, apenas notó el jefe del Estado Mayor de la escuadra, el heroico D. Joaquín Bustamante, el comienzo del repliegue, montó en su caballo, arengó a las compañías de desembarco, y se lanzó con ellas a la defensa de la loma.

»Avanzaban soldados y marinos, unidos con estrecho lazo, el lazo del amor patrio, y recuperaron la altura. Nuevos y nuevos contingentes americanos se iban sucediendo con tenacidad yanqui, hasta volver a tomar de nuevo la loma. Bustamante se cegó entonces, y picando espuelas al caballo, se metió con

¹ Es curioso el caso, cuya narración se debe a un oficial americano.

Se había puesto un soldado español en el perfil mismo que formaba la Loma de San Juan, y desde allí, con dos banderas en sus manos, hacía señales a la plaza, comunicando las órdenes de Linares. Como toda la silueta de su cuerpo presentaba un blanco tentador, los americanos tomaron a punto de honra el atinarle, y así estuvo el muchacho envuelto materialmente en proyectiles, que le cruzaban a un lado y a otro, impertérrito, quieto, manipulando con las banderas, hasta que la columna americana varió de posición, y el soldado siguió haciendo sus señales.

los suyos en medio de las filas enemigas, buscando más que a la victoria a la muerte. Luchando estaba cuerpo a cuerpo, cuando de pronto se llevó la mano al pecho y cayó del caballo herido mortalmente. Ante la imposibilidad física tuvieron que ceder los españoles, y los americanos, al entrar la noche, entraban en la Loma de San Juan.

Día de gloria para España fué el 1.º de julio. ¡Lástima que a veces gloria y victoria no acuden juntas como hermanas al mismo sitio!»

Démosle a cada cual lo que es suyo. El ejército americano se portó heroicamente aquel día, y el negarle esta gloria sería una injusticia. Confíaron, sí, en el número, para descontar de antemano la victoria final

como suya; pero lanzarse a pecho descubierto por las lomas y sostener con tesón un combate que dura todo un día, es un acto digno de elogio. ¡Fueron valientes!

Hermosa es también la descripción que de los dos combates nos hace el Diccionario de Espasa, y que viene a completar la anterior.

«La segunda división, dice este Diccionario ¹, a las



Mr. William R. Schafter, jefe del ejército americano.

¹ Diccionario de los Hijos de Espasa, tomo xvi, página 840.

órdenes del general Lawton, tenía la orden de apoderarse del Caney en menos de una hora, para adelantarse a otras posiciones más importantes. El destacamento de 500 españoles que guarnecía este poblado, lo defendió tan herocaimente, que tuvo 400 bajas, entre ellos el comandante de la plaza, general Vara de Rey. Estos héroes lucharon nueve horas sin interrupción bajo una lluvia de fuego y hierro. Los americanos recogieron el cadáver de Vara de Rey y le tributaron los honores militares correspondientes a su jerarquía.

»Mientras el general Lawton, con 6.000 hombres, tomaba el Caney, el resto del ejército atacaba la loma de San Juan. Teodoro Roosevelt iba al frente de los *rough riders*, y mezclados con ellos unos 100 jóvenes *sportment*, ávidos de emociones fuertes, muchos de los cuales no volvieron a ver su patria. El *Paso de la Muerte* es el nombre con que después bautizaron los americanos aquel lugar.

»Durante las cuatro horas de vigoroso ataque, ambos ejércitos se hostilizaron desde el amanecer; 300 españoles, con dos cañones Krup, resistieron a 3.000 americanos, apoyados con cuatro cañones Grimmes y una división de caballería. Y aun después de tomado el fuerte, los heroicos marinos Bustamante y Capriles, con fuerzas de la escuadra, recuperaron la posición, siendo el primero mortalmente herido y retirándose el segundo por falta de socorro oportuno.

»Las acciones de Aguadores, San Juan y el Caney, según declaración del general Schafter, costaron a los americanos 1.600 bajas.»

La jornada del 1.º de julio costó muchas vidas a los asaltantes y a los asaltados. Según telegrama de

Cervera al ministro de Marina, nuestras bajas fueron unas 600, entre ellas el comandante general Linares, herido gravemente; el general de brigada Vara de Rey, muerto, y el capitán de navío Bustamante, gra-



Don Joaquin Bustamante, jefe del Estado Mayor de la escuadra. Murió gloriosamente de resultas del combate en la Loma de San Juan.

vísimo también ¹; las pérdidas en el ejército americano fueron más numerosas.

El general Schafter notificó a su Gobierno, a raíz de la batalla, que había tenido unas 400 bajas. Al día

¹ Don Joaquín Bustamante murió el 19 de julio en el hospital de Santiago como un fervoroso católico. Su muerte fué una pérdida sentidísima para la ciencia, para la Marina y para toda España. Sus restos mortales fueron trasladados

siguiente rectificó la cifra con este telegrama: «Temo haber dado una cifra inexacta al hablar de nuestras pérdidas en el telegrama anterior; es preciso que se me envíe un gran buque-hospital, perfectamente equipado; el cirujano mayor me dice que necesita 40 médicos, además de los que tiene ¹.

A más de 1.600 hizo subir las bajas del día 1.º de julio el periódico *New-York Herald*, y es lo cierto que Schafer en unos documentos, que prueban sus desavenencias con el almirante Sampson ², dice así: «Mi situación actual me ha costado ya 1.000 bajas, y deseaba no tener más.»

*
* * *

años después al panteón de marinos ilustres de San Fernando. Cervera amaba y admiraba a este sabio y valiente marino con una predilección especial. Cuando años después, en 1899, fueron trasladados al panteón de marinos ilustres los restos mortales del antiguo jefe del Estado Mayor de la escuadra, Cervera publicó este elogio, que vio la luz pública en *La Dinastía*, de Cádiz, del 17 de enero de 1899: «Si debemos honrar a los muertos que valieron en vida, nadie hay más acreedor a ello que Bustamante. La Iglesia ha perdido en él un buen cristiano; la patria, uno de sus más amantes hijos; su familia, el mejor de los padres; la ciencia, un sabio; la Marina, uno de los mejores jefes; los que le trataron, el mejor de los amigos. Descanse en paz, y los que lean esto dediquen una oración por caridad al alma del cristiano y presenten a sus hijos el ejemplo de su vida, en la que tanto hay que aprender.—*P. Cervera.*»

¹ Tomado de la obra citada del Sr. Isern.

² Tengo una serie curiosísima de documentos, copiados de la obra del Sr. Morris, donde aparece clara la desavenencia entre los dos jefes, que hubiese dado una solución favorable a España al conflicto de Santiago, de no haber salido la escuadra de Cervera tan pronto.

El almirante español se encontró perplejo e indeciso después del sangriento combate del día 1.º de julio. Los americanos se habían apoderado de parte de las defensas de la plaza; la columna de Escario no venía; las municiones se agotaban. ¿Estaba en el caso de que le hablaba el general Blanco, cuando en el parte de 30 de Junio le había dicho «que en el caso de que los acontecimientos se agravasen hasta el punto de creerse próxima la caída de Santiago, saliese la escuadra resuelta lo mejor que pudiese?»¹

El que tenía que resolver aquella duda era el general Toral, quien, por la gravedad de la herida de Linares, había asumido el mando de la plaza. Toral respondió «que el salir de allí en aquellas circunstancias era un *desatino* y rendir la plaza con toda seguridad». Entonces el almirante dió cuenta de esta opinión a Blanco, diciéndole: «Santiago, 1.º de julio. Por el general Toral conoce V. E. la jornada de hoy. Cree evidente que la retirada de mis fuerzas desembarcadas implica la pérdida inmediata de la plaza. Sin ellas no puedo intentar la salida. Yo creo lo mismo que Toral, y nuestra salida parecería una fuga que a todos repugna. Así opinan también mis capitanes. Suplico las instrucciones que le he pedido»².

Pero ya el general Blanco estaba decidido a mandar salir la escuadra a todo trance. Es preciso, sin embargo, depurar responsabilidades, tratándose de un paso tan trascendental, que decidió la pérdida de

¹ *Colección*. Pág. 108. Parte ya citado,

² *Colección*, pág. 110.

nuestras colonias. Blanco y Auñón ¹ y Correa, y los que inmediatamente impusieron al pundonoroso hijo de Medina-Sidonia aquel *disparate*, se vieron impulsados por otra fuerza, que fué la que en realidad sacó a los cuatro barcos del puerto y los arrojó al abismo: esta fuerza era la opinión pública de España, atizada por la prensa, en general la sectaria. Ésta fué la que diariamente insultó a nuestros marinos, tildándoles de cobardes «porque no se atrevían a salir de su escondrijo para medir sus armas con los enemigos de la patria»; entonces se dijeron en Madrid y en el Congreso aquellas frases disparatadas «de que las corazas se habían hecho para resistir los cañones enemigos y no para guardarlas en los puertos», y de que «nuestros barcos se pensaban entregar al enemigo sin combate, víctimas de la ineptitud de sus jefes»; y se apellidó a Cervera «viejo decrepito e inhábil», y se dijo que «¿para qué se querían las escuadras sino para perderlas?», voceando en los diarios «que era necesario salir para probarle a los yanquis que se podía luchar en proporción de uno contra cinco, si ese uno llevaba en sus cofas la bandera española» ²;

¹ «De la estima que siempre tuvo D. Ramón Auñón del almirante Cervera, y de la que Cervera tuvo de él, son inequívocas muestras las cartas familiares cruzadas entre ambos, que aun se conservan. Auñón, de suyo, jamás hubiese mandado salir la escuadra sin consentimiento y voluntad de D. Pascual, porque fué siempre un marino prudente y entendido.» (De una nota inédita entre los papeles del almirante.)

² No quiero citar los nombres ni de los periódicos ni de los senadores y diputados, porque algunos son dignos de mi respeto y obraron más bien ciegos por el desconoci-

y esa opinión desorientada impulsó al Gobierno, que urgió a Blanco, y Blanco, impulsado por el Gobierno, urgió a Cercera, y Cervera, impulsado y mandado

miento de la triste realidad. Remito al lector a los periódicos de entonces, donde están las frases citadas, o a las actas del Congreso de 23 de junio de 1898, cuando Romero Robledo interpeló al ministro Auñón; allí se llegó a decir esta frase textual: «¿Por qué no sale la escuadra? ¿Para que se han hecho las escuadras, sino para perderlas?» Auñón salió a la defensa de Cervera, contestando: «Sólo S. S. ha tenido el no envidiable privilegio de lanzar sus censuras contra el digno almirante, a quien todos aplauden, y para el Gobierno, que reconociendo y utilizando sus especiales aptitudes, le había autorizado a proceder con aquella libertad que le era indispensable para el mejor acierto... ¿Que por qué no ha salido y por qué no sale la escuadra? ¡Ah Sr. Romero Robledo, cuando esa pregunta se oiga o lea en aquella escuadra, o en la enemiga, o en Santiago, qué contestaciones se ocurrirán para S. S.! ¡Por qué no sale una escuadra de cuatro buques a combatir con otra de veinte!...»

Uno de los hijos del almirante Cervera, que estaba en España, le escribió al Sr. Auñón dándole las gracias por la defensa que había hecho de la honra de su padre en el Parlamento, y el ministro Auñón le contestó con esta carta, en extremo significativa, que tenemos a la vista:

«El ministro de Marina.—Particular. Sr. D. Juan Cervera.—Madrid, 1.º de julio del 98.—Mi distinguido amigo: Doy a usted muchas gracias por su carta del 26, y comprendo su indignación ante las maliciosas reticencias empleadas en el Congreso al hablar de la escuadra que manda su honrado y pundonoroso padre, que hartas pruebas tiene dadas de ser merecedor del alto concepto de que disfruta. Crea usted que los mismos que le han censurado no desconocen su valer, aunque consideran lícito el ataque bajo el aspecto de esta política sin entrañas, que todo lo sacrifica a la travesura parlamentaria. No dejo de considerar la difícil situación en que se halla aquella escuadra, imposibilitada de recibir

por Blanco, salió de la bahía para acallar la opinión pública de Madrid y de provincias, que andaba a ciegas sobre la triste realidad de las cosas, y aquella cadena arrastró hacia un sacrificio estéril a centenares de españoles.

Los telegramas de Blanco no dejan al almirante reposo alguno, ni a Toral, ni a Auñón. Véase en qué términos están concebidos. Uno del 2 de Julio a Toral dice, después de lamentar los sucesos del día 1.º: «Lo esencial es que escuadra salga en seguida, pues si se apoderan de ella americanos, España estará moralmente vencida y tendrá que pedir la paz a merced del enemigo; una plaza perdida puede recobrase; la pérdida de la escuadra en estas circunstancias es decisiva y no se recobra» ¹. Otro telegrama a Auñón, también del 2 de julio: «He ordenado salga escuadra inmediatamente, pues si se apodera enemigo boca puerto, está perdida» ².

Pero la verdadera presión fué la que hizo sobre el almirante. Tres telegramas, con el calificativo de *urgente*, *urgentísimo*, están fechados el día 1.º y con el solo intervalo de media hora, imponiendo la salida *cuanto antes* ³. Cervera los recibió los tres y los contesta con éste del día 2: «Recibo sus telegramas urgentes y bloqueada por fuerzas superiores, pero confío en Dios y en la pericia de su padre, que acaso nos sorprenda un día con hábil maniobra. También me hago cargo de los sufrimientos de su buena madre tan amante de su familia y tan justamente preocupada por ella. Me repito... *Ramón Auñón*.—Rubricado.»

¹ *Colección*, pág. 112.

² *Colección*, pág. 112.

³ *Colección*, págs. 110 y 111.

gentes de anoche; envió a mi jefe de Estado Mayor para que los muestre al general Toral, y mando encender para salir en cuanto se reembarque mi fuerza» ¹.

Aun dudaba el capitán general de Cuba de la solicitud y actividad con que el almirante pudiese cumplir sus órdenes, y apenas alborea el día 2 de julio se apodera del telégrafo y vuelve a urgir a Cervera, dando la orden definitiva, inapelable, la sentencia de muerte de más de 300 marinos. El parte está puesto a las cinco y diez minutos de la mañana, y dice: «*Urgentísimo*. En vista estado apurado y grave de esa plaza, que me participa general Toral, embarque vüencia con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con ésta inmediatamente» ².

* * *

Antes de abandonar a Santiago para no volver a verle luciendo sobre el frontis de sus edificios la linda bandera española, digamos algo sobre el ejército de ocupación y sobre los sitiados.

La acción del 1.º de julio fué un escarmiento para el enemigo, que no volvió a medir cuerpo a cuerpo sus armas con los españoles, contentándose en lo sucesivo con hacer jugar su artillería desde lejos; el día 2 se redujo la lucha a un vivo cañoneo por mar y tierra, que inutilizó uno de los dos *Hontorias* de la plaza. El 2 de julio llegó; por fin, a Santiago la columna del coronel Escario, después de abrirse paso heroicamen-

¹ *Colección*, pág. III.

² *Colección*, pág. III.

te por entre las columnas de separatistas cubanos; venía hambrienta, descalza, sin víveres ni municiones, hecha, en frase de Concas, «una imagen de la miseria».

Pocos días después, hacia el 5 de julio, próximamente, se reunieron en su campamento el general



El *Viscaya*, después del desastre (fotografía).

Schafter y los oficiales y comandantes de las diversas brigadas del ejército americano para deliberar sobre su situación, porque las pérdidas ocasionadas en el combate de 1.º de julio y las que iba haciendo la *malaria* diezmaban el ejército. El acta que allí se levantó, firmada por todos los jefes, comienza así: «Nosotros, los que firmamos abajo,

somos de opinión unánime de que este ejército debe ser sacado inmediatamente de la isla de Cuba y enviado a algún punto de la costa de los Estados Unidos... Sabemos que el ejército no está en condiciones de ejecutar un movimiento hacia el interior» ¹.

Por otra parte, comenzaron las desavenencias entre Sampson y Schafter, porque el primero creía imposi-

¹ Este documento lo cita íntegro el Sr. Morris en su obra, pág. 325.

ble el entrar con su escuadra, si primero no tomaba la ciudad el ejército de tierra, y el segundo opinaba por la inversa ¹.

Mientras andaban los americanos con estas indecisiones, el general Blanco era de opinión que la ciudad de Santiago de Cuba se defendiese hasta no poder más; pues en un telegrama al ministro de la Guerra Correa, fechado en 8 de julio, le dice: «Con víveres y municiones podemos nosotros mantener nuestras posiciones por muchos meses y aun vender muy cara la victoria a nuestros enemigos, aunque la absoluta posesión del mar que ellos gozan nos haga penosa la vida por falta de alimentos y difíciles los combates en razón a la falta de municiones... Resumiendo, permítame V. E. que le diga que el ejército en general desea seguir la guerra por el honor de las armas, como también por su propio honor, y les será a ellos excesivamente doloroso el abandonar al enemigo, sin combatir, una tierra que ha sido conservada durante tantos años a costa de su propia sangre. Esta es la opinión que yo también poseo y he poseído siempre.»

Así se expresaba el general Blanco a 8 de julio. El ministro Correa se expresa de modo muy distinto, de un modo casi inconcebible tratándose de un ministro de la Corona española. A 12 de julio le dice así a Blanco, contestando otro telegrama semejante al que hemos leído: «Madrid, 12 julio.—Recibido su telegrama número 202. Estoy sorprendido de que

¹ Véanse todos los partes que se cruzaron entre ambos y su Gobierno en la Publicación Oficial de Marina de 1898, en el *Appendix to the report of the bureau of navigation Navy Department*, págs. 504 y 617 a 625.

estando ya salvado el honor de su indomable ejército, como indudablemente lo ha sido con admiración del mundo entero, como también con gran gloria de la nación, persistan las fuerzas de Santiago en continuar la guerra, en la cual no pueden seguramente ganar más laureles ni llegar tampoco a otro resultado que el de verse obligados a rendirse en breve plazo por falta de víveres y municiones... Ni tampoco me puedo explicar a mí mismo la tenacidad en mantener una posición en una tierra ingrata que nos repele y se hace odiosa a nosotros por su deseo de separarse de la madre patria...» Y concluye el parte con estas palabras: «Yo creo, por tanto, que, sean cuales fueren los decretos del Gobierno, el ejército los ejecutará y no pretenderá constituirse en un peligro para la nación.»

Estos dos telegramas, uno de Blanco a Correa y otro de Correa a Blanco, nos dan exacta cuenta de las dos corrientes que en aquellos críticos días se desarrollaron en nuestra patria. El ejército español, que pasaba hambre, cansancio, desnudeces y peligros continuos, ni pensó siquiera en una capitulación; es más, ofrecida por el Gobierno, aconsejada por el Gobierno, la rechaza, porque, según dicen, «aun no han padecido bastante y están con ánimos y bríos para sufrir gustosos la muerte hasta que no quede en la isla un soldado español». El Gobierno de Madrid, por el contrario, sin tener que padecer nada más que los desvelos inherentes a una situación anormal en el Ministerio, que le ocasionaría, sin duda, algunas molestias y quebraderos de cabeza, se muestra resuelto a cortar por lo sano y entregar a Santiago, a la isla de Cuba y a las colonias todas, porque, según él juzga,

«se ha salvado ya el honor del ejército español con los heroísmos de Cavite, de la Loma de San Juan, del Caney y del cruento sacrificio de nuestra escuadra».

Para no dejar a la Historia ni rastro de duda sobre la opinión del Gobierno de Madrid, D. Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de Ministros, afianzó el telegrama de Co-

rrrea que ha poco leímos, enviando por su parte a Blanco el mismo día 12 de julio este otro, que vino a remachar el clavo: «Absolutamente dueños del sitio los americanos, conocedores por experiencia de cuán costoso ha sido para ellos entrar en combate con nuestros bravos soldados, se limitarán en lo futuro a extender el bloqueo y bombardear

puertos, destacando buques para atacar Puerto Rico, Canarias, islas Baleares y aun las ciudades del litoral de la Península... El deber ineludible de todo Gobierno es evitar males tan grandes, buscando el fin de un combate tan desigual y desastroso. La paz sería hoy obtenida en condiciones que serán aceptadas y honrosas a nuestro ejército... Confío que, en vista de estas razones, usted y los generales a sus órdenes sabrán corresponder a la disciplina del siem-



El *Furor*, ardiendo, y el vapor americano *Gloucester*, que se le acerca (fotografía).

pre valeroso ejército y rendirán obediencia a las resoluciones del Gobierno con respecto a la paz.»

Blanco respondió, a 13 de julio, que consultaría a sus generales antes de dar al Gobierno su última opinión, y el 14, consultados éstos, le contestó así: «La opinión dominante en el ejército de Cuba, de la cual participamos todos los generales, pide la continuación de la guerra. Creemos que el honor del ejército pide más sacrificios; pero el ejército nunca presentará obstáculos a la plena ejecución de las órdenes del Gobierno, que obedecerá como es su deber.» En otro del mismo día le dice a Correa: «El ejército verá con vergüenza el abandono de la isla, que está ocupando y defendiendo con tanto valor.»

El día 17 de julio le puso Blanco a Correa este lacónico telegrama: «La rendición de Santiago se ha verificado esta mañana, sin intervención alguna de mi autoridad.»

Es cierto que Santiago no se rindió con el conocimiento y bajo la autoridad de Blanco, pero lo es también que Blanco no envió subsidio positivo ninguno que llegase a los sitiados, ni de víveres ni de municiones. La ciudad no podía ya resistirse por más tiempo ¹.

¹ La documentación secreta de nuestro Gobierno con los jefes de ejército y escuadra de la Habana y de los espías españoles de Montreal, fué, en parte al menos, a parar en manos de los vencedores, quedando en el archivo de la Capitanía general de la Habana. Un redactor del periódico norteamericano *Journal* obtuvo permiso para copiar los documentos, y traducidos escrupulosamente al inglés aparecieron en dicho periódico en un *Suplemento* de 20 de noviembre de 1898, con este título: «Documentos secretos del Ejército y Marina de España, que revelan la verdadera historia íntima de la última guerra.»



IX

LA LUCHA EN EL «TERESA»

SUMARIO: Órdenes previsoras de Cervera.—Comparación técnica de ambas escuadras.—La salida del *Teresa*.—Lucha contra la impotencia.—¡Contra las rocas!

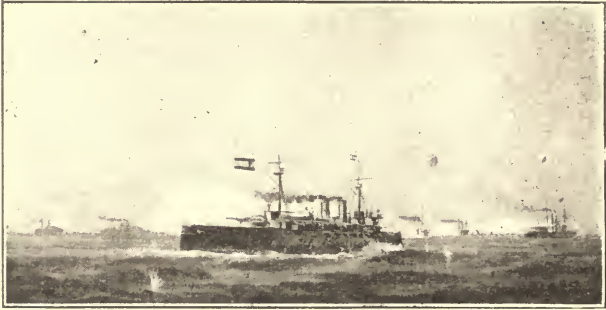
Al rayar el alba del día 2 de julio, recibidos los urgentísimos telegramas de Blanco, mandó el almirante colgar las exploradoras, encender las calderas, y envió con todo sigilo al cañonero *Alvarado* para que recogiese los torpedos puestos en la boca del puerto, con el fin de que no embarazasen la salida ¹. Después mandó izar por última vez en su insignia la señal de *comandantes a la orden*.

La junta fué muy breve y muy silenciosa; el almirante no consultó a nadie; limitóse a dar lectura a los telegramas de Blanco, y concluyó por la del que en aquellos precisos momentos acababa de recibir: «En vista estado grave de la plaza, que me participa general Toral, embarque V. E. con la mayor premura

¹ *Colección*, pág. 3, y la Narración inédita.

tropas desembarcadas de la escuadra, y *salga con ésta inmediatamente*»¹.

Añadió como último comentario que la discusión no tenía allí cabida, porque la orden no pedía más comentarios que la obediencia. Dió instrucciones para el combate sin pedirle a nadie consejo, porque quería echar sobre sí toda la responsabilidad que, como



Persiguiendo al *Teresa* (cuadro).

a almirante, le tocaba en la operación, y señaló las cuatro de la tarde de aquel mismo día 2 para abandonar el puerto, si es que a esa hora estaban ya reembarcadas las dotaciones; les dió a cada uno un fuerte abrazo de amigo; que es una *minucia* que no se le escapa al cronista de estos sucesos, y envió a D. Víctor Concas, que actuaba de jefe de Estado Mayor, por la gravedad de Bustamante, para que comunicase sus instrucciones al general Toral, que por la gravedad de Linares mandaba la plaza de Santiago.

¹ *Colcción*, pág. 3.

Las dotaciones no se habían podido reembarcar la noche misma del día glorioso del Caney, porque las parejas de la brigada de Escario llegaron aquella noche, avisando la proximidad de éste, y hasta que no llegase toda la brigada era peligroso el sacar a 1.000 marineros de los puestos de avanzada. Lo hicieron, por tanto, durante la mañana del día 2, mientras la columna de Escario entraba en Santiago, más para descansar que para luchar.

Las compañías desembarcadas del *Vizcaya* no pudieron reembarcarse hasta las cuatro y media de la tarde, por haber tenido el sitio de operaciones durante la lucha muy lejos de la ciudad, y llegaron tan extenuadas de fatiga, que el almirante, siempre padre bondadoso con la marinería, creyó más oportuno dejarles descansar aquella noche, y retrasó la salida para el día siguiente.

Don Pascual quiso aprovechar aquella última tarde de su vida, que así lo creía él, en dar los postreros perfiles a su previsión, y que la fama suya y la de sus hijos y su esposa no padeciesen merma ante el fallo de la historia, que pudiera atribuirle a él falsamente aquel suicidio que para el día siguiente les estaba ordenado.

Llamó a Ángel, su hijo, su ayudante y su confidente de penas y amarguras; formaron entre los dos un legajo con todos los documentos oficiales, cartas y telegramas cruzados entre el almirante y el Gobierno de España; lo lacraron y sellaron, y pocas horas más tarde estaban en poder del dignísimo y prudente arzobispo de Santiago, quien se obligó, bajo palabra de honor, a guardarlos con todo sigilo para hacerlos llegar a su tiempo, bien a D. Pascual, si éste

quedaba con vida, bien a sus deudos, si perecía en el combate ¹.

Entretanto D. Pascual se dirigió a la ciudad para despedirse de su amigo Bustamante, que empeoraba por momentos, y de Linares, que comenzaba a mejorar; pasóse después por una iglesia para arreglar las cuentas de su alma ² y tener a Dios propicio y amigo en el tribunal del cielo, ya que había tenido tan adversos a los hombres en el de la tierra. Ya muy entrada la noche regresó al *Teresa*, y se encerró en la cámara para devorar a solas sus penas.

* * *

¹ En efecto, el señor arzobispo guardó la documentación con todo secreto. De vuelta ya de la prisión de Annápolis, se la pidió Cervera, siendo portador de ella un joven guardia marina cubano, que fué a su tierra con dos meses de licencia para volver a la escuadra española, adonde pertenecía. El legajo de documentos estuvo guardado en una caja del Banco de España, hasta que el 1899 pidió y obtuvo Cervera una Real orden de S. M. la Reina para sacar a luz aquella riquísima documentación, y así lo hizo después del sobreseimiento de la causa y declaración de su inculpabilidad.

Mucho se podía decir del revuelo que esta *Colección de documentos* produjo en el mundo, sobre todo en la marina de todas las naciones: son muchos los paquetes de cartas y de comentarios que se conservan en una biblioteca privada, pero no hacen falta para la narración.

² Don Pascual Cervera fué siempre un católico práctico, y sin respetos humanos. Cuando fué ministro de Marina comulgaba todos los meses al lado de su esposa y de sus hijos. Leía cada día uno o dos capítulos del *Kempis* en un libro que tenía desencuadernado con el uso continuo, y, además, o solo o en familia, rezaba el rosario. A San Alfonso de Ligorio le llamaba *mi capellán*, porque para todo consultaba sus obras.

Y las penas del almirante en aquella noche solemne fueron muy hondas. El lector ha barruntado ya algo de lo que necesariamente tenía que pasar la siguiente mañana, que era la del 3 de julio, célebre por lo trágica y por lo gloriosa en los anales de la heroica marina española. Pero el lector no tiene aún los datos



Sobre una torre del *Oregón*, acorazado americano (fotografía).

para preverlo con la claridad con que lo preveía aquel anciano, que, sentado delante de una mesa, con los ojos inyectados en sangre, la frente ardiendo y agobiado el cuerpo sobre el bufete, como si sobre su conciencia gravitase la responsabilidad de una acción que él no decretaba, que no quería, que a todas luces le repugnaba, iba dando vueltas y más vueltas a los documentos que tenía delante, barajando planes y más planes de salida, que se estrellaban todos contra

una roca dura, fría, inmoble: la de la *imposibilidad física*.

Vamos a leer algunos de los documentos que hay esparcidos sobre su mesa, para rastrear lo angustioso de su situación. Ese papel que ahora ha cogido entre sus manos es la copia del telegrama que envió al general Blanco, cuando quedó a sus órdenes inmediatas. El parte dice así: «Creo en mi deber exponer a V. E. el estado de la escuadra. De las 3.000 cargas para cañones *Hontorias* de 14 centímetros, sólo 630 son de confianza; las demás son clasificadas de inútiles, no habiéndose reemplazado por faltar existencias a mi salida de Cádiz. Dos cañones *Hontorias* de 14 centímetros del *Vizcaya*, y uno del *Oquendo*, no ofrecen confianza, habiéndose mandado cambiar por otros (que no se hizo). El mayor número de los estopines ofrece poca confianza. Al *Colón* le falta su artillería gruesa; *Vizcaya* está muy sucio y ha perdido su velocidad; el *Teresa* no tiene cañones de desembarco, y los del *Vizcaya* y *Oquendo* son inútiles; tenemos poco carbón. Escuadra de bloqueo es cuatro veces superior, por lo que salida sería nuestra destrucción absolutamente segura ¹.

Aquel otro papel que tiene sobre la mesa son las estadísticas de las dos escuadras que van a entrar en combate al día siguiente; y por más que las compara una y cien veces, dan siempre el mismo resultado, cruel, inflexible, matemático. *Escuadra española: Vizcaya*, 7.000 toneladas; *Oquendo*, 7.000; *María Teresa*, 7.000; *Colón*, 6.480.—*Escuadra americana: Yorba*,

¹ *Colección*, pág. 103.

11.340 toneladas; *Indiana*, 10.288; *Massachusetts*, 10.288; *Oregón*, 10.288; *Brooklyn*, 9.271; *New-York*, 8.200; *Minneápolis*, 7.375; *Texas*, 6.315; esto sin contar el enjambre de cruceros y vapores auxiliares que les esperaban. Sumaba mil y mil veces, y el resultado era siempre el mismo: 27.480 toneladas contra 74.365.

Sumaba y comparaba los cañones de ambas escuadras, y entonces la desproporción era horrible: 14 cañones de 30 ó de 32 centímetros en la armada americana, contra cero de este calibre en la española; 38 cañones de 20 centímetros en los enemigos, contra seis de 28 en los nuestros; 191 de 15 centímetros o menos de 15, pero todos de tiro rápido, contra 114 en los barcos españoles ¹.

¡Aquello era tentar a Dios! Pero, además, aquellas cifras no significarían gran cosa para el valiente marino si, después de comparar números, no entrara en la parte técnica, la decisiva, de los barcos que iban a combatir.

Tres de sus cruceros, *Teresa*, *Vizcaya* y *Oquendo*, tenían protegida la línea de flotación por una cintura de acero de 30 centímetros, que los hacía vulnerables tan sólo a los cañones de 30 y 32; pero las baterías de los cañones de 14 centímetros estaban sin protección de ninguna clase, expuestas a todos los cañones

¹ Estos datos están tomados, parte de las estadísticas que trae el Sr. Vidal Munárriz en su libro *Ultimas glorias de la Marina española*, págs. 15, 16 y 17; parte del libro de Concas, *La escuadra de Cervera*, en todo el cap. VIII, y parte, finalmente, de la *Colección de documentos*, de Cervera, páginas 25 y 34. Los datos de todos éstos concuerdan entre sí.

enemigos de cualquier calibre, y más que a los cañones enemigos, a los astillazos de la impedimenta que iba sobre los barcos, al derrumbe de aquel inútil maderaje que nuestros cruceros llevaban en cubierta y en alojamientos. ¡Pobre dotación! ¡Pobres marineros suyos, que tendrían que soportar el combate al lado de sus cañones, sin defensa ninguna y expuestos a recibir las balas enemigas, las astillas de la obra muerta y el incendio que seguramente producirían los proyectiles americanos! Sólo el *Colón* tenía protegida su artillería, y esta diferencia va a producir muy pronto sus efectos.

Por el contrario, los datos que tenía de la escuadra enemiga decíanle cosas muy diversas; argüía más solicitud en su Gobierno para defender las vidas de sus marinos. El *Yowa*, *Indiana*, *Oregón* y *Massachusetts*, con sus corazas de acero *harveyzado* de 14 ó 18 pulgadas, no hubieran sido jamás taladradas por los cañones de nuestros barcos, sino, a lo sumo, puestos a la boca misma de la pieza y *en el polígono*. Disparar sobre ellos era, en expresión de Concas, *ladrarle a la luna*. Los barcos americanos tenían además protegida toda su artillería; nada podían hacerles nuestros buques si no se acercaban mucho.

Pero aun no terminaba aquí el recuento de las desdichas; se acordaba muy bien el almirante de los ejercicios navales de Santa Pola; recordaba que con los cañones de 28 se habían hecho *dos disparos* por pieza, y desde entonces no se habían hecho más, porque hubiese sido un despilfarro; se acordaba de lo premioso y tardo que resultaba el manejo de los cañones por falta de ejercicio y de instrucción práctica,

y aunque había hecho estudiar y conocer el manejo teórico de las distintas piezas, ¿qué iba a ser al día siguiente, cuando se manejaran prácticamente y casi por vez primera en el combate? ¡Aquello era horrible! ¡Era mejor no pensar en ello, cerrar los ojos y... lanzarse al abismo!

Después se quedó sin pensar en nada y pensando en todo: en su patria, en su esposa, en sus hijos, en su honor de marino, jamás empañado por un descalabro, en mil cosas más.

Oyó entonces el toque de diana. Se levantó de su asiento, y pasándose la mano por la frente para espantar a la multitud de fantasmas que acosaban su imaginación, salió al aire libre, al aire de la mañana, murmurando entre dientes:

—¡Vamos allá! Al sacrificio, al desastre, o, mejor dicho, vamos al *cumplimiento del deber*.

* * *

Se le sirvió a la marinería un rancho extraordinario, el último para muchos de ellos, en donde reinó la animación más patriótica. El día estaba neblinoso; los buques, con todas sus calderas encendidas; la artillería cargada.

Las instrucciones dadas por Cervera a sus comandantes eran éstas, sacadas del parte del combate: Había de salir primero su buque insignia, el *Infanta María Teresa*, para dejar *algo desorientados* a los que, desde Madrid, en la Prensa o en los escaños del Parlamento, atribuían al poco valor personal del almirante la detención de la escuadra en el puerto. Seguirían,

por su orden, el *Vizcaya*, el *Colón*, el *Oquendo*, y detrás los destroyers. El *Teresa* lo mandaba Concas; el *Vizcaya*, Eulate; el *Colón*, Díaz Moreu; el *Oquendo*, Lazaga, y los cazatorpederos *Furor* y *Plutón*, Villaamil.

Al salir el *Teresa* empeñaría combate con el enemigo que viera más a propósito, y los demás, conforme fuesen saliendo, se dirigirían hacia el Oeste, a toda fuerza de máquina, tomando la cabeza el *Vizcaya* y procurando seguir la línea de la costa. Los cazatorpederos habían de mantenerse, si podían, fuera del fuego, y espiar un momento oportuno para obrar, o escapar si el combate era desfavorable. Es decir, que la intención del almirante era la de ofrecerse él como única víctima, presentarse al enemigo, dejar que se cebase en él, y que entretanto los demás se pusiesen en salvo.

Los buques enemigos aparecían aquella mañana en este orden: *Indiana*, *New-York*, *Oregón*, *Yowa*, *Texas*, *Brooklyn* (el *Massachusetts* no se nombra), y a continuación los cruceros y vapores auxiliares. Respecto a la distancia a que se mantenían de la costa, sólo pudo asegurar el almirante que estaban muy alejados de ella, de ocho a nueve mil metros.

Serían las nueve de la mañana cuando el almirante mandó izar la señal de levar, y todos los buques contestaron que tenían sus anclas aseguradas.

«Un ¡viva España! fué la próxima señal de salida—nos dice Concas—, y el viva fué contestado con delirante entusiasmo por las dotaciones y por el ejército de tierra, que coronaban las altas orillas de la bahía, dispuestos a secundar la obra de sus hermanos con los fusiles de reducido alcance.»

Balanceáronse aquellas seis víctimas, majestuosas y gallardas, con toda la majestad de seis patricias romanas que caminasen al martirio animadas por los esplendores de la fe.

Desplegada la bandera de combate, pasó el *Teresa* por delante de los demás cruceros, que le hicieron por última vez los honores de ordenanza. Siguió ya rápidamente, salvando las sinuosidades de la boca, y a las nueve y treinta y cinco minutos asomaba por ella el *Teresa*, como león a quien acechan más de 30 tigres para cerrarle el paso.

El práctico de Santiago, que sacó el barco insignia, refiere así la salida: «Iba yo en la torre de proa, al lado del general Cervera, que se mostraba tan tranquilo como si se hallara en la cámara y fondeado; observaba el canal y los barcos enemigos, diciéndome a veces:

—Avisé cuando *se pueda meter*—. Se refería a ir sobre estribor hacia el lado del enemigo, lo cual no podía hacerse sino después de haber pasado el bajo del *Diamante* ¹.

Un ayudante de Cervera dijo al autor de esta narración que el almirante iba risueño, conversando con los que estaban en el puente, y comiéndose con lentitud una galleta de las de la marinería.

«Acabábamos de dar vuelta al bajo del *Diamante*—nos dice el comandante del barco insignia, don Víctor Concas—, y con un silencio sepulcral a bordo y en tierra, impresionado todo el mundo ante aquel

¹ Trae más por extenso este relato el Sr. Isern en su obra, pág. 501, nota.

grandioso espectáculo de los cuatro buques saliendo por el desfiladero, entre el Morro y la Socapa. Momento solemne, capaz de hacer latir al corazón más templado. Desde fuera de la torre de combate, en la que no quise entrar nunca, para dar ejemplo a mi indefensa dotación, pues si yo caía quedaba aún el almirante para mandarla, pedí su venia, y con ella di orden de romper el fuego.

Sonó la corneta de órdenes, dando la señal de comenzar el combate, orden repetida por todas las de las baterías y seguida de un murmullo de aprobación de todos aquellos pobres marinos y soldados de Infantería de Marina, ansiosos de pelear, porque no sabían que aquellos ecos bélicos de las cornetas eran la señal que arrojaba a la patria a los pies del vencedor.

¡Mis cornetas dieron el último eco de aquellos que la Historia cuenta que sonaron en la toma de Granada! ¡Era la señal de que terminaba la historia de cuatro siglos de grandeza, y que España pasaba a ser nación de cuarto orden!

—¡Pobre España!—le dije entonces al almirante, a mi querido y noble almirante, y éste me contestó significativamente con la cabeza, como diciendo que había hecho cuanto era posible para evitarlo y que estaba tranquila su conciencia» ¹.

* * *

Pero abreviemos, en cuanto sea posible, el relato de aquella lucha titánica contra la impotencia física; Dios, que es bueno hasta en los castigos que impone,

¹ Don Víctor Concas en su obra citada, págs. 154 y 155.

no sé si por misericordia con España, a quien castigaba, o por compasión con las víctimas que el castigo sufrían, hizo que el tormento fuese de breve duración. Comenzó a las nueve y media de la mañana, y antes del medio día estaba consumado el sacrificio.

Tan pronto como salió el *Teresa* y dió con su corneta el primer alarido de combate, se lanzó a toda velocidad contra el primer barco enemigo que halló más cerca, rompiendo sobre él un fuego frenético con toda la artillería, menos con el cañón de proa, que se reservaba para el momento de haber acertado distancias. Aquel barco enemigo era el *Brooklyn*, insignia del comodoro Schley.

El barco norteamericano hizo una rápida maniobra para enfilear el *Teresa* con los cañones del 32; le hizo fuego, y se guareció entre el *Yowa* y el *Texas*. En esto salía ya el *Vizcaya*, tomando la línea paralela del acantilado.

Contra el *Teresa* cerraron en seguida el *Yowa* y el *Texas* y el *Brooklyn*, manteniéndose siempre a tal distancia, que sus corazas recibían las balas como puede recibir una granizada el muro de una torre; «nuestras granadas reventaban sobre las corazas de protección de sus barcos y ni un *impacto* ni una avería de importancia tuvieron que lamentar.»

¿Y los barcos españoles? Cervera dice en una de sus cartas íntimas, escrita desde el destierro o prisión de Annapolis: «Cañón hubo que necesitó presentársele siete cartuchos para poder disparar uno; otro hubo cuyo cierre saltó al primer disparo; en fin, ¡un desastre! ¡Cómo ha de coger melones el que siembra calabazas! Pero lo peor de todo fué la falta de protec-



El combate (cuadro al óleo, hecho expresamente para ser regalado al almirante Cervera).

ción de la artillería y la sobra de madera; porque ésta nos produjo incendios a bordo que no pudimos apagar por haber sido destruída la tubería de contra-incendios. Durante el combate, una de las veces que salí de la caseta para observar la posición de la escuadra enemiga, reventó una granada cerca de mí, y un pedazo de madera me dió en una pierna, aunque no me hirió»¹.

Entretanto, la nube de fuego y de hierro iba arreciando sobre el *Teresa*. Cuenta el comandante don Víctor Concas que, antes de ser herido, vió chocar siete proyectiles, uno tras otro, sobre su torre de mando; uno de ellos le partió en dos a su ordenanza; el último, al reventar, le incrustó a él un casco en el pecho, dejándole sin conocimiento. Concas fué trasladado al hospital del barco y D. Pascnal tomó la dirección del combate.

Dos granadas de las de 30 centímetros cayeron sobre el buque insignia español, reventando en la popa, haciendo saltar el tubo de vapor de la bomba real y destrozando alguna de las tuberías de la máquina. ¡Y era esto poco después de haberse iniciado la lucha, en el momento mismo en que el *Oquendo* salía por la boca de Santiago buscando la muerte!

Estas dos granadas, cuya paternidad se disputaron después del combate el *Yorwa* y el *Oregon*, como los cazadores que, al terminarse la cacería, se ponen a discutir sobre una bala alojada en el corazón de uno de los corzos cobrados, fueron, en efecto, la herida de muerte del *Teresa*, la causa de la pérdida del buque.

¹ Carta escrita desde Annápolis a su hijo D. Juan Cervera.

El *Teresa* defendíase, no obstante, como uno de esos soldados españoles que, caídos ya en tierra, sintiendo que se le escapa la vida a chorros, no pueden sustraerse al vértigo de morir matando.

El fuego comenzó a apoderarse de la madera del buque por todas partes; la velocidad del barco iba siendo cada vez más lenta; el vapor que salía por los destrozados tubos inundó las máquinas, haciendo imposible la vida en ellas; el incendio aisló completamente la parte de popa; los sirvientes de las máquinas y de los cañones morían asfixiados; los servidores de una de las conducciones de munición de pequeño calibre perecieron todos abrasados, y al intentar algunos compañeros auxiliarles, con un arrojo rayano en la temeridad, quedaron también abrasados junto a sus hermanos.

Cervera recibía avisos cada vez más desesperantes; era imposible ya salvar el barco. Vinieron a notificarle, por fin, que el fuego había prendido en el cangrejo y en la caseta del puente de popa; después, que el incendio, iniciado en su cámara ¹, corría al centro del buque con suma rapidez, y no se contaba ni con agua ni con bombas de incendio, porque se habían inutilizado todas.

El almirante quiso hacer todavía un último esfuerzo: mandó a un ayudante con la orden de que inundasen todos los pañoles de popa; pero ya era dema-

¹ En ella tenía Cervera todas sus alhajas, que aun deben estar allí sepultadas en el fondo de los mares. Estas alhajas no eran objetos de lujo ni de vanidad. Reducíanse a una multitud de cruces y condecoraciones ganadas en campaña, y cuyas placas le habían ido regalando por suscripción sus amigos.

siado tarde; no se podía penetrar por aquellos estrechos callejones, a los cuales las llamas y el humo daban el aspecto de un infierno.

¿Qué hacer del barco, de su hermoso y gallardo buque *María Teresa*? La playa de popa, las cubiertas, las baterías, todo estaba sembrado de muertos y de agonizantes, todo cubierto de sangre, donde reflejaba su ardiente llama el fuego de las torres; las explosiones aisladas de los repuestos de munición comenzaron a dejarse oír, secas y quejumbrosas; se multiplicarían en seguida hasta volar el barco, con la muerte segura de toda la dotación.

¿Qué hacer? Don Pascual, sacando ya los últimos repuestos de serenidad que guardaba en el fondo de su espíritu, miró hacia la costa y vió que estaba frente a una playita formada por Punta Cabrera.

Entonces tomó una resolución extrema, la que mandan las Ordenanzas de la Armada, que parece le estaban señalando con su dedo invisible el art. 153 del título 1.º del tratado 3.º, que le decía: «Deberán combatir (los comandantes de los barcos) hasta donde quepa en sus fuerzas contra cualquier superioridad, de modo que, aun rendido, sea de honor su defensa entre los enemigos. Si fuere posible, varará en costa, amiga o enemiga, antes de rendirse, cuando no haya un riesgo próximo de perecer el equipaje en el naufragio, y, aun después de varado, será su obligación defender el bajel y, finalmente, quemarlo, si no pudiese evitar de otro modo que el enemigo se apodere de él»¹.

¹ Ordenanzas de la Armada, sitio citado en el texto literalmente.

Por eso, Cervera dió dos órdenes que eran el cumplimiento de aquel artículo de las Ordenanzas; una, que miraba al honor de España, la de arriar la bandera, anunciando que cesaba el inútil combate; otra, que miraba al amor de su dotación, la de ahorrar víctimas, dirigiendo la proa del *Teresa* a Punta Cabrera.

La primera se encargó el fuego de cumplirla, quedando la linda bandera española antes de ser arriada, como si Dios quisiese significar que con el fuego de aquel desastre quemaba y purificaba la escoria de la nación, para darle una bandera nueva, más limpia, más hermosa, más acepta, con el arrepentimiento de lo pasado, a sus divinos ojos.

La segunda orden no pudo ser más oportuna; la máquina acababa de pararse por completo, y sólo con la fuerza inicial pudo el barco llegar hasta la playa. Hubo, por otra parte, que lanzarse fuera del buque y tomar a nado la orilla, pues el *Teresa* era ya un volcán en ignición.

El salvamento fué penosísimo, porque los botes del crucero estaban convertidos en astillas. Los marinos que aun se sentían con fuerzas para nadar, lo hicieron cuando el almirante dió el permiso, llevando cada cual a remolque a uno y aun a dos de sus fatigados o heridos compañeros.

Un bote, que se creyó en condiciones de ser utilizado, se echó al mar y zozobró en seguida; una lanchita de vapor hizo un viaje con heridos hasta la playa, y, al volver por más, se hundió también en el camino. El comandante Concas fué conducido a hombros de dos nadadores hasta la playa, temiéndose que se les quedase en el camino, porque su gravedad era suma.

El segundo y el tercer comandante se quedaron a bordo para dirigir el salvamento; pero D. Pascual creyó necesaria su presencia en tierra para mantener la disciplina entre los que iban llegando, y se



El *Oquendo* y el *Teresa* (fotografía).

aventuró a salvar a nado la ancha faja que le separaba de la orilla ¹.

Lanzóse al mar junto con su hijo Ángel y con un marinero diestro y fornido; pero al poco tiempo las fuerzas le faltaron, el reuma le paralizó los músculos y se sintió desfallecer. El pobre anciano acudió a su hijo diciendo:

¹ Dice el almirante en su ya citada carta: «Di permiso para que se fueran a nado los que supiesen nadar, y como llegaban sedientos, se desbandaban en busca de agua. Concas, mal herido, no podía hacer nada en la playa, y como yo no hacía falta a bordo, me fuí a tierra para arreglar aquello.»

—¡Ángel, hijo mío, me ahogo!

Entonces el marinero le asió con una mano y Ángel le iba empujando detrás de él, y así pudo tontar la playa y organizar a su gente, que, muerta de sed, asfixiada por el calor, intentaba dispersarse en busca de agua y de sombra.

¡Qué espectáculo tan desgarrador se ofreció a los ojos del almirante! ¡Apenas había hombre sano! ¡Casi todos tenían heridas en su cuerpo, causadas, en su mayor parte, por las astillas que iban saltando de tanto maderaje inútil como llevaba el crucero! «¡Y qué heridas!—dice Concas en una relación de estos tristísimos sucesos—. ¡Qué heridas! Todavía recuerdo con espanto el horrendo destrozo de las granadas; desde un cabo de mar, que tenía catorce, hasta el último alcanzado por el hierro americano, ninguno había con menos de dos, y de tales dimensiones y caprichosos horrores, que no hay corazón empedernido que pudiera verlo sin conmoverse» ¹.

En esta situación tan triste, y tres cuartos de hora después de haber embarrancado el *Teresa*, comenzaron a aparecer los botes americanos, que venían por sus prisioneros ².

¹ Concas, obra citada, descripción del combate.

² El parte del combate mandado por Cervera a Blanco se puede ver en su *Colección*, pág. 114.



X

FIN DE NUESTRA ESCUADRA

SUMARIO: Salida del *Vizcaya*.—¡Contra las rocas!—Diversos lances del *Colón*. ¡Al fondo del mar!—La suerte de los demás barcos.—Una escena de los *Semidioses*.—Prisioneros de guerra.—Juicio de los críticos navales sobre la salida de la escuadra española.

¿Cuál había sido entretanto la suerte de los otros cruceros? Con poca diferencia, la misma, y por eso la narración, que se hace ya excesivamente dolorosa, será muy breve. Los partes del combate, dados por los diversos comandantes e impresos en la *Colección* de Cervera, podrán darnos más pormenores.

Detrás del *Teresa* salió el elegante y hermoso crucero *Vizcaya*, al mando del pundonoroso D. Antonio Eulate.

Oiga con respeto la Marina española el modo cómo da comienzo el comandante del *Vizcaya* al parte donde describe la lucha: «Se arboló la bandera de combate por los oficiales, a quienes arengué con el recuerdo de las obligaciones que impone la Ordenanza y los actos heroicos realizados por nuestros predecesores en esta honrosa carrera. Seguidamente,

y precedida de un breve exordio, recibimos todos, puestos de rodillas, la bendición del padre capellán»¹.

¡Eran españoles, eran además cristianos, y por eso salieron del puerto con aquella serenidad en busca de la muerte! A las nueve y treinta minutos, según lo convenido, rebasaba el *Vizcaya* la Punta de la Socapa, y poco tiempo después, ya en plena mar, rompió el fuego contra el enemigo, que le cercó por todas partes con objeto de cortarle la retirada. Los fondos del crucero estaban, como ya sabemos, sucísimos; su andar era premioso y lento, y muy pronto se quedó zaguero, hecho casi instintivamente el blanco de los adversarios. Esto no empeció para que el barco sostuviese la lucha durante hora y media, aquella lucha insostenible a todas luces.

Vió que el *Brooklyn* era el más cercano, y trató de acortar distancias, unirse a él y entablar una lucha cuerpo a cuerpo con un valiente y franco *abordaje*. Cuando intentó hacerlo, tenía al *Brooklyn* a babor, al *Oregon* por la aleta de la misma banda, al *Yowa* por la popa y al *New-York* por la aleta de estribor. El barco americano se vió que no estaba para aceptar abordajes ni desafíos caballerescos, teniendo tan segura la presa sin aventurarse, y en verdad que obró con prudencia. Al *guiñarle* el *Vizcaya* hacia su banda hizo él lo mismo en sentido opuesto, y se alejó.

Eulate fué uno de los primeros en caer herido de gravedad en la cabeza y en la espalda, y a viva fuer-

¹ *Colección*, pág. 121.

za fué retirado del puente, casi exánime, dejando la dirección de la pelea al segundo comandante.

En vano intentaban los artilleros disparar con aquellos cañones fatídicos de 14 centímetros que, en



¡Adiós, Vizcaya! (Del *The Century Magazine*. Mayo, 1899.)

expresión del parte, «apenas comenzó el combate y se quiso hacer fuego con ellos, escupían las ahujas, lanzaban los cierres, hacían explosión en la recámara, hiriendo a los sirvientes», y que, sin embargo...

estuvieron recibiendo durante hora y cuarto, uno tras otro, los infandos casquillos de la casa Armstrong, porque no había más que éstos»¹.

El incendio comenzó muy pronto en el *Viscaya*. Hacia las once y media, cuando ya no se encontraba quien sirviese las baterías, porque éstas habían tenido 80 bajas; cuando todo el barco era un horno de fuego; cuando se habían inutilizado todos los cañones, apareció de nuevo Eulate en el puente, «estancada a duras penas la sangre de sus heridas». Había estado luchando en la enfermería a brazo partido con los médicos, que en vano quisieron detenerle.

El cuadro de horror que ante los ojos del heroico Eulate presentaba su barco, con los cañones mudos, las servidumbres muertas o lanzando ayes de agonía, la obra de madera del buque lanzando llamas y amenazando llegar a los pañoles de las municiones, le conmovió el alma.

Le dijeron que durante su ausencia el segundo comandante, el no menos heroico y sereno jefe D. Manuel Roldán, había dado la orden de estrellar el barco sobre la rocas de la playa.

Eulate no quiso rendirse aún. Reunió a los oficiales que pudo, y les dijo:

—Respóndanme con franqueza. ¿Se puede hacer aquí algo más en defensa del honor de España, ya que nada se puede hacer en defensa del barco?

Los oficiales respondieron acordes:

—No se puede más. Una ulterior resistencia sería

¹ Datos sacados del parte del combate y de palabras de Concas.

una locura, la muerte de más españoles, inútilmente procurada.

—Entonces—exclamó Eulate—¡la proa hacia la playal!

El barco viró pocos momentos después, y a eso de las once y media largas su casco gemía al estrellarse contra los arrecifes del Aserradero; así murió aquel bellissimo crucero que al pasar por nuestras costas era el orgullo y la bendición de los españoles. ¡Qué esbelto era! ¹.

*
* *

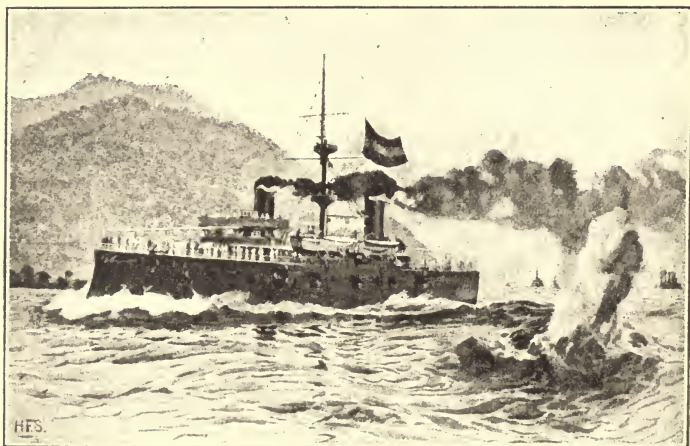
Detrás del *Vizcaya* salió el *Colón*, a las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana, rompiendo el fuego sobre el *Yowa*, que era el buque más próximo.

Sus peripecias nos prueban una tesis aceptada ya por todos los técnicos navales, y que allí se convirtió en tristísima realidad. Tanto en Cavite como en Santiago se dió el caso de no tener los americanos más que 5 heridos en Filipinas y 10 en Cuba, sin tener que lamentar muerte ninguna, mientras la sangre española corrió a torrentes en ambos sitios. La causa fué la de no haber protegido España las baterías de sus cruceros, excepto las del *Colón*, que estaban defendidas por cubiertas protectoras. Ahora bien, en los demás barcos quedó fuera de combate una terce-

¹ Tenía el *Vizcaya* una hermosa bandera de seda, regalo de la Diputación provincial del antiguo señorío de Vizcaya. Eulate, al dar la orden de estrellar el barco, mandó arriar y quemar aquel recuerdo tan querido, poniendo otra, que el fuego abrasó también muy pronto.

ra parte de sus dotaciones, y en el *Colón* no hubo más que un muerto y algunos pocos de heridos.

Cuando el *Colón*, a todo andar de sus máquinas, buscaba la línea de la costa para escaparse de las garras de sus enemigos, el *Brooklyn* y el *Oregon* se lanzaron en seguimiento del fugitivo. Todo en vano;



Persecución del *Colón* (cuadro).

el barco español, de más andar que los contrarios, les ganó pronto seis millas de delantera; media hora más de máquina forzada, y hubiera burlado la tenacidad de sus adversarios en darle caza; pero estaba de Dios que el sacrificio fuese completo.

Puede considerarse la desesperación de Díaz Moreu, su comandante, y del segundo jefe de la escuadra, D. José Paredes, que en él iba, cuando al acariciar los dos tan risueñas esperanzas, recibieron un aviso del maquinista diciendo que el carbón bue-

no se les acababa de concluir y que con el que quedaba era imposible sostener la velocidad vertiginosa del barco.

En efecto, a la una de la tarde comenzó a bajar la presión de las calderas, disminuyendo la revolución de 85 a 80, en tanto que el *Oregon*, andando 16 millas, le empezó a ganar lo perdido, y poco tiempo después lanzó sobre ellos, como en blanco seguro, los proyectiles de sus cañones.

La situación del barco español se fué haciendo cada vez más comprometida; no tenía para defenderse cañones de grueso calibre, y esto permitía al enemigo acercarse a su sabor; detrás del *Oregon* acudieron el *Brooklyn*, el *Texas* y el *New-York*, a quienes nada quedaba ya que hacer enfrente de Santiago, y la velocidad del *Colón* disminuía por momentos.

No quedaban más que tres soluciones: entregar el barco, hundirlo o estrellarlo. En la primera ni se pensó un instante; hundirlo, produciendo la explosión, sería un crimen, porque suponía la muerte de sus marinos. Díaz Moreu, con una sangre fría que rivalizaba con la de Paredes, dió la orden de virar hacia la playa.

El segundo jefe de la destruida escuadra tuvo entonces una idea feliz, digna de un marino español que ve perdido su barco y no se fía de la misma dureza de las rocas. Quiso asegurar bien la pérdida completa del crucero, y mandó que se abriesen los *kingtons* o válvulas todas de la máquina. Esta orden salvó el cumplimiento de las Ordenanzas del arma española.

La embarrancada se tuvo que hacer sobre la playa que forma el río Tarquino en su desembocadura; el barco, al no encontrar obstáculo rocoso y duro, se metió casi por completo en la arena y quedó intacto.

El almirante Sampson, cuando lo supo, batió palmas; al fin podían contar con un barco español como trofeo de victoria que llevarían a los Estados Unidos. Las Ordenanzas de la Marina española son, no obstante, muy severas para consentir al enemigo semejante gloria.

Al llegar los barcos de éste para recoger a los prisioneros del *Colón*, dispuso el almirante americano que inmediatamente lo desalojaran los españoles, temiendo algún acto de heroísmo desesperado; y con tanta urgencia, que ni las ropas, ni los documentos del crucero, ni nada se permitió sacar de allí. Acto continuo, «y con una impremeditación y ligereza inexplicables», se le dió al barco prisionero un remolque para sacarlo de la varada; salió el *Colón* a más agua; pero entonces se comenzó a hundir ante los ojos de los americanos.

Se soltó el remolque y el *New-York* le fué empujando suavemente hacia la orilla con el objeto de vararlo en menos agua: todo inútil; el barco, en expresión científica y náutica, «cambió el par de estabilidad, dió la vuelta y se acostó sobre una banda, enseñando la otra a semejanza del lomo de una ballena». Pocos instantes después desaparecía en medio de un torbellino de espuma.

Es que el barco era español y por ende pundonoroso, y le acaeció lo que pudiera pasarle al herido

prisionero, a quien se quisiese prolongar la vida artificialmente para llevarlo como trofeo de victoria; el moribundo, al verse cautivo, reanimado algún instante, al parecer, dobla pronto su frente a poder de la vergüenza y del dolor y se les queda entre las manos a los vencedores ¹.

La agonía del *Oquendo* fué más rápida, pero más cruel, si cabe. Aún no había salido por la boca del Morro, cuando ya recibía los fuegos del *Indiana*, del *Oregon* y del *Yorva*, que casi lo destruyeron antes de salir. Sin embargo, su comandante, el intrépido don Juan Lazaga, maniobró con toda sangre fría para dar la vuelta al bajo del *Diamante*, en medio del turbión de proyectiles que llovía sobre sus torres y su cubierta, y que, según D. Víctor Concas, «fué una operación de las más grandiosas, si no la más, que ha tenido lugar en ninguna marina militar, dejando una estela de honor y de gloria que han de recordar con respeto las generaciones venideras» ².

Salió ya del puerto completamente acribillado, y lo raro fué que con la superioridad de sus contrarios no le rematasen éstos en la misma boca. El *Oquendo* siguió a toda máquina, pasando cerca del *Teresa*,

¹ Muchas relaciones escritas he leído en varios libros sobre este lance del *Colón*. El suceso no lo saco de ellas, sino de una nota inédita hecha por uno de los marinos de Santiago, que concluye así: «Es evidente que si Sampson no se hubiera dado tanta bulla, hubieran podido los buzos cerrar las válvulas del fondo, achicar el agua y sacarlo a flote, y hubieran tenido un trofeo magnífico, porque el barco estaba íntegro; pero Dios, en medio del castigo, velaba aún por el honor de España, y no lo quiso así.»

² *La escuadra de Cervera*, pág. 161.

cuando éste estaba convertido en un volcán. Perseguido por casi todos los cruceros americanos, defendiéndose de ellos, y cuando el incendio consumió sus torres y los cañones quedaron inútiles y sin sirvientes y su casco era una criba, fué a morir una milla lejos del barco insignia, y, como él, estrellado contra las rocas.

Disponiendo estaba su heroico comandante el salvamento de los suyos, cuando cayó sobre el puente sin vida.

La destrucción de los dos torpederos fué el postre del festín.

¿Qué iban a hacer aquellas cáscaras de nuez sin defensa, de andar lento, gastados y sucios por el viaje de la Península? ¡Pobre Villaamil! ¡No pudo hacer más de lo que hizo! Cuando ya no podía dominar el fuego del cazatorpedero *Furor*, en donde él iba, cuando tenía fuera de combate las dos terceras partes de la dotación, dió orden de ganar a nado la playa, y aun allí, dentro del mar, en medio de la angustia y de la lucha por la vida, les hostilizaban a aquellos valientes las granadas enemigas, arrancándoles a varios la existencia ¹, después de arriada la bandera de combate.

Poco después el casco del torpedero lanzó un clamor, una especie de grito heroico de ¡viva España!, y desapareció en el aire. ¡Había hecho explosión, y aquella explosión le arrancó la vida a su heroico jefe, al bravo Villaamil!

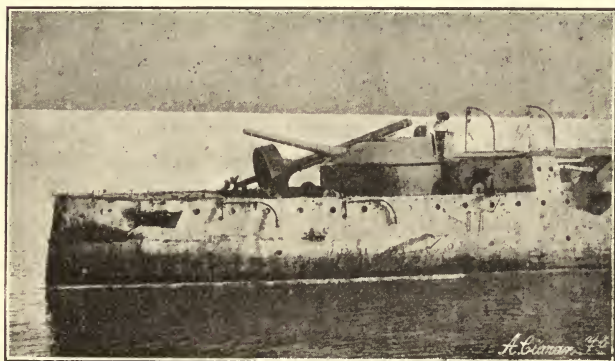
Con un breve intervalo de tiempo murió también

¹ Véase el parte del *Furor*, *Colección*, pág. 124.

gloriosamente el *Plutón*, al lado de su hermano, a la entrada misma de la bahía de Cabañas. El mar que cerca a Santiago de Cuba quedaba todo por los americanos.

* * *

El festín había terminado; las órdenes del Gobierno quedaban cumplidas; la escuadra deshecha; el



La proa del *Vizcaya* (fotografía de una revista italiana).

prestigio de España derrumbado por los suelos, y el honor de la marina española alto, muy alto, flotando por la concavidad que forman los cielos del heroísmo; la playa estaba cubierta de cadáveres y de heridos, de sedientos y destrozados marinos españoles.

¡Oh, y cuántos faltaban, sin embargo, allí! Faltaba el valiente comandante del *Oquendo*, D. Juan Lazaga; faltaba el segundo comandante, Sr. Sola, partido en dos pedazos por un proyectil; faltaba el tercer comandante Matos y los tres tenientes de navío más anti-

guos, D. Eugenio Rodríguez y D. Alfonso Polanco y el Sr. Bárcena; faltaban 121 marineros del *Teresa*; faltaba el valiente Villaamil; faltaban cinco oficiales del *Teresa* y cuatro del *Vizcaya*, cuyos supervivientes relataban cómo el condestable D. Francisco Zaragoza, al sentirse morir, pidió un trozo de la bandera española para expirar abrazado a ella; faltaba el joven guardia marina D. Enrique Cheriquini, quien, cortadas a cercén ambas piernas, ofreció a Dios cristianamente el sacrificio de su vida y de sus dolores en expiación de sus culpas ¹; faltaba el segundo médico del *Teresa*, que había muerto asistiendo a los heridos con un heroísmo y un desprecio a la vida increíble...; «faltaban muchos, muchísimos, continúa D. Víctor Concas, y todos habían pagado tributo a los errores ajenos. ¡Y todo para dar una fácil victoria al enemigo; que, si tal sacrificio hubiera sido para el bien de la patria, aun nos pareciera poco el no haber muerto todos por su prosperidad y por su grandeza!» ².

Rectificadas algunos meses después las bajas, resul-

¹ Tengo copiada por mi mano la carta que D. Matías Riera, el capellán del *Vizcaya*, escribió a la familia de este heroico y cristiano joven, contándole su envidiable muerte. Viendo que varios amigos querían atenderle sobre cubierta al verle caer, les dijo: «Dejadme; yo no podré vivir, soy un muerto del combate; sigan ustedes luchando y no se ocupen de mí.» Recibió la Extremaunción en la enfermería, después de confesarse, y le dijo al capellán: «¿Cree usted que Dios recibirá estos mis dolores en desagravio de mis culpas? ¡Yo se los ofrezco así, con ese fin!» ¡Qué consuelo para su cristiana familia! ¡La muerte de un héroe, realizada por la resignación de un justo!

² Concas, libro citado, pág. 174 y siguientes.

taron 223 muertos y 151 heridos graves, es decir, el 25 por 100 del total de las dotaciones.

Al llegar aquí caigo en una tentación que me viene molestando desde el comienzo del capítulo; tal vez la rudeza del contraste que voy a formar sea excesiva, quizá sangrienta; pero será una realidad, que podemos llamar sangrienta, excesiva, ruda, lo que se quiera: al fin, realidad. ¿No ha visto el lector representar, o leído al menos, esa drama crudísimo, realista, pero admirablemente escrito por D. Federico Oliver, titulado *Los Semidioses*?

La acción se verifica en una barbería del barrio de Triana y en la época actual; los *semidioses* son los toreros, los que se llevan el cariño y la admiración de todos los españoles, que posponen a este espectáculo cualquier otro acontecimiento.

Vive en la barbería un tal Juan, marino superviviente del *Vizcaya*, quien, al ir durante el combate a lanzar al mar con sus manos una granada enemiga que había caído en cubierta, hizo explosión en el aire el proyectil y le llevó parte del cráneo ¹. Nadie se ocupa de él en la barbería sino sólo su madre, la *mamá Dolorsitas*; los demás tienen demasiada ocupación con hablar de toros.

¹ El hecho es histórico en el fondo. Pasó con el contador del *Vizcaya*, el cual parece que en cierta ocasión, cuando la escuadra estaba en Santiago, volvió al barco algo más alegre de lo que convenía. Le reprendió el comandante y él andaba desde entonces deseoso de *lavar* aquella falta de disciplina militar. La granada que cayó en el puente del *Vizcaya* le dió ocasión de lavarla. Estos eran los marinos que llevaba consigo D. Pascual.

Una escena bellísimamente triste se desarrolla entre el oficial de la barbería, el *Figaro ilustré*, varios parroquianos, taurinófilos desesperados, y Juan, que cuenta los horrores de aquella mañana de la salida y su proeza al impedir que estallara la granada. *Figaro* le interrumpe, y el dialogado fluye de este modo:

Juan.—... y arrojé la bomba al mar; pero en el aire estalló, y un casco de metralla destrozó mi cráneo.

Figaro.—¿Y qué día fué ese?

Juan.—El 3 de julio de 1898.

Andresito.—Oiga usted, don Martínez, ¿no fué ese día cuando Miguel Báez, el *Litri*, tomó la alternativa en la plaza de toros de Huelva?

Don Martínez.—... Lo que usted pregunta fué el día en que se supo en Seviya lo de Cavite; por cierto que es la misma *feméride* en que Rafael Guerra, toreando de muleta en Algeciras...

Andrés.—Eso pasó en Madrid, y con un lleno hasta las tejas.

Don Martínez.—¿El día de Cavite?

Andresito.—No, el de Santiago.

Figaro.—Se me ocurre una cosa, pero no la digo.

Juan.—Díla.

Figaro.—Que ese día eran seis toros en las plazas de España y seis barcos en Santiago...

Juan.—(*Dando un gemido.*) ¡Ay!

Andresito.—¿Qué le pasa?

Juan.—No es nada... un vahido... un dolor...
(*Vase.*)

Molincte.—Nada, hay que dejarle cuando se pone asína.

Don Martínez.—¡Pobrecillo! ¡Tiene media *lagartijera!* ¹.

Esta es una escena que saca sangre, y es lo peor de todo que lo de la corrida es certísimo. En lo que tal vez no reparó D. Federico Oliver es en una *menudencia* en que yo he reparado. Que por las diversas longitudes hay seis horas y media de diferencia entre Madrid y Santiago de Cuba, y, por lo tanto, cuando en la plaza de toros eran las cuatro de la tarde y salía la cuadrilla del *Guerrita*, eran en Santiago, ni más ni menos, las nueve y media de la mañana, *precisamente* la hora en que el *Teresa* salía por la boca del puerto para comenzar un sacrificio que duró *precisamente* todo el tiempo de la corrida de Madrid y con un lleno *hasta las tejas*. ¡Qué doloroso se le hace al historiador el tener que escribir estas cosas!

* * *

Los cautivos fueron poco a poco recogidos por los americanos y llevados a sus barcos. La entrada de Cervera en el buque almirante yanqui la refiere él mismo en el parte del combate así: «Cuando llegué al *Yowa*, donde fuí recibido con toda clase de honores y consideraciones, tuve el consuelo de ver en el portalón al bizarro comandante del *Vizcaya*, que salió a recibirme con su espada ceñida, porque el comandante del *Yowa* no quiso que se desprendiese de ella en testimonio de su brillante defensa» ².

¹ *Los Semidioses*, tragicomedia en tres actos y en prosa, por Federico Oliver (acto primero, escena XII).

² *Colección*, pág. 117.

Los vencedores se portaron con los vencidos de tal suerte, con tal linaje de consideraciones, que no pudo España desear más: oigamos al almirante Cervera en su parte de combate, quien después de referirlo todo, concluye así: «Réstame decir a V. E., para completar los rasgos característicos de esta lúgubre jornada, que nuestros enemigos se han conducido y se conducen actualmente con nosotros con una hidalguía y delicadeza que no cabe más; no sólo nos han vestido como han podido, desprendiéndose de efectos no sólo del Estado, sino de propiedad particular, sino que además han suprimido la mayor parte de los *hurras* por respeto a nuestra amargura; hemos sido y somos objeto de entusiastas manifestaciones por nuestra acción, y todos a porfía se han esmerado en hacernos nuestro cautiverio lo más llevadero posible» ¹.

* * *

Para concluir la narración, vamos a hacernos una pregunta: ¿Fue una medida prudente el decretar esta salida a viva fuerza? ¿Fue estratégica? ¿Fue en Cervera una especie de *obstinación senil* el oponerse a ella con toda su alma? Repitamos que ni la decretó Blanco ni Auñón; la impuso la opinión, y, sobre todo, la prensa española, y desde España: ésta es la responsable. Traigamos al teatro de la horrible tragedia, ante la presencia de esos despojos de nuestras pasadas glorias, a todos los que pueden por sus conocimientos en la ciencia, por su reputación en materia de estra-

¹ *Colección*, pág. 118.

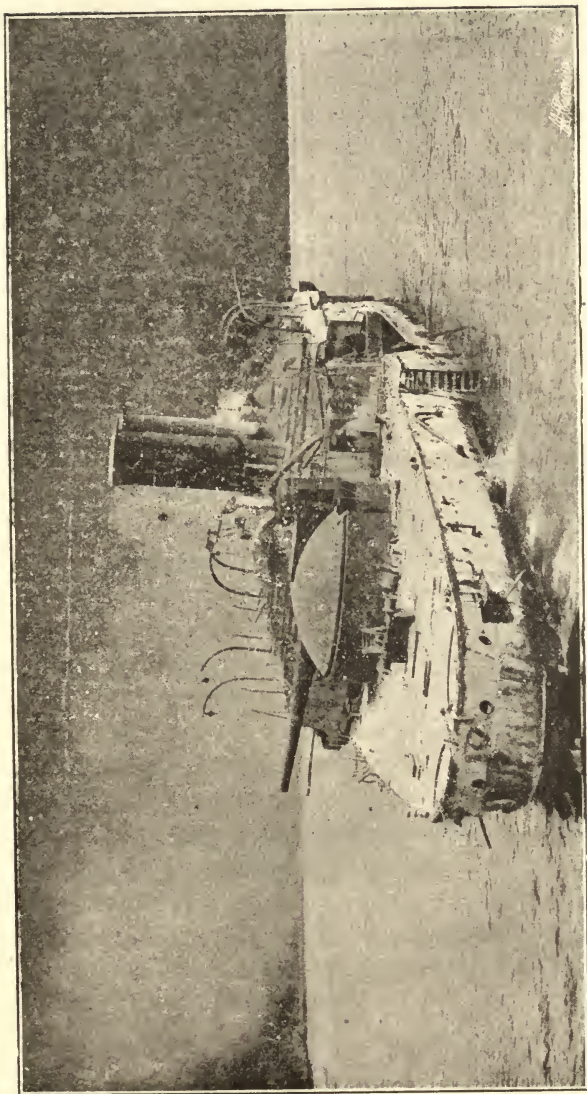
tegia naval dar su fallo en el veredicto que deseamos obtener.

Confieso ingenuamente que no he leído *ningún autor* que falle en favor del acierto en la salida. No sé si los habrá. Por el contrario ¹, Ernest Juvet, director del *Petit Journal*, de París, calificó de *demencia* la salida de la escuadra a raíz misma del hecho; el almirante inglés S. H. Henry Hamilton dijo de esta salida que «el ministro de Marina español había fundado sus procedimientos en la base más grande de estolidez, porque hubiera sido más prudente que el almirante español hubiese seguido apoyando las fuerzas de tierra y destruir sus barcos dentro del puerto». El vicealmirante Philip H. Colomb, tan conocido por sus profundos estudios en las ciencias navales, al indicar que el Gobierno general de Cuba había sido quien, por mandato del Gobierno de Madrid, dió la orden de salida, añada estas frases: «Tal orden no se hubiera dado nunca en Inglaterra a ningún gobernador, ni bajo ningún concepto, porque lo más sensato hubiera sido permanecer en el puerto ayudando a los de la plaza»; el oficial de Artillería Georges Armstrong opina en un juicio dado sobre la escuadra española que «si la flota de Cervera hubiese permanecido en Santiago, hubiera defendido la entrada con una

¹ Este recuento de citas lo he encontrado ya extractado casi todo en un escrito inédito, que no hago más que citar. De algunos he podido verificar las citas, de otros no; pero puedo responder de la conciencia e imparcialidad de quien lo extractó.

Lo que dijeron los críticos españoles y en pleno Parlamento, puede verse en el Apéndice núm. 5.

eficacia decisiva». El almirante Sir Lambton Lorraine es de parecer «que la escuadra hubiese sido utilísima para la defensa de Santiago, y antes de entregarla de ese modo debiera haberse hundido en el puerto»; el almirante Leopoldo Mac Clintoch dice «que no se explica cómo pudo salir el almirante Cervera ni cómo pudo ocurrírsele *aquella locura*», y la atribuye al temor de ser fusilado si no obedecía (este almirante no conocía, sin duda, a D. Pascual Cervera); el capitán Montagú Busson, profesor de Historia en Oxford, sostiene que «aquello fué un acto *de demencia*, del cual es responsable, no el almirante, sino el que llegó a imperarlo»; el capitán de navío Paget, agregado naval inglés en los Estados Unidos, llama a la salida de Santiago «una *locura* que no justifica ninguna consideración profesional, ni aun siquiera la de ser ordenada por autoridades superiores»; el comandante del *Oregon* alaba a Cervera en un artículo por haber escogido el refugio de Santiago, y añade que «de haber permanecido allí hubiese vuelto a España con grande gloria»; el almirante alemán Pheseddeman es de opinión que la escuadra *jamás* debió salir de Santiago durante el asedio»; *La Revista Maritima Italiana*, comentando el combate, concluye que «aquello fué sacrificar inútilmente la escuadra»; Mr. David Hatway exclama indignado que «aquella fuga no parece en manera alguna operación de guerra civilizada», llamándola poco después *inútil y horrible carnicería*; Guillermo Du Nord, ya citado laudatoriamente, después de describir la lucha, prosigue: «He aquí cómo se verificó este combate desesperado, que se libró tan sólo por el honor de la bandera, pues en modo algu-



El *Oquendo*, después del combate (fotografía sacada de una revista italiana).

no había lugar a esperanza, ni cabía allí otra cosa sino buscar casi un *suicidio*: este acto representa para los españoles un heroico sacrificio.»

Hemos visto el parecer de los técnicos navales que juzgaron el hecho a raíz del suceso, y sin conocer aún el libro de Cervera titulado *Colección de Documentos...*, que decidió la opinión en su favor: el plebiscito es unánime, casi concorde en calificar aquella fuga de *locura*, de *estéril sacrificio*, de *suicidio*; y no fué para los marinos españoles nada de eso, fué lisa y llanamente lo que dijo su almirante, «un acto, más ó menos costoso, *del cumplimiento del deber*, impuesto por la patria a sus valientes hijos».

Tiempo es ya de que esa patria vuelva del todo por la honra de esos hijos, que no por ser fervorosos católicos dejaron de ser menos héroes: que reivindique esas honras, mancilladas todavía por la calumnia bastarda y sistemática; que los ponga sobre el pedestal donde los otros buenos hijos, que por defenderla murieron, reciben el homenaje de su gratitud y de su amor; que al cantarles, agradecida y cariñosa, a los valientes del Caney, muchos de los cuales eran marinos, una a ese canto los ecos misteriosos que entonan las olas del mar Caribe al batir la boca de Santiago, ensalzando las heroicidades de los hijos de España que el día 3 de julio de 1898 murieron por la honra de su madre, y que, por llevar a efecto hasta los últimos ápices sus órdenes, murieron o cayeron cautivos *por el cumplimiento del deber*.



XI

CAMINO DEL CAUTIVERIO

SUMARIO: El salvamento de los náufragos.—Relación del comandante del *Yowa*.—Llegada de los diversos grupos a los Estados Unidos.—Incidente del *Harward*.

Mientras los destrozados buques lanzaban horribles alaridos, al estallar sus pañoles de municiones, como si fuesen los últimos ayes de un moribundo o los postrimeros saludos a la patria, y se hundían después en el fondo de los mares, los barcos americanos arriaron sus botes para recoger los restos del festín: los prisioneros.

Hay que hacerles justicia; su conducta, según hemos visto, con los vencidos fué tan correcta y caritativa que, sin duda alguna, en brazos de la patria muchos de los heridos no hubiesen podido hallar tanta copia de médicos y medicinas.

Los náufragos quedaron por la playa y por los arrecifes, en una situación lastimosa. Casi todos, incluso el almirante, estaban desnudos; la mayor parte de ellos, heridos. Si se internaban tierra adentro, había peligro de dar en las manos de Calixto García,

que merodeaba los contornos de Santiago, auxiliando a los americanos; si esperaban a sus vencedores, les esperaba el cautiverio.

Algunos optaron por lo primero; un grupo del *Oquendo* que quiso ganar por tierra la ciudad de San-



Edificio de la Academia Naval, en Anápolis, que sirvió de alojamiento a Cervera, durante su prisión (fotografía).

tiago, dió en manos del cabecilla Cebrero; otro grupo de este barco, con algunos del *Teresa*, pudieron llegar a Santiago, después de tres días de penalidades y de hambres.

Sigamos a los que quedaron en la playa, dispuestos a abrazarse con el destierro. La tripulación del *Colón* fué presto trashedada a los buques americanos, que acudieron al olor de la captura del crucero.

Los del *Vizcaya*, que se habían quedado en los arrecifes del Aserradero, fueron trasbordados al *Yowa*, antes de que la subida de la marea pusiese en peligro a los pobres marinos.

El grupo del *Teresa* rodeó a su almirante, que comenzó desde luego a mirar por los heridos, que por todas partes se quejaban, y así le encontró uno de los botes americanos que venía a buscarle. Cervera se hubiese quedado con gusto en la playa hasta embarcar a todos, pero el oficial americano que mandaba el bote le comunicó las órdenes que traía de Sampson, que eran las de llevarle en el yate armado *Gloucester* hasta el barco insignia.

Entonces se despidió de los suyos y dejó al frente de aquellos bravos marinos al teniente de navío de primera clase D. Juan Bautista Aznar. Subieron, o más bien, alcanzaron a nado el botecito americano, que no pudo atracar por la fuerza de la resaca, el almirante, su hijo Angel, el segundo comandante del *Teresa*, Mac-Chron, herido de cierta gravedad, y don Víctor Concas, sin conocimiento ya por la pérdida de sangre, y que hubo de ser llevado en una camilla que, mientras nadaban, iban sosteniendo cuatro marineros sobre sus hombros.

Así ganaron el bote que les llevó al *Gloucester*, y poco después llegaron a la borda del *Yowa*.

Entretanto, la gente que en la playa había quedado esperando su turno para ir a los barcos vencedores, se entregó al cuidado de sus compañeros; divididos en grupos de cincuenta hombres, desmochaban árboles para improvisar camillas, vendaban heridas con los trozos de ropa que algunos tenían puesta aún;

sepultaban en la arena de la playa los cadáveres, y los capellanes que con ellos quedaron multiplicábanse para cerrarles los ojos a los muertos y abrir a sus almas las puertas de la gloria. En estas faenas les tomó, a la caída de la tarde, el aviso de embarcar hacia los barcos americanos.

La recepción que se hizo en el barco insignia a los prisioneros que iban llegando, tiene un cronista cuya relación, ya de suyo interesante, gana en realce, por ser quien es el autor. Es éste el primer comandante del *Yorwa*, quien, al describir la subida de los heridos desde los botes que iban atracando a la borda del acorazado americano nos dice así:

«En el fondo de los botes había tres o cuatro pulgadas de sangre; en muchos de los viajes llegaban algunos cadáveres sumergidos en aquel rojizo e imponente líquido. Estos bravos luchadores, muertos por la querida patria, fueron después sepultados con los honores militares, que les tributó la misma tripulación del *Yorwa*. Ejemplos tales de heroísmo, o mejor dicho, de fanatismo por la disciplina militar, jamás habían sido llevados al terreno de la práctica tal y como se llevaron a cabo por los marineros españoles. Uno de éstos, con el brazo izquierdo completamente arrancado de su sitio y el hueso descarnado, pendiente solamente de pequeños filamentos de piel, subió la escala de mi buque con serenidad estoica, y al pisar la cubierta del *Yorwa* se cuadró y saludó militarmente. Todos nos sentimos conmovidos hasta lo sumo. Otro de estos valientes llegó nadando en una charcã de sangre con la pierna derecha únicamente; fué atado con un cable en el bote e izado a bordo sin proferir ni una queja...

»Después de algunas horas de fatiga en el trasbordo, 262 hombres desnudos, extenuados, recibían agua y alimento de manos de aquellos mismos que poco tiempo antes les habían enviado una verdadera lluvia de metralla. Para terminar aquella faena, llegó el último bote conduciendo al comandante del *Vizcaya*, Sr. Eulate, para quien se llevó una silla, porque estaba mal herido. Todos sus oficiales y marineros, al verle llegar, se apresuraron a darle la bienvenida luego que se desenganchó la silla del aparejo. Eulate, poco a poco, se incorporó, me saludó con grave dignidad, desprendió su espada del cinto, llevó su guarnición a la altura de los labios, la besó reverentemente y, con los ojos llenos de lágrimas, me la entregó. Aquel hermoso acto no se borrará jamás de mi memoria. Estreché la mano de aquel valiente español, y no acepté su espada. Un sonoro y prolongado hurra salió de toda la tripulación del *Yowa*.

»En seguida, varios de mis oficiales tomaron en la silla de mano al capitán Eulate, con objeto de conducirlo a un camarote dispuesto para él, donde el médico reconociese sus heridas. En el momento en que los oficiales se disponían a bajarle, una formidable explosión que hizo vibrar las capas del aire a varias millas en derredor anunció el fin del *Vizcaya*. Eulate volvió el rostro, y extendiendo los brazos hacia la playa exclamó: «Adiós, *Vizcaya*; adiós, *ya...*», y los sollozos ahogaron sus palabras.

»Como viera yo que la tripulación de los dos primeros buques echados a pique no había sido visitada aún por los nuestros, puse hacia ellos la proa del *Yowa*. A poco andar, encontré al *Gloucester* que re-

gresaba, trayendo al almirante Cervera, a varios de sus oficiales y a un gran número de heridos. El *Harvard* había recogido la tripulación del *Oquendo* y del *Teresa*, y a media noche tenía a bordo 966 prisioneros, casi todos heridos.

Con respecto al valor y energía, nada hay registrado en las páginas de la Historia que pueda asemejarse a lo realizado por el almirante Cervera. El espectáculo que ofrecieron a mis ojos los dos torpederos, meras cáscaras de papel, marchando a todo vapor bajo la granizada de bombas enemigas y en pleno día, sólo se puede definir de este modo: *fué un acto español*.

»El almirante Cervera fué trasladado desde el *Gloucester* a mi buque. Al saltar sobre cubierta, fué recibido militarmente con todos los honores debidos a su categoría por el Estado Mayor en pleno, el comandante del barco y los mismos soldados y artilleros, que, con las caras ennegrecidas por la pólvora, salieron casi desnudos a saludar al valiente marino, que con la cabeza descubierta gravemente pisaba la cubierta del vencedor ¹.

»La numerosa tripulación del *Yorva*, unida a la del *Gloucester*, prorrumpió unánime en un ¡hurra! ensordecedor cuando el almirante español saludó a los marineros americanos. Aunque el héroe ponía sus pies sin insignia ninguna en la cubierta del *Yorva*, todo el

¹ El capitán Evans, autor de este relato, por delicadeza y cortesía se guarda muy bien de describir el uniforme que llevaba Cervera y los suyos. Concas se aventura a hacerlo con estas palabras: « El bote, con el almirante, atracó al costado del *Gloucester*, desfilando casi en cueros delante de la guardia que nos presentaban armas.»

mundo reconoció que cada molécula del cuerpo de Cervera constituía por sí sola un almirante»¹.

Con toda esta caballerosa galantería y lujo de frases encomiásticas nos describe el comandante del *Yowa* la entrada de los vencidos en su buque.

Al estrechar Evans la mano de Cervera, le dijo estas frases textuales:

—Caballero, sois un héroe; habéis realizado la hazaña más sublime de todas cuantas guarda la historia de la Marina².

El comandante del *Yowa*, Mr. Evans, llevó su delicadeza hasta el extremo de mandar que se suprimieran varios de los *hurras* reglamentarios y toda manifestación de júbilo que pudiera lastimar a los marinos españoles, y España se lo agradece a él, a su oficialidad y a la nación americana.

* * *

Después de varios y molestos trasbordos, los prisioneros quedaron por fin divididos en tres grupos; uno, en donde iba el almirante, quedó en el crucero auxiliar *San Luis*; otro, el más numeroso, pasó al *Harward*, y el tercero, compuesto casi en su tota-

¹ Copiamos este interesante relato, no del original escrito en inglés por Mr. Evans, sino de la traducción española que en *El Correo Militar*, núm. 6.863, 19 de septiembre de 1898, salió con la firma de Luis Emilio Lepine.

² Estas palabras las reprodujo el *Heraldo de Madrid*, 22 de agosto de 1900, traducidas del diario francés *Le Matin*, donde se describía la llegada de nuestra *Nautilus* a Amberes y los brindis que hubo.

lidad de los heridos, se alojó en el buque hospital *Solace*.

Aunque en general la conducta de los americanos fué tan correcta y tan digna con los prisioneros, como hemos visto, no faltaron ni durante la travesía ni después, en los sitios de concentración algunas excepciones dolorosas y tristes. Don Víctor Concas se ve que tuvo mucha parte en estas excepciones de casos aislados y meramente personales, porque las pinta con crudeza. Don Pascual, que las lamentó tanto como don Víctor, no deja escapar en sus relatos oficiales ni en sus cartas privadas ni una frase de encono o de ira.

Sigamos a los diversos grupos hasta llegar al sitio del destierro. De la expedición en donde iba el almirante en el *San Luis*, nada hay que decir sino que colmados de atenciones, llegaron antes que los demás a Portsmouth, el 10 de julio. Allí se enteró el solícito jefe del sitio adónde habían sido destinados los diversos grupos de sus dotaciones. Los heridos y enfermos que iban todos en el *Solace*, estaba ordenado que desembarcasen en Norfolk, ciudad del departamento de Virginia, para ser atendidos en el hospital. El grupo del *Harward* quedaría en Portsmouth, cerca de Norfolk, y el del *San Luis*, con el almirante y la oficialidad, seguiría hasta la ciudad de Annápolis en el departamento de Maryland.

Cervera comprendió lo útil que sería dejar en Portsmouth algún contingente de oficiales que mirasen por el bienestar de la marinería que allí quedaba, y así pidió y obtuvo por mediación de Mr. Goodrich, comandante del *San Luis*, licencia para dejar en

Portsmouth a los tenientes de navío D. Antonio Moggaz (del *Vizcaya*), D. Fernando Buquetas (del *Teresa*), D. Adolfo Calandria (del *Oquendo*) y D. Antonio Cal (del *Colón*). De la dotación de los torpederos quedaron el alférez de navío D. Carlos Boado y el guardia marina D. Enrique Morris. Dejó también en Portsmouth a los primeros médicos D. Salvador Guinea y D. Alejandro Lallemand y al segundo D. Gabriel Montesinos; completando el cuadro de oficiales los capellanes D. Matías Biesa y D. Antonio Granero, que, con el celo y valor desplegados durante el combate y en los momentos de angustia de la playa, se habían captado la admiración y confianza de todos ¹.

Dispuesto todo para que a las expediciones que fuesen llegando no les faltase nada que pudiera contribuir a su relativo bienestar y descanso, partió para el lugar de su destierro de Annápolis el 14 de julio, después de haber recibido ya en Portsmouth inequívocas señales de aprecio, entre ellas la simpática visita del señor Obispo de Portland y cura de Portsmouth, quien se desvivió por obsequiar a los españoles de tal suerte, que Cervera dice de él en su carta al ministro Auñón: «cuya caridad no tengo palabras con que poder expresar».

En Annápolis fué objeto a su llegada, el 16 de julio, de una delirante recepción por parte de todo el pueblo civil y de honores correspondientes a su empleo por la del elemento oficial. Se le designó como alojamiento una casa convenientemente amueblada,

¹ *Colección de Documentos*, pág. 130.

donde le instalaron a él, a su hijo y al capitán de navío García de Paredes, y allí no les faltó nada.

Los oficiales fueron muy bien alojados en distintos sitios y el Gobierno americano llevó su deferencia con Cervera hasta el extremo de nombrar por entonces como superintendente de la Academia Naval, donde se instalaron los oficiales y jefes prisioneros, al contralmirante Mac Nair. Esta designación transitoria obedecía al propósito del Gobierno americano de que Cervera no se hallase bajo las órdenes de ningún jefe americano que tuviese una graduación inferior a la suya en la Marina americana. De él dice Concas en su obra citada: «Mac Nair era un cumplidísimo caballero, que obedeciendo a las órdenes de su Gobierno y dando él mismo el ejemplo, impuso una conducta correcta y dignísima para con nosotros, de la cual se hicieron lenguas desde el almirante hasta el último guardia marina.»

* * *

Veamos ahora cuál fué la suerte de los otros dos grupos restantes. El de heridos, que venía en el buque hospital *Solace*, tuvo poco más o menos la del anterior. Don Víctor Concas, que allí venía entre los enfermos, se hace también lenguas de su ya antiguo amigo Mr. Dunlap, comandante del barco, hombre dotado de esa fría y al par cariñosa corrección que distingue a la gente culta americana. Sólo halla el herido comandante del *Teresa* alguna frase de reconvención para el médico oficial del *Solace*, que no dió tantas muestras de cultura y de cariño como Mr. Dunlap.

Llegaron a Norfolk el 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, patrona de la Marina española, y fueron instalados en el hospital que allí tiene la Marina norteamericana, quedando en manos del director del hospital, doctor Cleborne, y del segundo, doctor Kite; «hombres, dice Concas, cuyo cariño, atención, cuidado y delicadeza en evitarnos molestias y visitas importunas, haciendo llegar hasta nosotros sólo a los que creían que nos pudieran ser agradables, hasta traernos espontáneamente para cuidarnos a una Congregación religiosa católica de Hermanas de la Caridad; todo, en fin, lo agotaron el director y su segundo para aliviar nuestros males físicos y morales» ¹. Es una lástima que el tercer grupo no pudiese contar actos de tanta delicadeza, y que tenga el historiador que manchar la blancura de tan hidalga conducta dejando caer sobre ella un borrón producido por sangre inocente, que en parte la desdore.

Confesemos que fué un caso aislado; que aun hay otra circunstancia que atenúa la culpa, y es ésta: la de



Mr. Arthur C. Humphreys, vice-cónsul español en Norfolk, que tanto ayudó a Cervera durante la repatriación de los cautivos.

¹ Concas, obra citada, pág. 220.

que el *Harward* no llevaba dotación disciplinada y propiamente militar. Concas la describe así: «No era la dotación del *Harward* de tropas regulares, sino de unos voluntarios semisalvajes del Estado de Massachusetts, sin disciplina ni instrucción y con todos los inconvenientes y peligros de las tropas nuevas y de esa índole, las cuales entienden que el ser militar consiste en hacer barbaridades, sobre todo cuando pueden hacerlas sin peligro alguno»¹.

Los oficiales habían sido bien instalados y atendidos por el comandante del buque, Mr. Cotton; pero las clases y marinería iban hacinados en popa y sobre cubierta, sin defensa contra el sol ni el relente, escasos de agua y de alimentos, de modo que muy pronto el paludismo se cebó en sus cuerpos.

Eran las once de la noche del 4 de julio; llevaban un día no más de navegación, y los ánimos de los marineros norteamericanos hervían aún, por lo visto, con la excitación del combate. Uno de los marinos españoles, hostigado por el calor sofocante de aquellas latitudes, se subió sobre una de las casetas que forman las bajadas de los vapores, que estaba en el límite del espacio señalado para los cautivos.

El centinela americano le ordenó en idioma inglés que se volviese a su sitio, y, como es natural, el marino español no entendió la orden y no le dió inmediato cumplimiento. El bárbaro centinela se echó entonces el fusil a la cara y le dejó muerto en el acto. Al ruido de la detonación despertaron los prisione-

¹ Concas, obra citada, pág. 224.

ros; cundió la alarma entre ellos; al mismo tiempo la guardia y la oficialidad del barco acudieron al oír el disparo, y sin más aviso ni más orden comenzaron a disparar sobre la desarmada y pacífica masa de españoles, muchos de los cuales, despertando sobresaltados, se echaban por la borda al mar.

Cuando los oficiales americanos acudieron, ya aquellos cobardes habían asesinado a cinco y herido a 14 de los cautivos, que, como es de suponer, no contaban con armas para defenderse. Llegaron hasta a hacer fuego sobre los que se habían arrojado al mar, y hasta hubo un americano que tuvo valor para disparar su revólver sobre el cráneo de un fogonero español de los que, arrepentidos de haberse arrojado al agua, gateaban por la borda del *Harward* para volver a su sitio.

A la mañana siguiente se les dió cuenta a los jefes españoles que venían en el barco del lamentable episodio, y por vía de reparación se dió una aparatosa sepultura en el mar a los muertos.

Cervera, al enterarse del bárbaro suceso, entabló una reclamación jurídica, cuyos trámites figuran en un apéndice de su *Colección de Documentos* ¹; pero, aunque el Gobierno americano lamentó lo hecho, es el caso que el correctivo no se ha visto todavía.

El *Harward* fondeó por fin en Portsmouth el 16 de julio con un buen contingente de heridos y enfermos graves de paludismo, que habían salido salvos del combate de Santiago, y fueron trasladados en se-

¹ *Colección Cervera*, pág. 147.—Concas, obra citada, página 224.

guida a una isla que se alza en medio del puerto llamada Seavey. Para alojarles se improvisó un campamento compuesto de 10 barracas de madera, que tenían de extensión 100 pies de largo por 15 de ancho; es decir, 15.000 pies cuadrados para más de 1.500 hombres.



XII

EL CAUTIVERIO

SUMARIO: Telegramas de consuelo.—En la ciudad de Santiago: su rendición.—Paz de París.—La vuelta a la patria. •

Una vez instalada la oficialidad en Annápolis, comenzó para el ya fatigado almirante un oasis de paz y de relativa tregua. Los obsequios, las atenciones, la especie de veneración que el pueblo vencedor le comenzó a tributar, no dejaron de traer a su alma, de suyo humilde y agradecida, algo de satisfacción y de consuelo. De mucho le fueron también las muestras de compasión y de simpatía que el correo de España y el mismo cable le iban trayendo desde la afligida madre patria. Véase este telegrama, dirigido colectivamente desde El Ferrol, que hallo entre sus papeles: «Ferrol (Vía Portsmouth N. H.), 16 de julio de 1898. Almirante Cervera.—Compañeros Departamento hónranse saludando dotación escuadra, cuyo ejemplo de heroísmo, abnegación y enseñanzas en cumplimiento del deber harán tres de julio fecha

memorable en historia Marina española. *Siempre con vosotros.*—*Arias Salgado*»¹.

Pocos días después recibió este otro hermosísimo telegrama de un español residente en los Estados Unidos: «Los Angeles (California). Almirante Cervera.—Leónidas y no Jerjes fué el héroe de las Termópilas. Reverentemente saluda al héroe de Santiago, con sus oficiales y marineros, *Magín S. Liébano*, español.»

De gran consuelo le fueron también, sin duda, los artículos que en todo el mundo se escribieron entonces elogiando el heroísmo de unos hombres que, por obedecer a su patria, acababan de ejecutar el acto más descabellado y sin razón alguna estratégica que registra la historia.

Se hizo muy célebre el del *New-York Herald*, de 12 de julio, que comienza: «La figura más heroica de esta guerra, en lo que se refiere a los españoles, es, sin duda, la del almirante Cervera; es buen marino, valiente, caballeroso...»

Por eso, en la postdata de una larga carta de don Pascual, fechada en Anápolis a 18 de agosto y dirigida a su hijo D. Juan Cervera, le dice: «He olvidado decirte que aquí me han tratado (el pueblo americano) con una consideración y afecto extraordinarios, por lo del teniente Hobson. Ha habido día en que he tenido que dar la mano como dos mil veces.» Como el mismo D. Pascual acaba de apuntar, a la raíz de donde brotó aquel afecto tan extraordinario que le profesó en lo sucesivo el serio, pero galante pueblo americano, vamos a insertar esta curiosa carta, que

¹ Archivo privado de Cervera.

sintetiza semejante cariño, y que aun se conserva entre los documentos que posee la familia del almirante. La carta dice así:

«Brooklyn N. Y., 26 de agosto de 1898. Almirante Pascual Cervera.—Mi querido señor: Antes de su partida de este país permítame que un simple ciudadano le manifieste los sentimientos que tiene hacia usted, de los cuales participa todo el pueblo americano. Me refiero al incidente de Hobson, de que hablaba usted en su carta, publicada en nuestros periódicos el 25 del corriente, y le diré que no fué solamente lo que usted hizo en esta ocasión, sino la forma en que lo hizo. Pudiera haber habido otros oficiales españoles que nos hubiesen mandado razón de estar prisioneros nuestros compatriotas; pero el complemento puesto al mensaje de que «estaban buenos de salud», etc., como si se tratase de amigos personales suyos, demostró que el mensaje provenía de un hombre de corazón magnánimo y generoso. Esta particularidad fué apreciada por todos, y en ese mismo instante se apoderó usted del corazón de todos los americanos. Personalmente, y con anterioridad a este hecho, tenía formada yo una opinión muy favorable de usted, con ocasión de haber visto en una de nuestras revistas un retrato suyo. Al verlo, lo enseñé a una persona de mi familia, y le dije:—«He aquí la cara de un noble y cumplido caballero.»—He de confesar que fuí algo sorprendido, porque mi opinión sobre los militares españoles la había formado contemplando las hazañas del tipo... X, que, con raras excepciones, son las que han representado a España en Cuba. Soy hombre de más de setenta años, así

que, al escribirle a usted, me creo muy lejos de estar apasionado... Créame, señor, que soy suyo verdaderamente.—*Thon Ibanak* ¹.

* * *

En medio de esta corriente de simpatía por donde se deslizaba entonces la vida de Cervera, y que va a aumentar su cauce con el tiempo, éste no se olvidaba de los suyos; tan no se olvidaba, que durante el tiempo de su prisión no vivió sino para sus heridos y enfermos y para sus concautivos. Por los oficios y cartas cruzadas a propósito del atropello del *Harward* se ve cómo le llegó al fondo del corazón el que se ensañasen de aquel modo en sus muchachos, en sus hijos, en los pedazos de su honor; pero su desvelo se mostró en otras mil ocurrencias, de que están dando muestras a cada paso los documentos del tiempo del destierro.

En carta que dirige al ministro Auñón, ya de vuelta en España, le dice: «Cuando ya estuvimos instalados, y tuve la ropa indispensable para poderlo hacer, pensé en visitar a nuestra gente, solicitando permiso del Gobierno americano para ir a Norfolk, y concedido que fué, el 4 de agosto salí de Annápolis, llegando al amanecer del 5 a Norfolk, donde fuí recibido con las mayores atenciones, creo que por orden expresa del Gobierno americano. Pasé el día con los enfermos y heridos, algunos gravísimos, y por la noche emprendí el viaje de regreso. En el hospital encontré a todos bien tratados y atendidos y con-

¹ Archivo privado de Cervera.

siderados, y tuve el gusto de conocer a míster Arthur C. Humphreys, que fué nuestro vicecónsul hasta que estalló la guerra, que ha sido el amigo y consuelo de nuestros heridos, y después me ha servido para el transporte de ellos a New-York»¹.



En el hospital de Portsmouth: un grupo de heridos (fotografía).

Este fué el primer viaje que emprendió Cervera para visitar a los suyos, y, como era muy natural en su carácter, el primer viaje tenía que ser para los enfermos y heridos².

¹ *Colección de Documentos*, pág. 130.

² En la ya citada carta a su hijo Juan dice respecto de este viaje: «De los prisioneros, están 44 heridos y enfermos en el hospital de Norfolk, muy bien tratados; 79 oficiales y 14 asistentes aquí (en Annápolis), muy bien tratados también, y lo mismo la marinería y clases, con cuatro médicos y dos capellanes.»

Que en Norfolk estuviesen los españoles bien cuidados, lo dice además D. Víctor Concas, del cual son estos curiosos párrafos: «La población no pudo estar más correcta con nosotros, y muchas fueron las personas que nos dedicaron pequeñas atenciones, así como, dado el modo de ser de aquel país, todos los jefes recibimos centenares de cartas de todas las clases de la sociedad, hasta de señoras y señoritas, expresando simpatía hacia nosotros y desaprobando la guerra, incluso también de pastores protestantes, y las del almirante Cervera no fueron centenares, sino muchos miles...

«Porque un día hube de manifestar que me gustaban las flores, constantemente una porción de señoritas de Norfolk, que habían tomado antes sobre sí la caritativa misión de proveerme de libros, agregaron la fineza de tener mi cuarto hecho un jardín, sin que yo creyera haber hecho con ello ningún crimen ¹ de alta traición, ni tampoco mi criado al tomarse los helados que solían acompañar a las flores, con gran sentimiento mío de que mi grave estado no me permitiese sustituirle y ahorrarle ese trabajo» ².

El segundo viaje que poco después emprendió don Pascual con el mismo fin de enterarse por sí mismo de la salud de los suyos, fué a Portsmouth, de donde recibía noticias no tan halagüeñas.

¹ Hace alusión Concas a lo mucho que se habló en España sobre el buen trato que se hicieron dar los cautivos de la escuadra y del afecto que cobraron a los americanos, con desdoro, decían aquí en España, del amor a la patria y de la protesta que era mejor que hiciesen. ¡Misericias!

² Concas, obra citada, págs. 231 y 232.

Obtenida la licencia para ello, volvió a tomar el tren desde Annápolis, el 12 de agosto, para llegar a Portsmouth al día siguiente. En efecto, aquel grupo de concentración de prisioneros dejaba mucho que desear. Además de los datos velados que nos da Cervera en su carta al ministro de Marina ¹, se muestra algo más explícito en la que escribió a su hijo D. Juan Cervera, cuando le dice: «Había allí 50 oficiales de guerra y un guardia marina, y la cosa no está allí lo mismo; no puede llamarse mal, mal, pero dista mucho de estar bien.»

El que saca a la superficie todo lo que debajo de este rizado oleaje se oculta es el escritor D. Víctor Concas, que pone así la verdad en su sitio: «Los prisioneros de este grupo fueron instalados en una isla en el centro del puerto de Portsmouth, New Hampshire, en donde se hicieron unas malas barracas de madera, dominadas por un espléndido aparato militar, como si aquellos pobres españoles hubieran podido fugarse a nado hasta Europa. Era jefe inmediato de los prisioneros un mal nacido coronel de Infantería de Marina que se permitía toda clase de indignidades, lo mismo con los oficiales que con la marinearía... Llegó el caso que, cuando el Gobierno americano, solícito hasta lo sumo con los pobres prisioneros, les proveyó de completo vestuario, el consabido coronel hacía o consentía que les fuesen arrojadas a la cara de los soldados pieza por pieza, y cuando eran efectos duros, como cepillos, se los lanzaran como quien tira al blanco, desobedeciendo en esto, no sólo

¹ *Colección de Documentos*, pág. 130.

a las órdenes del Gobierno, sino al deseo también de todo el pueblo americano» ¹.

La llegada de Cervera fué providencial para los prisioneros de Portsmouth; las barracas se alhajaron con sillas, que no las tenían antes; se aumentó en otro más el número de departamentos; se construyó una caseta especial para comedor; se taparon las rendijas y goteras que tanto molestaban a los marinos españoles, y sobre todo, se quitó la causa y raíz de aquella contravención continua de los deseos del Gobierno central relevando en seguida al coronel y aun al almirante de la reserva, a cuyo cargo corría el bienestar de los cautivos.

Este fué con sus compañeros de cautiverio el almirante Cervera.

* * *

¿Qué había pasado entretanto en la isla de Cuba? Echemos una mirada retrospectiva hacia ella. Hemós dejado a los defensores de Santiago saludando desde el muelle a los héroes de la sangrienta jornada del 3 de julio. Vamos a completar el cuadro ². El jefe de la

¹ Concas, obra citada, pág. 226.

² Mucho se ha escrito sobre la rendición de Santiago; yo voy a citar tan solamente los documentos oficiales que nos la expliquen. Me valgo para ello de una colección interesantísima y casi desconocida aún en España. El 20 de noviembre de 1898 publicó el *New-York Journal* en un Suplemento toda la colección de despachos oficiales cruzados entre Blanco, Cervera, Sagasta, Linares, Correa y los espías de Montreal. Iba acompañada esta riquísima colección con el diario escrito en Santiago por el capitán de navío Pedemonte, jefe de la estación naval de aquella plaza.

Estación naval de Santiago, capitán de navío Sr. Pedemonte, escribe en su diario el 3 de julio: «Salió nuestra escuadra; encontró fuera un fuego muy vivo que le opusieron los buques enemigos. Por lo que parece, ha conseguido forzar el bloqueo, perdiéndose a nuestra vista en dirección del Oeste.» El 4 de julio escribe: «Ciento ocho individuos de las dotaciones



Grupo de oficiales españoles prisioneros.

del *Plutón*, *Terror* y *Teresa* han llegado aquí; ni un solo oficial entre ellos. Ninguno tiene noticia exacta del almirante. El gobernador militar ha enviado un cablegrama al general en jefe, con objeto de echar a pique en la boca del puerto al *Reina Mercedes*. El enemigo ha bombardeado hoy de nuevo e intenta forzar el puerto.»

En efecto, los intentos de la escuadra enemiga eran los de forzar la entrada, fiándose en la inutilidad de los cañones que la defendían y sin la resistencia que

pudiera ofrecerle ya la escuadra española. Por la parte de tierra el ejército de Schafter hacía presión, aunque muy débil, porque su gente, atacada por la fiebre y escarmentada con la heroica resistencia del Caney, había cambiado de táctica. La acción de 1.º de julio había sido un escarmiento para el enemigo, que no volvió a medir sus armas cuerpo a cuerpo con los sitiados, contentándose desde entonces con hacer jugar su artillería desde lejos; el día 2 se redujo la lucha a un vivo cañoneo por mar y tierra, que inutilizó uno de los dos *Hontorias* de la plaza.

La ciudad, sin embargo, no podía ya resistir por más tiempo. Oigamos a un testigo presencial en cierto relato inédito: «Ignoro las noticias que a la Península habrán llegado sobre los sucesos de esta plaza (Santiago de Cuba). Posible es que creyeran allí que aquí sólo se careció de tales o cuales alimentos; si así es, están en un completo error; aquí ha habido mucha hambre, y de hambre han muerto no pocas personas. Yo mismo he visto en los portales de la casa Brooks, situada enfrente a la capitanía del puerto, un hombre muerto de hambre; los caballos, los perros y otros animales morían por consunción en medio de las calles y de las plazas; he presenciado el hecho de un perro que se abalanzó a otro más pequeño para devorarlo. Faltó el agua del acueducto y la gente se moría de sed...»

Puede leerse un parte desgarrador que Linares le puso el 12 de julio al Gobierno, y se comprenderá el porqué de estas notas que el capitán de navío Pedemonte va insertando en su diario:

«12 de julio.—La misma situación, pero el fuego ha cesado a causa de un parlamento.

13 de julio.—Ambas partes han convenido en que cese el fuego hasta las doce de la mañana.

16 de julio.—Continúa la suspensión de hostilidades. Toral tiene conferencias con el general americano. Yo creo que la capitulación, en caso de que éste sea el resultado de las conferencias, tendrá por base la repatriación de nuestra gente. Mucha gente muere aquí por efecto del hambre, y lo verosímil es que aumente. El gobernador militar ha dictado un decreto contra el pillaje, el saqueo y el incendio. Hoy hay en Cuba 50.000 americanos con 60 cañones; la escuadra y los rebeldes todos contra nosotros.

17 de julio.—La ciudad ha capitulado, y sobre ella y sobre el *Alvarado* se ha izado la bandera americana. Queda, pues, terminado mi mando en la Estación naval ¹. »

* * *

¹ Respecto de la extrañeza que causó en todos los diplomáticos extranjeros la rendición de Santiago, realizada de aquel modo tan brusco, me ha proporcionado el Rdo. P. Eugenio Saz, S. J., este dato curioso. En la revista francesa de misiones titulada *Relations d'Orient* se da cuenta de una visita que hizo a un colegio de jesuitas de Amasia el cónsul francés M. G. Bonheury, que estaba de canciller del consulado de Francia en Santiago, cuando la rendición de esta plaza.

Entre otros párrafos dice así la revista, citando palabras del cónsul francés: «Allant un jour traiter une affaire avec le general américain, celui-ci lui annonça que, vu la mortalité effrayante qui décimait l'armée, assiégeante, peu habituée aux chaleurs des tropiques, il s'était décidé a lever le siège le lendemain. Or, quelques heures plus tard, un parla-

Rendida la plaza de Santiago, quedaba aún intacto el ejército español, pues la lucha la habían estado sosteniendo tan sólo aquellos 8.000 valientes contra toda la fuerza enemiga; el resto del ejército quedaba con ansias, con inmensas ansias de luchar, de entrar en combate; tal era su anhelo, que leo esta proclama de protesta de la guarnición de Cienfuegos, firmada por los jefes y oficiales, con su gobernador militar a la cabeza:

«Llega hasta nosotros el eco triste de una paz próxima que, al convertirse en un hecho, nos declararía vencidos sin combate y sin haberse probado nuestro esfuerzo. Cumple a nuestro honor y cuadra a nuestro aliento afirmar ante la nación y ante la historia el natural sentimiento que embarga a las fuerzas de un ejército ansioso en vano de combatir hasta el último extremo. Si los Poderes públicos imponen la paz a este intacto y decidido ejército, resignados acataremos tal mandato, mas no sin protestar en nuestro fuero interno de resoluciones que no salven por completo el honor de las armas y dejen incólume el prestigio tan esencial para la vida del ejército» ¹.

Entretanto, el Gobierno español iniciaba las gestiones de paz con el americano por medio de una nota que le presentó el embajador de Francia, M. Cambon; siguieron éstas en agosto con el curioso incidente

mentaire venait annoncer que la ville se rendait, et le lendemain les américains entraient vainqueurs au lieu de plier armes et bagages.»

Relations d'Orient (revista), diciembre 1907, pág. 298.

¹ Puede leerse íntegro este precioso documento en la obra de D. Damián Isern, ya citada, pág. 509.

sobre el sentido de las palabras *evacuación* y *cesión* ¹, y el 10 de este mes se recibió en Madrid la respuesta de Mr. Mac-Kinley a la nota española. Sagasta, lavándose las manos, consultó a los prohombres madrileños sobre el caso, porque los americanos pedían mucho y sin admitir regateos. Romero Robledo abogó, según parece, por seguir la guerra; Martínez Campos, Silvela, Azcárraga, Polavieja, Castelar y otros optaron por admitir las condiciones norteamericanas; el general Primo de Rivera pidió que se exigiese antes una declaración de los gobernadores españoles de las colonias, donde constase que era imposible seguir la lucha, y el integérrimo D. Ramón Nocedal, sin que nadie le consultase, manifestó en *El Siglo Futuro* su opinión de continuar la lucha hasta poder cuando menos obtener una paz ventajosa y no una humillante imposición de vencido.

A fines de septiembre comenzó a buscar el Gobierno a los que habían de ir a París para firmar el tratado, y es fama que un diario de la corte, cuyo nombre no he podido averiguar, se dejó caer con esta sentencia: «Se están buscando hombres de prestigio, y que sepan además el inglés y el francés, para enviarlos de plenipotenciarios a Francia; ni una ni otra cosa hace

¹ El caso fué curioso. Los americanos pedían como condición para comenzar las gestiones de paz la *evacuación* de Cuba y Puerto Rico. El Gobierno español le dice que no puede, sin permiso de las Cortes, *ceder* territorio alguno. Insisten los americanos en que una cosa es *ceder* y otra *evacuar*. Se recurrió a los diccionarios para ver el sentido de ambas palabras y todo se arregló. Isern, obra citada, página 509.

falta para esa comisión, pues sólo necesitan nuestros enviados aprender dos palabras muy sencillas, una en inglés y otra en francés, para responder a todo lo que se les proponga: *oui* o *yes*.»

La comisión quedó, por fin, constituída de este modo: Montero Ríos, de presidente, con los señores Abarzuza, Garnica, Ramírez de Villaurrutia y el general Cerezo. La de los americanos la constituían mister Day, como presidente, con los senadores Davis, Gray, Frey y el periodista Whitelaw Reid.

El sábado 10 de diciembre, a las ocho y media de la noche, en el palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, de París, se firmó el tratado de paz, por el cual renunciábamos a todos los restos de aquel poderío que con su valor y con su sangre nos legaron los hombres de antaño, que sentirían frío y vergüenza dentro de sus sarcófagos.

Al leer algunos artículos de este tratado se hace algo llevadera la durísima frase que lanzó una de nuestras revistas, diciendo: «los norteamericanos se han aprovechado de su fácil victoria sobre nuestra pobre patria *de un modo brutal*».

* * *

Entretanto, Cervera seguía en Annápolis mirando por sus pobres concautivos. Gran extrañeza le causó a su ya íntimo amigo el almirante Mac Nair, director de la Academia Naval de Annápolis, una menudencia del carácter de D. Pascual. El 20 de agosto, creyendo darle una buena noticia, le pasó Mac Nair al cautivo almirante español un oficio del Gobierno

americano, por el cual «se ponía en libertad al almirante y oficiales a sus órdenes, mediante la condición de que empeñasen su palabra de honor en la forma usual». La forma usual a que alude el oficio es la de no tomar las armas durante la guerra.

El pundonoroso almirante vió en aquella condición, «única posible para obtener la libertad», una



La vuelta del destierro, yendo hacia el City of Rome (fotografía).

transgresión de las leyes penales de la Armada española, y le contestó a su amigo con este otro oficio, que dejó sorprendido al almirante americano: «Excelentísimo Sr.: El Código penal de la Marina Militar de España define como delito y pena la aceptación de la libertad bajo palabra de no hacer armas durante la guerra; por tanto, nosotros no podemos hacerlo, y tengo el honor de ponerlo en conocimien-

to de V. E. De esto doy parte a mi Gobierno. Quedo...»¹.

Por esta razón no fueron más que tres los que, valiéndose de esa palabra de honor, alcanzaron su libertad antes de firmarse la paz entre ambas naciones; fueron éstos el médico primero D. Antonio Jurado y el capellán D. José Riera; el primero, por enfermo, y el segundo para cuidarle durante la travesía, y, finalmente, el Sr. Díaz Moreu, en cuyas negociaciones no intervino D. Pascual.

Por fin, el 31 de agosto Cervera pudo comunicar a Auñón que «el Gobierno americano nos concede libertad incondicional; procedo a buscar vapores para transporte, con arreglo órdenes de V. E.». Las órdenes del Gobierno se expresan en este cablegrama de Auñón, expedido a 17 de agosto: «Si prisioneros recobran libertad incondicional, puede contratar pasaje regreso, prefiriendo en igualdad de condiciones bandera nacional, y, siendo posible, un buque a El Ferrol y otro a Cádiz y Cartagena, girando importe»². Esta medida del Gobierno era prudentísima, porque aseguraba el desembarco en dos departamentos marítimos donde había hospitales para los enfermos y mucha facilidad para que los sanos fuesen enviados a sus hogares con licencia, que bien se lo merecían.

Sin embargo, el 1.º de septiembre Auñón le da órdenes contrarias a Cervera, en esta forma: «Puede vucencia contratar vapores necesarios para regreso prisioneros, pero por razones sanitarias diríjase, si es

¹ *Colección de Documentos de Cervera*, pág. 128.

² *Colección*, págs. 128 y 129.

un solo buque, a Santander; si dos, uno a Santander y otro a Vigo»¹.

El variar de opinión y señalar a los repatriados marinos el puerto de Santander para su arribada, en donde estaban a la sazón los hospitales repletos de enfermos procedentes de la tropa que venía de la isla de Cuba, obedecía a un temor algo pueril del Gobierno. Aquellos marinos eran los supervivientes del combate de Santiago de Cuba; la opinión sensata, sobre todo en el Ejército y la Marina, había reaccionado mucho en su favor; la venda había caído de muchos ojos, y era de esperar, o de temer más bien, un recibimiento cariñoso, privado, sí, pero imponente, encarnación del amor cálido y dulce de la patria, que recibía a sus hijos después de un martirio, imponiéndose al frío y calculado recibimiento de la política, y por eso el Gobierno no quiso que los repatriados desembarcasen en El Ferrol ni en ningún sitio de concentración naval, sino en Santander.

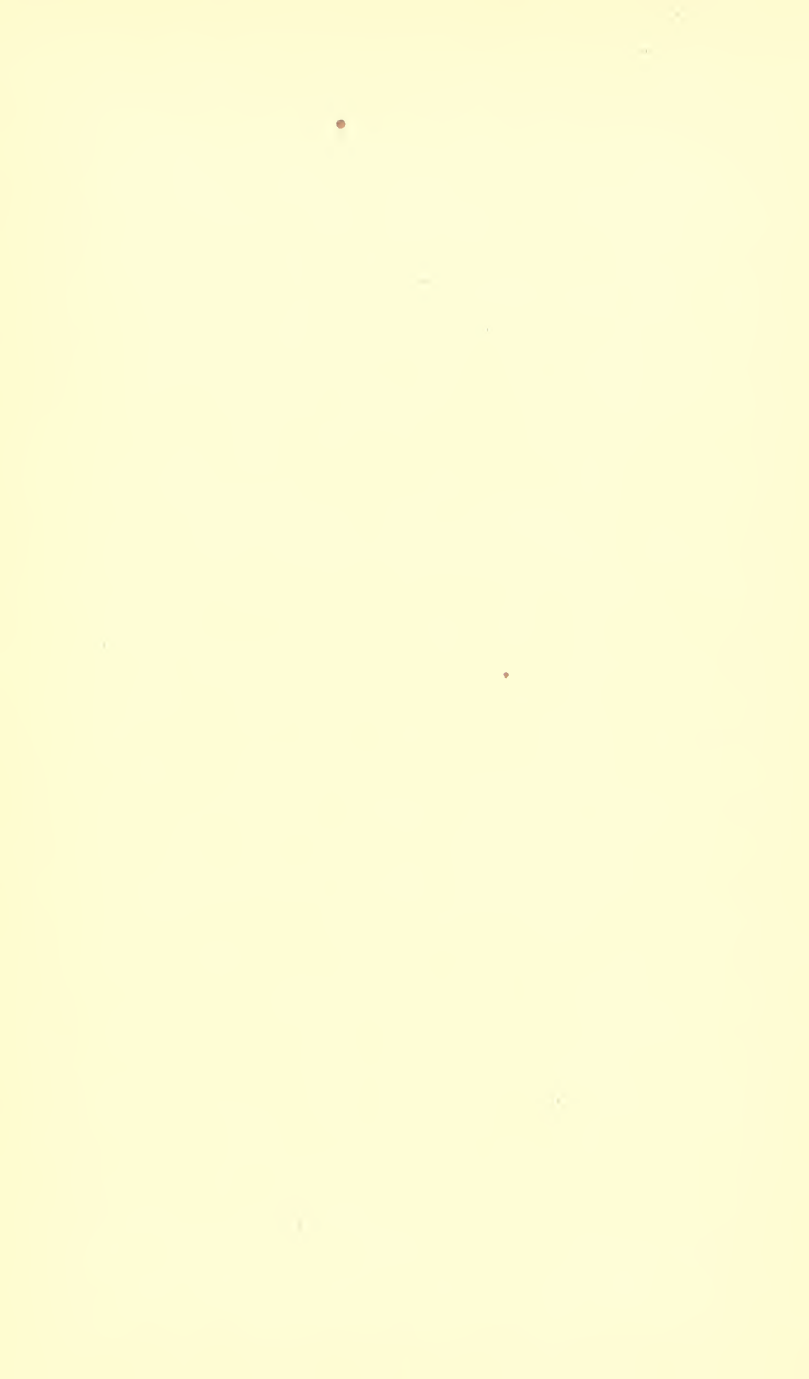
Cervera trabajó lo indecible para que durante la travesía no tuviesen que sufrir los enfermos, mandando expresamente a uno de sus médicos a New-York para que abasteciese bien de medicamentos al *City of Rome*, y el día 12 de septiembre, en medio de ovaciones y de una despedida cariñosa por parte de todo Nueva York, y agradecida por parte de todos los libertados cautivos, salió el vapor inglés *City of Rome*, llevando a sus hogares, después de haber luchado cuerpo a cuerpo con la muerte, a dos generales (Cervera y García de Paredes), a ocho jefes, a 70

¹ Colección, pág. 129.

oficiales y guardias marinas y a 1.574 entre clases y marinería. Era todo lo que quedaba de las dotaciones de los seis barcos que salieron por la boca de Santiago de Cuba. Los demás, hasta 3.000...

¡España, querida patria mía! ¡Qué generosos son tus hijos contigo, y qué dispuestos están siempre a morir por ti, cuando tú se lo mandas! ¡Muéstrate buena madre con ellos! ¡Quiérellos mucho, pero no derroches inútilmente su sangre y sus energías, fiándote tan sólo en su valor personal y en el cariño que te tienen. Con éste y con suficientes medios de defensa y de combate, que tú pusieses en sus manos, ellos te podían hacer aún la nación más poderosa de la tierra.

APÉNDICES





APÉNDICE NÚM. I

RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS
DESDE 1896 HASTA LA RUPTURA DE RELACIONES EN 1898

(EXTRACTO)

Todas las relaciones diplomáticas entre estas dos potencias, hasta la declaración de guerra, están resumidas en un *Memorándum* que el Gobierno español envió a todas las potencias europeas el 18 de abril de 1898; pero que necesita para su más completa inteligencia el que insertemos, al irlo citando, varios trozos de los diversos documentos a que alude, y nos lleven de la mano a la declaración de guerra.

El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, en el Mensaje anual de 1896, a 7 de diciembre, decía, entre otros párrafos:

«Propúsose primero que se concediesen derechos de beligerantes a los insurrectos; pretensión en la cual no se insistió por ser intempestiva, y además, en la práctica, evidentemente peligrosa y perjudicial a nuestros propios intereses. Después comenzó a discutirse, y aun se insiste, en que debía reconocerse la independenciam de los rebeldes; pero bien será consignar que por más imperfecta que sea, y por más restringida que se halle la autoridad del Gobierno español en la isla, es la única que allí existe, como no se pretenda que la voluntad de un jefe que manda ocasio-

nalmente en una zona particular pueda elevarse a la categoría de Gobierno. En los últimos tiempos se ha sugerido también la idea de que los Estados Unidos comprasen la isla de Cuba; pero esta especie no puede ser tomada en consideración a causa de que no existe la menor muestra de que España desee oír proposiciones de tal índole.

»Finalmente, se hace lo posible para que, a falta de lo que antecede, se ponga término a la lucha destructora de Cuba por medio de nuestra intervención, aun a costa de una guerra entre España y los Estados Unidos; guerra que, según profetizan confidencialmente sus preconizadores, ni sería de grandes proporciones, ni de dudoso éxito...

»De aquí que, cuando se demuestre la ineficacia de los medios que España emplee con los rebeldes; cuando sea evidente que su soberanía se extingue en Cuba para todos los fines de su existencia legal, y cuando los esfuerzos desesperados que se hagan para restablecerla degeneren en inútiles sacrificios y en total destrucción de aquello mismo que fué causa de la guerra, se creará un estado de cosas, en el cual nuestras obligaciones a la soberanía de España quedarán puestas a más altos deberes, que no podremos dudar en reconocer y en cumplir. El procedimiento que habremos de adoptar entonces lo indicarán las circunstancias del momento, y cuando llegue ese caso, se puntualizará, prestando atención solícita, no sólo a cuanto pueda referirse al honor y a la conveniencia de los Estados Unidos, sino a los respetos y consideraciones internacionales que debemos a la nación española...»

(Libro Rojo, pág. 18. Documento núm. 4.)

(En este mismo año de 1896 estaba Weyler ya en Cuba, y le constaba a él y a todos los españoles que las famosas partidas de Calixto García, Máximo Gómez y Maceo se nutrieron aquel año como nunca con dinero americano y con buscavidas que desde los Estados Unidos venían a Cuba, porque en Nueva York estaba la dirección de todos aquellos contingentes.)

El duque de Tetuán, ministro de Estado en España, accediendo a estas exigencias del Presidente de los Estados Unidos, sometió a la consulta del Consejo de Estado un plan de reformas para Cuba y Puerto Rico, modificando las de 15^a de marzo de 1895, y ampliándolas en favor de dichas colonias, conforme a diez bases que se sometieron a la consulta, y que por telégrafo se le comunicaron al Gobierno de los Estados Unidos a 5 de febrero de 1897. (Pueden verse estas bases y el comunicado telegráfico en el *Libro Rojo*, pág. 22. Documento núm. 6.)

La impresión que estas bases de reforma causaron en el Gobierno americano las expresa así nuestro ministro plenipotenciario en Wáshington, Mr. Dupuy, en un telegrama al duque de Tetuán:

«Wáshington, 13 de Febrero de 1897.—La opinión del secretario de Estado, que es también la del Presidente de la República, sobre las reformas, es que son cuanto se puede pedir y más de lo que ellos esperaban; esa es también la opinión de los principales hombres públicos que no nos han sido abiertamente hostiles, incluso muchos que tendrán gran influencia en la nueva administración y el propio Mac Kinley. La prensa que empezó a atacarlas, ha hecho el silencio en su alrededor...»

(*Libro Rojo*, pág. 27. Documento núm. 7.)

En estas circunstancias, por órdenes de Cánovas, el general D. Valeriano Weyler comenzó a desplegar una política de energía; mandó reconcentrar en las ciudades a los campesinos y hacendados para aislar a los rebeldes. Este sistema disgustó a los americanos, que enviaron una nota por medio del plenipotenciario de España en Wáshington, fechada a 26 de junio de 1897, en donde se dice, entre otras cosas:

«Por órdenes y proclamas sucesivas del capitán general de la isla de Cuba, publicadas unas, y conocidas otras por sus efectos, se ha establecido una política de devastación

en aquel territorio, que interviene en los más elementales derechos de la existencia humana y se encamina a causar sufrimientos a los inocentes no combatientes, a destruir la propiedad legítimamente adquirida y a extinguir los recursos naturales del país con la esperanza aparente de debilitar a los insurrectos y restaurar el dominio español en la isla...

»Este último aspecto de la campaña de devastación ha llamado especialmente la atención del Gobierno, porque había cientos de ciudadanos americanos, entre los miles de reconcentrados en las provincias centrales del Este de Cuba, que carecían de los medios más necesarios para la vida, hasta el punto que han necesitado el reparto de socorros inmediatos por conducto de las agencias de los Estados Unidos en la isla para librarse de la muerte por el hambre y por los horrores de la guerra y de la peste... Contra estas fases del conflicto, contra esta deliberada imposición de sufrimientos a inocentes y no combatientes, contra tal clase de medios, condenados por la voz de la humana civilización, contra el cruel empleo del fuego y del hambre para llegar por medios indirectos e inciertos a lo que el brazo militar parece impotente de conseguir directamente, el Presidente se ve obligado a protestar en nombre del pueblo americano y en el nombre de la humanidad...»

(Libro Rojo, pág. 29. Documento núm. 28, anejo.)

La contestación del ministro de Estado español, duque de Tetuán (o, mejor dicho, del presidente Cánovas), es fuerte; pero muy razonada; algunos de sus párrafos dicen así:

«San Sebastián, 4 de Agosto de 1897.—El ministro de Estado español al plenipotenciario de S. M. en Wáshington. Exmo. Sr.: Con toda atención se ha enterado el Gobierno de S. M. del contenido del mencionado documento. Ese señor secretario de Estado (de los Estados Unidos) supone en su Nota que entre los miles de reconcentrados españoles que han debido trasladar su residencia desde los cam-

pos a las poblaciones y recintos fortificados, se encuentran cientos de norteamericanos que, por carecer de medios de subsistencia, han tenido que ser socorridos por su Gobierno; y con todo, su propia experiencia oficial ha podido patentizar el gran yerro de los informes relativos a este punto, porque, al llegar el momento de distribuir las sumas, votadas por el Parlamento federal, a petición del Presidente de la República, apenas encontraron sus cónsules ciudadanos americanos, positivamente necesitados, hasta el punto de que tan sólo han logrado emplear entre ellos, al dirigir a V. E. el secretario de Estado la nota de 26 de junio, 6.000 dólares, de los 50.000 asignados a tan humanitario propósito, incluyendo la cantidad asignada a repatriaciones...

»No cabe negar que en los bandos del general Weyler, como en todos los dictados en casos análogos por los generales en campaña, se lastiman intereses, se causan sufrimientos, se alteran las normales condiciones del trabajo y de la propiedad; pero esto se hace por inexcusables deberes engendrados por las circunstancias... No de otra suerte proceden y han procedido cuantos países civilizados se han visto, como España ahora, en el duro trance de apelar a las armas para sojuzgar rebeliones, no siempre tan evidentemente injustas como la de Cuba. En los propios Estados Unidos se ha apelado durante la guerra de secesión a reconcentraciones de moradores pacíficos, a embargos y confiscaciones de propiedades, a la prohibición del comercio, a la destrucción de toda propiedad agrícola e industrial, en particular del algodón y del tabaco, sin que en la importante fábrica de Roswell bastara, por ejemplo, a salvarla la salvaguardia de sus banderas extranjeras, a la quema de ciudades enteras, a la ruina y devastación de regiones feracísimas, al aniquilamiento, en fin, de todos los bienes del adversario, prescindiendo, por la supresión total del *habeas corpus*, de los respetos constitucionales y desenvolviendo el régimen militar y dictatorial, que en los Estados contrarios a la unión duró bastantes años después de terminada la sangrienta contienda... La invasión de Hunter y Scheridan en el valle de Shenandoah, del que se dijo para probar

su total ruina «que si un cuervo quisiera descender a él, tendría que llevar consigo provisiones» (*if a crow wants to fly down the valley, he must carry his provisions with him*. Draper V. 3, pág. 408); la expedición por la Georgia y La Carolina del Sur del por tantos conceptos ilustre y respetado general Sherman; la toma de Atlanta, con la subsiguiente expulsión de hombres no combatientes, mujeres y niños, y su reconcentración a largas distancias; los fusilamientos de Palmyra; el incendio de Columbia; los horrores que concurrieron en el trato dado a los prisioneros y pacíficos sospechosos, que juntos se encerraban en los depósitos o cárceles de Richmond y Danville, y muy particularmente en las prisiones de Andersonville, donde, según datos oficiales, perecieron más de 12.000, con otros muchos acontecimientos de aquella lucha horrible, verdadero combate de titanes, que puso a tanta prueba la inteligencia y el vigor del pueblo americano, son elocuente, aunque triste testimonio, de la dolorosa, pero imprescindible severidad, que trae aparejada la guerra, aun cuando la hagan ejércitos educados en la democracia y las dirijan desde las alturas del poder político y del mando militar figuras tan memorables, honradas y amantes del derecho y de la libertad humana como Lincoln y Grant.»

Trac a colación las crueldades de los filibusteros, que también debían de excitar la indignación de los Estados Unidos, y prosigue:

«Conviene además tener presente que el tal sistema de destrucción total de la propiedad cubana (causada por los insurrectos) ha sido en todo tiempo preconizado por la Junta filibustera de Nueva York, constituida en gran parte por naturalizados americanos, y que de ella misma han partido las órdenes más crueles, dándose así el caso, por extremo extraño, de que sean ciudadanos de la Unión y organismos que libremente funcionan en su seno, los directores de la sin duda abominable devastación que, según ese señor secretario de Estado, tanto afecta a la sensibilidad del

pueblo norteamericano. Hasta el bando impío de Máximo Gómez fué principalmente promulgado para que llegase a noticias de todos cuantos pudieran cumplirle sin violación del territorio americano...

»Dada esta situación real de las cosas, el Gabinete americano de Wáshington comprenderá sin duda que lo verdaderamente humanitario y razonable y más conforme a la justa doctrina sustentada en sucesivas y amistosas Proclamas presidenciales, es cooperar por medidas adecuadas a la noble y levantada empresa en que está empeñada España, oponiéndose con eficaz energía a los constantes auxilios que la insurrección recibe de algunos de los ciudadanos de los Estados Unidos y a que continúe subsistiendo la pública y organizada dirección que desde allí recibe, sin lo cual, mucho tiempo hace que la insurrección estaría totalmente extinguida por las armas. Este y no otro es el camino que, a juicio del Gobierno español, aconseja la humanidad bien entendida, para hacer cesar en breve las desgracias que pesan sobre Cuba.»

(*Libro Rojo*, pág. 42. Documento núm. 12.)

El 16 de septiembre, como respuesta a esta nota, le comunicó el plenipotenciario español de Wáshington, Mr. Dupuy, al ministro de Estado:

«Estamos en un período de gran calma, que es de buen presagio para la cuestión cubana. Ni la llegada de Lee a los Estados Unidos, ni la del nuevo representante de estos Estados ahí (Woodford), ha conseguido agitar la opinión, a pesar del intento del *Herald* y otros periódicos...»

(*Libro Rojo*, pág. 42. Documento núm. 12.)

Con esto llegamos al comienzo de los verdaderos preliminares de la guerra hispanoamericana: en primer término, el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, el 8 de agosto de 1897, cuatro días después de haberse cursado la nota anterior, y en segundo término, la venida del plenipo-

tenciario de las Estados Unidos a Madrid, Mr. Stewart L. Woodford, que traía secretas miras, de acuerdo con su Presidente americano.

El *Memorándnm* español que nos guía dice así, aludiendo a la venida del nuevo ministro a Madrid:

«La llegada de Mr. Woodford, como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, señala un nuevo período en nuestras relaciones con aquella República. Desde sus primeros actos oficiales pudo traslucirse que el nuevo representante de Norteamérica traía instrucciones para abordar el problema de Cuba, con ánimo de oscurecer o limitar la soberanía española. En su primera Nota oficial de 23 de septiembre de 1897 indicó ya esta idea, haciendo constar que era, en sentir de su Gobierno, ilusoria la esperanza de que se pudiesen mantener entre la Península y Cuba relaciones que ni remotamente se asemejaran a las que en un tiempo mediaron entre la Colonia y su madre patria.»

(*Libro Rojo*, pág. 187. Documento núm. 140, anejo.)

En esto se formó el nuevo Ministerio Sagasta, y para satisfacer a las exigencias de Woodford o de los Estados Unidos se llamó a Weyler y se mandó a Blanco; nuestro Gobierno comenzaba, pues, a ceder demasiado, y por de pronto se acallaron dichas exigencias; se aplaudió la llegada de Blanco, y en 26 de noviembre se daba otro paso más por España en las concesiones, firmando S. M. el Rey el Decreto de autonomía, que, según decimos en el texto, resultó algo trasnochado, porque pudo darse antes con más ventaja para ambas partes.

«El Presidente, dice el *Memorándum*, de los Estados Unidos, en su Mensaje de 6 de diciembre de 1897 y Mr. Woodford en su Nota de 20 del mismo mes, reconocieron la importancia del cambio efectuado, así como la lealtad y espontaneidad con que procedía el Gobierno de S. M.; pero uno y otro cuidaron muy bien de insinuar

que había de juzgarse el plan por sus efectos, y que, por lo tanto, sólo podía esperarse de los Estados Unidos una *benévola expectación*, hasta que en un futuro próximo se conociera si se habían realizado las indispensables condiciones de una paz justa a la vez para España y Cuba y equitativa para los Estados Unidos. Descúbrese, pues, en la reserva con que se acogió el nuevo régimen autonómico, el plan preconcebido de inutilizarlo y darlo por fracasado, para realizar las codiciosas y tradicionales ambiciones norteamericanas.»

(*Libro Rojo*, pág. 188. *Memorandum*.)

Así se llegó a los primeros días del año de 1898. Un motín ocurrido en la Habana entre oficiales españoles, heridos en su pundonor militar, y un periódico separatista, que les había insultado, motín que nada tuvo que ver con la cuestión americana, a no ser por alguno que otro grito en medio del acaloramiento, se tomó en Norteamérica como platillo de conversación para llenar de injurias a España y pedir la guerra, que supieron aprovechar muy bien Mac-Kinley y Woodford.

El plenipotenciario español en Wáshington, Mr. Dupuy, le telegrafió a Gullón, ministro de Estado, el 14 de enero de 1898:

«Según se me informa, la Nota que darán mañana todos los periódicos que nos son adversos, es que lo sucedido en la Habana no encierra más que el principio de mayores y más graves disturbios, y que las autoridades no podrán sostener el orden. Perfectamente informado por gobernador general, he hecho ya mucho para destruir esta versión.»

(*Libro Rojo*, pág. 97. Documento núm. 39.)

Sin embargo, a pesar de que el ministro norteamericano en la Habana, Mr. Lee, y algunos periódicos neoyorquinos se desbordaron, el asunto se calmó, según nuestro ministro plenipotenciario en Wáshington, Mr. Dupuy, le comunica a Gullón, diciéndole:

«Acabo de verle (a Day), y me dice que las noticias de nuestras negociaciones comerciales, confirmadas también por Woodford, habían sido tan satisfactorias, que el Presidente había decidido enviar el *Maine* a la Habana, como una prueba de amistad, y que así lo diría a la Prensa el ministro de Marina.» (24 enero 1898.)

(*Libro Rojo*, pág. 102. Documento núm. 46.)

Comienza ya la decisiva cuestión del *Maine*, en cuyo asunto entra también el *Memorándum* con estas palabras:

«Un motín ocurrido en la Habana en los primeros días de enero, que para nada se relaciona con la colonia americana de aquella ciudad, sirve de *pretexto* para enviar el *Maine* a la capital de Cuba, sin más prevención que un aviso transmitido pocas horas antes de su llegada, y desde la misma fecha se apresta la escuadra de Norteamérica y se hacen preparativos bélicos con el indudable fin, o cuando menos con la consecuencia inevitable de reanimar el decaído espíritu de los insurrectos ante la eventualidad de un conflicto internacional.»

(*Libro Rojo. Memorándum*, pág. 189.)

En efecto, los norteamericanos, que venían preparando la guerra de años atrás y se creyeron ya con fuerzas suficientes para salir airosos en la contienda, manejaron el asunto del *Maine* a las mil maravillas, y para hacer más cierta la ruptura enredaron en la cuestión del barco todas las demás cuestiones añejas, sin permitir que se desglosaran al tratar de ellas en el Parlamento, cosa que España pidió. Los asuntos que tanto embrolló Mr. Woodford en Madrid, se desarrollan así. El 23 de mayo de 1898 entregó a los ministros de Estado y Ultramar, la siguiente Nota:

«Al empezar nuestra entrevista, debo decir a ustedes que el informe sobre el *Maine* se halla en poder del Presidente. No estoy autorizado para dar a conocer la tendencia ni las

conclusiones del mismo, pero sí lo estoy para declararles que, si dentro de muy pocos días no se llega a un acuerdo satisfactorio que asegure una paz inmediata y honrosa en Cuba, el Presidente no podrá menos de someter *en su totalidad* al Congreso, para su decisión, la cuestión de las relaciones entre España y los Estados Unidos, comprendiendo también en ella el asunto del *Maine*. Comunicaré inmediatamente por vía telegráfica al Presidente cualquiera indicación que al efecto pueda formular España, y espero recibir dentro de muy pocos días alguna proposición concreta que equivalga al establecimiento inmediato de la paz en Cuba.»

(*Libro Rojo*, pág. 140. Documento núm. 91.)

El Gobierno español, al recibir esta manifestación escrita, envió un *telegrama circular* a todos los representantes de España en el extranjero, en el cual, después de transcribirles lo que aquella manifestación de Woodford contenía, prosigue:

«Contestaré mañana (habla el ministro de Estado, Gullón) diciendo que la justicia más elemental exige, respecto del *Maine*, el conocimiento del dictamen de la Comisión española, su comparación con el americano, hecha, por supuesto, en esfera serena y fuera de toda Cámara popular, y, en caso de disidencia irreductible, la sumisión del litigio a otros jueces desapasionados. Por lo que hace al arreglo para asegurar una paz inmediata y satisfactoria para los cubanos, el Gobierno español estima, cuando menos, indispensable conocer las aspiraciones y sentimientos de la Cámara insular de Cuba, que se reunirá en la fecha inmediata de 4 de mayo.»

En la contestación a la manifestación enviada por míster Woodford, se expresa así el Sr. Gullón:

«El Gobierno español estimaría inaceptable, y por todo extremo injustificado, el acuerdo de someter a una asamblea política y numerosa el informe emitido por la Comisión

oficial americana sobre los motivos y circunstancias de la voladura o explosión del *Maine*. No se conoce todavía el dictamen de la Comisión española, que después de invitar inútilmente a los marinos americanos para que se asociaran a sus trabajos, y con ellos verificaran los necesarios reconocimientos, ha terminado y formulado ya sus conclusiones con perfecto conocimiento de los parajes en que tuvo lugar un siniestro para todo español lamentable y doloroso... Entregar en estas condiciones (antes de conocerse el dictamen español) a una Cámara popular y deliberante, sin rectificación, esclarecimiento ni contraste, un dictamen que procede de sus compatriotas y que necesariamente ha de recoger una aprobación más sentida que razonada, no sólo vale tanto como resolver un litigio eventual antes de que debidamente se entable, sino que parece revelar el propósito de que la pasión nacional, la conmiseración u otros análogos sentimientos comprensibles, naturales y frecuentes en toda asamblea numerosa y patriótica, fallen anticipadamente y sin pruebas, rechazando antes de conocerlas toda aseveración que les desorienta o les contraríe.» (Respecto de la segunda exigencia de la paz pronta y duradera, repite lo dicho en el *telegrama circular*.)

(*Libro Rojo*, págs. 141 a 143. Documentos núms. 92 y 93.)

Estas prudentes observaciones del Gobierno español fueron desatendidas en todas sus partes por el americano. El ministro Gullón telegrafió a los representantes de España en los estados extranjeros a 25 de marzo, para que elevasen a sus Gobiernos esta protesta de España:

«El representante de España en Wáshington acaba de anunciarme que, según le ha participado el Gobierno de los Estados Unidos, el lunes llevará éste al Parlamento el dictamen de la Comisión americana sobre la catástrofe del *Maine*, sin darnos de él previo conocimiento ni adquirirlo tampoco del ya emitido por la Comisión española...»; «hecho que, en nuestro sentir, puede provocar el conflicto entre las dos naciones...»

(*Telegrama circular. Libro Rojo*, pág. 145.)

Contestaron todos los Gobiernos europeos dando la razón del proceder que debía seguirse al Gobierno español (en el *Libro Rojo*, págs. 146 a 150, pueden verse). La contestación de la Santa Sede dice así:

«He dado conocimiento al Cardenal Rampolla del telegrama de V. E. de anoche relativo a la declaración que le ha entregado el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos. Su Eminencia se ha mostrado muy impresionado con la relación que le he hecho... Aprueba la contestación que piensa dar V. E. al Gobierno americano; aplaude la calma y moderación de nuestro Gobierno y recomienda que éste trate de obtener que los Gabinetes europeos ejerciten su influencia en Wáshington, a fin de evitar una guerra.

»Está convencido de que Francia, cuya forma de Gobierno no puede inspirar recelos a los Estados Unidos, está animada de grandes sentimientos de amistad hacia España. Dará conocimiento al Papa de mi manifestación, y asegura que contamos con el afecto de la Santa Sede.—*Merry*.—Roma, 25 de marzo de 1898.»

(*Libro Rojo*, pág. 147. Documento núm. 97.)

El 27 de marzo telegrafió desde Wáshington el plenipotenciario español a Gullón:

«El informe (americano) del *Maine* causa impresión profunda. Témesese mucho que el Congreso tome actitud peligrosa. Parece, sin embargo, que el Presidente continúa en disposición pacífica.—*Polo*.»

(*Libro Rojo*, pág. 150. Documento núm. 102.)

El 28 de marzo, y no antes, entregó el ministro míster Woodford a nuestro ministro de Estado un *extracto* del informe de la Comisión americana sobre el *Maine*, cuya conclusión dice así:

«En conclusión: la Comisión declara que la pérdida del *Maine* no fué debida a la culpa o descuido de sus oficiales o tripulantes, sino a la explosión de una mina submarina, que dió lugar a la voladura parcial de dos o más de los pañoles de proa.»

(El extracto del informe puede leerse en la pag. 153.)

«Comunicado así a V. E. el anterior extracto del informe de la Comisión investigadora de los Estados Unidos en el asunto del crucero *Maine*, me incumbe el deber de manifestarle lo siguiente, en virtud de órdenes recibidas de mi Gobierno:

»En vista de los hechos de esta suerte revelados, parece corresponder una grave responsabilidad al Gobierno de España. El *Maine*, llevando una misión pacífica, y con el conocimiento y consentimiento de dicho Gobierno, entró en el puerto de la Habana, confiado en la seguridad y protección de una nación amiga, pero permaneciendo abiertamente bajo la jurisdicción de su Gobierno para cuanto ocurría a bordo; sin embargo, la dirección del puerto continuaba sometida a la jurisdicción del Gobierno de España, y éste, como soberano local, tenía la obligación de proteger las personas y los bienes que se hallaban en dicho lugar, y más particularmente una nave pública y los marineros de una potencia amiga. El Gobierno de los Estados Unidos no ha dejado de recibir con el debido aprecio las manifestaciones de simpatía transmitidas por el Gobierno de S. M. la Reina Regente con motivo de la destrucción del buque y de sus tripulantes. Esta circunstancia sólo puede aumentar el sentimiento que le inspira el hecho de que las circunstancias del suceso, reveladas por el informe de la Comisión investigadora, sean tales que exijan del Gobierno de España la acción debida, habiendo sufrido una agresión los derechos soberanos de una nación amiga dentro de la jurisdicción de otra potencia. El Presidente no quiere abrigar duda acerca de que el sentido de justicia de la nación española impondrá resoluciones que sugieren las amistosas relaciones entre los dos Gobiernos. Aprovecho... *Stewart L. Woodford.*»

(*Libro Rojo*, pág. 155, después del informe.)

Al día siguiente vuelve Woodford con nuevas exigencias que no daban vagar a nuestro ya desorientado Gobierno. Le presentó la siguiente Nota:

«1.º El Presidente me encarga explicarme directa y francamente con V. E. acerca de la condición actual de los asuntos de Cuba y del estado de las relaciones entre España y los Estados Unidos.

»2.º El Presidente piensa que no hay ventaja alguna en discutir los puntos de vista respectivos que sobre este asunto tiene cada una de las dos naciones; esto sería ocasionado a disensiones y a controversias que podían detener y quizá impedir una resolución inmediata.

»3.º El Presidente me encarga diga a V. E. que nosotros no deseamos ni queremos la posesión de Cuba.

»4.º También me encarga decirle con igual claridad que deseamos la completa pacificación de Cuba.

»5.º Para este fin me sugiere la idea de un armisticio inmediato que dure hasta el primer día de octubre, durante el cual se negocie para obtener la paz entre España y los insurrectos, contando para ello con los amistosos oficios del Presidente de los Estados Unidos; y

»6.º Desea también la revocación inmediata de la orden relativa a los reconcentrados, de modo que las gentes puedan volver a sus propiedades, al par que los necesitados sean socorridos con alimentos y recursos enviados por los Estados Unidos. Los Estados Unidos cooperarán a este fin con las autoridades españolas, para que el remedio sea completo y efectivo.»

(*Libro Rojo*, pág. 150. Documento núm. 108.)

Y vuelve nuestro débil Gobierno a hacer concesiones, que tal vez en aquellas tan vidriosas circunstancias fueran prudentes. La contestación a la Nota de Woodford por el ministro de Estado español lleva la fecha de 31 de marzo; es decir, que se le concede todo lo pedido a los dos días de la petición:

CONTESTACIÓN ACORDADA EN CONSEJO DE MINISTROS, QUE EL MINISTRO DE ESTADO ENTREGÓ AL DE LOS ESTADOS UNIDOS EL 31 DE MARZO DE 1898

Catástrofe del Maine.

España está pronta a someter a un arbitraje las diferencias que puedan surgir en este asunto.

Reconcentrados.

El general Blanco, siguiendo las instrucciones del Gobierno, acaba de revocar en las provincias occidentales el bando relativo a los reconcentrados, y aunque esta medida no podrá alcanzar todos sus complementos hasta que las operaciones militares terminen, el Gobierno pone a disposición del gobernador general de Cuba un crédito de tres millones de pesetas, a fin de que los campesinos vuelvan desde luego y con éxito a sus trabajos. El mismo Gobierno aceptará, sin embargo, cualquier auxilio que para alimentar y socorrer a los necesitados le sea enviado de los Estados Unidos en la forma y condiciones antes convenidas entre aquel subsecretario de Estado y el ministro de España en Wáshington.

Pacificación de Cuba.

El Gobierno español, más interesado que el de los Estados Unidos en dar a la Grande Antilla una paz honrosa y estable, se pronone confiar su preparación al Parlamento insular, sin cuya intervención no podría llevarla a cabo, entendiéndose que no por eso se àmenguan ni disminuyen las facultades reservadas por la Constitución al Gobierno Central.

Suspensión de hostilidades.

Como las Cámaras cubanas no se reunirán hasta 4 de mayo, el Gobierno español no tendría por su parte inconveniente en aceptar desde luego una suspensión de hostilida-

des, pedida por los insurrectos al general en Jefe, a quien corresponderá en este caso determinar el plazo y las condiciones de la suspensión.

(*Libro Rojo*, pág. 158. Documento núm. 110.)

Estas conclusiones, enviadas telegráficamente por Gullón a los Estados Unidos para hacer un último esfuerzo para calmarles y evitar la guerra fueron enviadas también a los Estados de Europa y todos contestaron aplaudiéndolas y felicitando a España por su espíritu de conciliación. (Véanse en el *Libro Rojo* de España, págs. 159 a 162).

Todos estos sucesos hasta el Mensaje de Mac-Kinley, que va a venir en seguida, y la deliberación de las Cámaras americanas, pidiendo abiertamente la guerra, que siguió al anodino y mal velado Mensaje, lo cuenta el *Memorándum* español, con estas frases:

«No bastó a contener la infame calumnia que atribuye a España responsabilidad en la catástrofe del *Maine* el caritativo impulso con que autoridades y particulares atendieron a las víctimas. La Comisión naval americana se negó a practicar sus trabajos de averiguación, a la par y conjuntamente con la española, y no permitió a ésta, fundándose en la extraterritorialidad del barco que penetrara en el interior del mismo y practicara reconocimientos. Por su cuenta, y atenta a salvar la responsabilidad del comandante y oficiales supervivientes, informa en el sentido de que la explosión ha sido producida por una causa exterior, lo cual, naturalmente, excita los ánimos y engendra contra España tan enconados como injustificados rencores. El Presidente de la República, sin querer tratar el asunto de Gobierno a Gobierno y sin esperar siquiera a recibir el informe español, que sustenta la tesis contraria, es decir, que la explosión fué motivada por incidentes o hechos interiores, lleva el asunto a las Cámaras, donde, como era de prever, produce un desbordamiento de pasiones... El decidido propósito de explotar la voladura del *Maine* como medio de agi-

tar las pasiones políticas, queda claro y patente desde el momento en que no se acepta la proposición formulada por España de someter el asunto a un arbitraje.»

(*Memorándum. Libro Rojo*, pág. 189.)

Así las cosas, el Gobierno español aceptó la invitación cariñosa de la Santa Sede, brindándose a intervenir y desde la página 166 del *Libro Rojo* comienzan a insertarse preciosos documentos en este sentido, hasta que el 11 de abril leyó el Presidente Mac-Kinley su mensaje anual, y aquel hombre que ante los embajadores de las naciones extranjeras había hecho tantos alardes de querer a todo trance mantener la paz, precisamente cuando España había llegado al límite de sus concesiones para mantenerla, pronuncia un discurso ante las ya soliviantadas Cámaras, que era un empujarlas hacia la ruptura de relaciones. Algunos de sus párrafos dicen así:

«He comunicado ya al Congreso el informe de la Comisión naval investigadora de la destrucción del acorazado de batalla *Maine* en el puerto de la Habana, durante la noche del 15 de febrero. La destrucción de tan hermoso buque (no se contó en América para nada con el informe español) ha llenado el corazón nacional de horror incomparable. Murieron de repente 258 bizarros marineros y dos oficiales de nuestra Armada, que descansaban confiados en la supuesta seguridad de un puerto amigo; sus familias han quedado sumidas en el dolor y la penuria, cayendo una inmensa tristeza sobre la nación entera... La única esperanza de quedar libres y descansados con el fin de una situación hoy ya insostenible, es la pacificación impuesta en Cuba, en nombre de la humanidad y de la civilización y de los intereses americanos en peligro, que nos dan el derecho y nos imponen el deber de hablar y de obrar. Es necesario que acabe la guerra en Cuba. En vista de estos hechos y consideraciones, pido al Congreso autorice y otorgue al Presidente poderes para adoptar medidas que aseguren el completo y

definitivo término de hostilidades entre el Gobierno de España y el pueblo cubano y que aseguren en la isla la instalación de un Gobierno estable, capaz de mantener el orden y de cumplir con sus obligaciones internacionales, garantizando la paz y la seguridad, así de sus ciudadanos, como de los nuestros. También pido autorización para emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos, según sea necesario para dichos fines y en interés de la humanidad... Hoy la solución depende del Congreso con todas sus terribles responsabilidades. He agotado todos los esfuerzos para remediar el intolerable estado de cosas en un país que se halla a nuestras puertas y estoy dispuesto a cumplir cuantas obligaciones me imponen la Constitución y las leyes. Aguardo vuestros acuerdos.»

(*Libro Rojo*, pág. 174. Documento núm. 129.)

El acuerdo de ambas Cámaras no se hizo esperar. En vano el Sumo Pontífice multiplicó sus amistosas palabras y paternales ruegos; el 18 de abril telegrafió el peniplotenario español al ministro de Estado: «Ambas Cámaras acababan de aprobar la siguiente resolución conjunta»:

«Considerando que el aborrecible estado de cosas que ha existido en Cuba durante los tres últimos años, en isla tan próxima a nuestro territorio, ha herido el sentido moral del pueblo de los Estados Unidos, ha sido en desdoro para la civilización cristiana y ha llegado a su período crítico con la destrucción de un barco de guerra norteamericano y con la muerte de 266 de entre sus oficiales y tripulantes, cuando el buque visitaba amistosamente el puerto de la Habana;

»Considerando que tal estado de cosas no puede ser tolerado por más tiempo, según manifestó ya el Presidente de los Estados Unidos, en Mensaje que envió el 11 de abril al Congreso, invitando a éste a que adopte resoluciones;

»El Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso, acuerdan:

»1.º Que el pueblo de Cuba es y debe ser libre e independiente.

»2.º Que es deber de los Estados Unidos, exigir y por la presente su Gobierno exige, que el Gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y gobierno en Cuba y retire sus fuerzas terrestres y navales de las tierras y mares de la Isla.

»3.º Que se autoriza al Presidente de los Estados Unidos, y se le encarga y ordena que utilice todas las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos, y llame al servicio activo las milicias de los Estados de la Unión, en el número que sea necesario para llevar a efecto estos acuerdos; y

»4.º Que los Estados Unidos por la presente niegan que tengan ningún deseo ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía ni intervenir en el gobierno de Cuba, si no es para su pacificación; y afirman su propósito de dejar el dominio y gobierno de la isla al pueblo de ésta, una vez realizada dicha pacificación.

»Votación del Senado: 42 votos contra 35.

»Cámara de Representantes: 310 votos contra 6.»

(*Libro Rojo*, pág. 195. Documento núm. 143.)

En virtud de esta resolución conjunta el Gobierno americano dió a su embajador en Madrid, Mr. Woodford, las siguientes intrucciones, tomadas del *Libro Rojo*, documento núm. 145, pág. 197:

«Si a la hora del medio día del sábado próximo 23 de abril corriente no ha sido comunicado a este Gobierno por el de España una completa y satisfactoria respuesta a esta demanda y resolución (la anterior), en tales términos que la paz de Cuba quede asegurada, el Presidente procederá sin ulterior aviso a usar el poder y la autorización ordenados y conferidos a él por dicha resolución, tan extensamente como sea necesario para obtenerla en efecto.»

Como España no podía conceder ya más y no sabía ni cómo contentar a unos hombres, que con nada se contentaban, pues su resolución definitiva era ir a la guerra, después de encontrarse con fuerzas navales superiores a las nuestras, Gullón mandó en 19 de marzo a su plenipotenciario en Wáshington que pidiera sus pasaportes y el 20 los americanos le ordenaron al suyo en Madrid que los pidiera también y se declaró la guerra.



APÉNDICE NÚM. 2

DIVERSAS OPINIONES DE PERSONAS ILUSTRADAS Y COMPETENTES
DE ESPAÑA SOBRE LA POSIBLE GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

I

Párrafos de la interviú celebrada por el Sr. Moret con un redactor de *Le Temps* (publicada por *El Día*, de Madrid, con permiso del autor, en el número de 17 de noviembre de 1897):

«¡La guerra! No es posible que los Estados Unidos la deseen y, por nuestra parte, bien sabe Dios que la aceptaríamos en último extremo. ¡La cruz que soportamos es tan pesada! Hay que preverlo todo, sin embargo; puede suceder que nos veamos compelidos a hacer una locura, y si la hacemos, iremos hasta el fin. Somos un pueblo especial, y los extranjeros apenas nos conocen, sobre todo los americanos, para los cuales el rey es el oro y no pueden suponer hasta qué punto olvidamos nosotros todo género de interés, cuando creemos nuestro honor en peligro. Es preciso tener en cuenta lo que entre nosotros representa el poder de la tradición y la piedad celosa con que conservamos los recuerdos gloriosos de nuestra historia. Vivimos a medias con el pasado, y el orgullo que este pasado nos inspira es, sin duda, el que hace a nuestro patriotismo tan indomable y suspicaz.

»Hay momentos que no queremos calcular ni prever; cuando se nos impulsa a un extremo, nos sentimos capaces de adoptar resoluciones que causen la admiración del mundo. Nos lanzamos de cabeza a lo desconocido. Hace mucho tiempo que se ha dicho: «los españoles están reñidos con lo posible»; somos siempre los herederos de Don Quijote, y si nos liga a Francia una instintiva simpatía, estriba menos en una afinidad de raza que en su historia de aventuras caballerescas y de generosidades sin cuento. Sería un error confundir nuestra paciencia con nuestra resignación. Sufriríamos acaso la brutalidad de una fuerza superior; pero no renunciaríamos voluntariamente a nuestros derechos. Es preciso persuadirse de que, si hubiésemos de perder la isla de Cuba, preferiríamos perderla con honor, después de una guerra desastrosa, a entregarla por una débil abdicación.

»Este es el sentimiento unánime del país; y aun si estuviésemos reducidos a tal necesidad, y si, como es probable, el partido liberal no quisiera tomar sobre sí esta gravísima responsabilidad, al momento se formaría un Ministerio compuesto de todos los partidos, del republicano, del liberal, del conservador, hasta del carlista. Todas nuestras divisiones intestinas se olvidarían y habría en la nación un hermoso y unánime movimiento de entusiasmo. ¿Que sería desigual la lucha? ¡No lo ignoramos, ciertamente! ¡Un pueblo de 17 millones de habitantes contra los 62 millones de una gran nación! Pero esta nación no está organizada para la guerra, mientras que nosotros somos un pueblo de soldados.

»Creemos tener algún derecho a la simpatía de Europa; no desconocemos la justicia de nuestra causa, y... ¿qué nación podrá vanagloriarse de no tener que defender, en un plazo más o menos lejano, intereses análogos a los nuestros contra los Estados Unidos? Será quimérico, sin duda, contar con su intervención efectiva, pero es de creer que nos podremos pasar sin ella. Seguramente no pretenderíamos conquistar los Estados Unidos, no combatiríamos sino contra su comercio, pero esto es para ellos el punto más vulnerable. Por otra parte, somos la única nación de Europa que ha conservado el derecho de armarse en curso. Haríamos

un llamamiento a los aventureros del viejo y nuevo mundo; vendrían a buscar fortuna, cubiertos con nuestro pabellón, y resucitaría el buen tiempo de los corsarios. Sabemos perfectamente que los Estados Unidos, que no tienen marina militar, cuentan con muy pocos buques mercantes; ellos producen y los ingleses transportan; pero, sin embargo, podríamos hacerles un daño mayor del que piensan. Una serie de ataques incessantes y aislados, que bien pudieran durar diez, veinte años, porque nos costaría menos caro que la campaña actual, había de entorpecer su comercio. Quizá entonces la masa pensadora y seria de la nación americana se apenaría de habernos empujado a una resolución desesperada...»

II

Tres juicios sobre el estado de nuestra escuadra poco antes de comenzar la guerra (los de Cervera, Beránger y el capitán americano Mahan):

Juicio de Cervera (citado por el capitán de navío americano A. T. Mahan en un artículo publicado a raíz de la guerra en el periódico inglés *The Times*, coleccionado con los dos siguientes en el libro *Lessons of the war with Spain*, pág. 86):

«Después de ocurrido ya el desastre naval de Santiago de Cuba leímos en una revista naval española el siguiente relato: «Hace poco más de un año (algo antes de estallar la guerra) visitamos al general Cervera en la Carraca, arsenal de Cádiz, y le dijimos: —Parece que es usted el indicado por la opinión del Cuerpo para mandar la escuadra, en caso de que se declarase la guerra. —En este caso—nos contestó—aceptaré, sabiendo, sin embargo, que voy a un Trafalgar. —Y ¿cómo se podría evitar tamaño desastre?—le dijimos. —Permitiéndome consumir de antemano 50.000 toneladas de carbón y 10.000 proyectiles en ejercicios. De otra manera, iremos a un Trafalgar; acuérdesse usted de lo que le digo.»

Juicio de Beránger (citado en los dichos artículos de Mahan):

«Tuvimos hoy ocasión de hablar durante largo rato con el almirante Beránger, último ministro de Marina del Gabinete conservador. A las preguntas que le hicimos sobre el conflicto que se avecinaba con los Estados Unidos, tuvo la amabilidad de decirnos «que confiaba en absoluto en el triunfo de nuestras fuerzas navales. Hemos —dijo— de vencer en el mar, y daré las razones en apoyo de esta seguridad. La primera es la notable disciplina que prevalece en las dotaciones de nuestros buques, y la segunda que, en cuanto se rompa el fuego, las tripulaciones americanas empezarán a desertar, pues ya sabemos que en ellas se encuentra gente de todas las nacionalidades. Buque contra buque, por lo tanto, no hay que temer el descalabro. Creo que la escuadra, que está detenida en Cabo Verde, y particularmente los destroyers, pueden y deben continuar su viaje a Cuba, pues nada tienen que temer de la flota americana.»

Juicio de A. T. Mahan sobre los dos juicios anteriores (de los mismos artículos, ya comentados con palabras del célebre crítico naval americano):

«Curioso es el contraste que arrojan esos fundadísimos temores (la opinión de Cervera, que acaba de exponer) de un jefe de experiencia y crédito, expresados con sincera franqueza en conversación particular, con la opinión del otro general español que recientemente fué ministro de Marina (la de Beránger), dada al público en las columnas de un periódico (*Heraldo de Madrid*, del 6 de abril de 1898), cuya opinión da idea además de las curiosas ilusiones que abrigan en España las altas esferas gubernamentales.»



APÉNDICE NÚM. 3

CARTA EN DONDE SE PUEDE VISLUMBRAR CUÁL FUÉ EL VERDADERO OBJETO DE LOS NORTEAMERICANOS AL ENVIAR EL «MAINE» A LA HABANA Y HACER QUE SUS BARCOS DE GUERRA VISITASEN CON FRECUENCIA LOS PUERTOS CUBANOS

El día 25 de enero llegaba el *Maine* a la Habana; el 5 de febrero llegaba a Matanzas, para *visitar* el puerto, el crucero americano *Montgomery*, y el 6 aparecían para hacer maniobras navales en Cayo Hueso, a cuatro horas de navegación de las Antillas, los barcos de la flota americana. El 14 de febrero se escribió en el campamento de Máximo Gómez esta carta, que reprodujo y tradujo el *The American News* en su número de 20 de febrero de 1898:

«Excelente efecto ha producido en las filas de este ejército de la República el noble alarde con que su hermana la del Norte ha acudido en su auxilio, mostrándonos las fuerzas con que cuenta para humillar y vencer a los odiados peninsulares. Las visitas de los cruceros americanos a estos puertos han producido pésima impresión en los españoles, porque ven lo que les aguarda para luego y han llenado de esperanzas a los leales defensores de Cuba libre. Al decaimiento que algunas deserciones de traidores (alude a algunos insurrectos que, como el brigadier Massó, se pasaron al ejército español), habían producido en algunos, ha sucedido

una gran satisfacción, porque ven todos que la hora de la libertad del pueblo cubano se acerca. Los miserables españoles serán barridos por los cañones de las escuadras que ya rodean a Cuba, y la dicha de los que permanecemos fieles a la bandera jurada, será completa. Los traidores serán castigados por su deslealtad, no sólo al aceptar la autonomía, sino también por haberse ofrecido algunos a España para trabajar por la paz en su servicio.»

(Del libro *El desastre nacional*, del Sr. D. Damián Isern, pág. 397.)



APENDICE NÚM. 4

FANTASÍAS POPULARES SOBRE LA SITUACIÓN DE NUESTRA ESCUADRA, SUPONIENDO QUE ESTABA DIRIGIDA POR UN GOBIERNO INTELIGENTE Y ANIMADO DE LA MÁS POLÍTICA DE LAS ASTUCIAS PARA DESCONCERTAR AL ENEMIGO.— «YA EN PLENA GUERRA»

(Extracto de un artículo del *Heraldo de Madrid*, del 6 de junio de 1898, en que se ve también cómo la opinión popular era la de que se debió mandar la escuadra de Cervera a Filipinas, y jamás a las Antillas.)

El deseo y la razón.—«El instinto popular no se da por vencido. Ni las afirmaciones del Gobierno, ni los telegramas directos e indirectos de Santiago de Cuba, ni las noticias de los periódicos, ni las cartas de los marinos que forman parte de la escuadra del almirante Cervera, ni aun los hechos de armas a que concurren barcos pertenecientes a dicha escuadra, han bastado a quebrantar en el ánimo de muchísimos españoles la convicción de que en breve aparecerán frente a la bahía de Manila los cruceros que el 27 de abril salieron de Cabo Verde. Ya no sólo se discute, sino que se cruzan sobre esto apuestas considerables. Y tanta es la persistencia con que las imaginaciones, propensas a lo maravilloso, sostienen la tesis, tal el calor con que la propalan y tan grande el arte con que relacionan entre sí datos aislados e indicios favorables a lo que ellos piensan, que acaba-

rán por sembrar la duda hasta en los ánimos más serenos y positivistas...

»En fuerza de accionar y reaccionar sobre sus propias convicciones, la imaginación de las gentes ha llegado a una que todo lo explica, aunque por manera extraordinaria y maravillosa. El *Colón* ha ido a las Antillas con uno de los destroyers y con tres trasatlánticos, armados en guerra, de tal suerte dispuestos los tres, que a los ojos del mundo profano han podido pasar por el *Oquendo*, el *Teresa* y el *Vizcaya*. Mientras tanto, estos buques de combate y los dos destroyers restantes, provistos de carbón, con el mismo misterio que presidió lo demás, hacen rumbo al Sur, cruzan hace ya días por la costa de Guinea, dejando allí cartas, de las cuales se habla hoy en Madrid como si todos las hubiéramos visto y leído; doblan el Cabo y van a renovar en Madagascar las provisiones de sus máquinas...

»Se resiste el sentido popular a la idea de que abandonemos las Islas Filipinas a sus propios recursos; de que dejemos sin castigo y sin desquite la terrible catástrofe de la bahía de Manila, y por eso el pueblo no quiere reconocer que nuestras escuadras lleven otro rumbo ni tomen otro objetivo. Entrevé otra empresa más en armonía con nuestras fuerzas y con nuestro genio, y por eso no concibe que el Gobierno aparte la atención de Filipinas para concentrarla exclusivamente en las Antillas...»



APÉNDICE NÚM. 5.

DESPUÉS DEL COMBATE, CULPANDO A CERVERA POR NO HABER SALIDO O NO HABER SABIDO SALIR DÉBIDAMENTE.—DESCONOCIMIENTO ABSOLUTO DE LO QUE PASÓ A LA SALIDA

Triste es tener que hablar de un percance ocurrido más tarde, en 1900; pero cuyo relato, siquiera sea por vía de apéndice y muy someramente, es preciso tratarlo aquí como en su sitio propio.

El ilustrado y ardoroso conde de las Almenas, senador del Reino, tuvo en la sesión del Senado, del 16 de enero de 1900, una interpelación, acusando duramente al almirante D. Pascual Cervera. Como se verá por sus párrafos, es disculpable hasta lo sumo su proceder. El conde de las Almenas no tenía entonces datos ciertos; le habían desorientado respecto de la verdad de los hechos, y con datos falsos no se puede ir hacia la verdad, aunque, como siempre lo hizo el honrado patriota, se busque con anhelo.

Uno de los párrafos de su discurso dice así:

«El desastre, llegó. Yo admiro el valor de nuestros heroicos marinos, que allí perecieron sin gloria, dando al mundo ejemplo de heroica subordinación. Pero los periódicos de todo el mundo han calificado con las frases más duras al almirante de aquella escuadra (hemos visto las frases que todo el mundo le tributó). Yo, aquí, tengo el deber de cen-

surar agria y severamente a aquel almirante por su negligencia e imprevisión. Imprevisión, sobre todo, que demostró en aquella terrible caza, porque no fué otra cosa el horrible ojeo que dieron los norteamericanos a las pobres naves españolas. Debo decir, en honor del capitán general de Cuba, que esta autoridad, en uno y otro telegrama que aquí tengo, expuso al almirante Cervera la necesidad de salir de Santiago de Cuba. ¿Por qué el almirante no obedeció las órdenes del capitán general?... Su señoría (dirigiéndose al general Blanco) unõ y otro día, hasta tres veces, aconsejó la salida de la escuadra del puerto de Santiago de Cuba, y la aconsejó aprovechando las noches sin luna que por aquel entonces había... ¡Eso (el modo de la salida) no se le puede ocurrir a un almirante, ni siquiera a un cabo de escuadra! Sin embargo, el almirante Cervera, sin duda por un extravío de su razón, en un momento de locura, porque no puede admitirse otra excusa, mandó encender los fuegos de sus naves en pleno día, a las nueve y media de la mañana; salió poniendo los barcos con la proa hacia la Habana, dejando reducido el fuego de sus barcos al costado de babor. (¡Se rebulleron poco los cuatro!) Táctica semejante arguye una notoria incapacidad, y sólo tiene explicación favorable, suponiendo que el almirante se hallaba entonces en estado de demencia. Así ha sido calificado este suicidio de la escuadra por los marinos del mundo (así, en efecto, se calificó), revelando al propio tiempo la decadencia del espíritu marítimo español.»

En una carta confidencial de D. Pascual Cervera, escrita a D. Víctor Concas, y aludiendo a este discurso del conde de las Almenas, el buen viejo se limitó a decirle:

«Yo he adquirido la ventaja de que ya no me hacen mella estas cosas; deseo que se acaben de una vez; pero sólo para que no turben mi tranquilidad en este retiro, que es la única aspiración que tengo desde que me he vuelto escéptico.»

(Carta fechada en Puerto Real a 26 de enero de 1900.)

El ataque sangriento del conde de las Almenas contra el honor de tan noble hijo de la patria española, aunque, como decimos, basado en datos que, necesariamente, tuvieron que desorientar su noble espíritu patriótico, fué recogido por varios periódicos. He aquí un suelto del *Journal de Bruxelles*, en su número de 22 de febrero de 1900. Se titulaba *¡Vae Victis!*, y decía:

«*Vae Victis!*—Es el grito eterno, que se lanza al siguiente día de las derrotas. ¿Cómo nos vamos a sorprender de haberlo oído el lunes en la tribuna de las Cortes españolas? Se ha encontrado un estratega de cámara que hace caer sobre los generales y almirantes españoles la responsabilidad de los desastres militares...

»Para comprender toda la injusticia y toda la odiosidad de las críticas lanzadas en el Senado contra el almirante Cervera por el conde de las Almenas, es menester acordarse de la terrible situación en que se encontraba este valiente oficial la víspera del combate de Santiago de Cuba. Se le reprochaba su inacción. Algunos habían dicho en el Parlamento que era preciso salir a toda costa de la bahía, aunque la pequeña escuadra fuera deshecha por los grandes acorazados americanos. Por dos veces se le había dado, en efecto, la orden de salir al almirante, y Cervera acabó por obedecer, aunque ni tenía carbón para luchar en velocidad con los buques de Sampson, ni cañones, ni municiones, ni víveres. Ya se sabe lo que pasó el 3 de julio. Todo el mundo estuvo en su puesto... El fuego estallaba por todas partes; la sangre corría a torrentes, los buques, incendiados, se iban a pique, y, en medio de este cuadro, los supervivientes hacían aún cara al enemigo.

»En resumen, una de las derrotas más gloriosas que registra la Historia, y los vencedores mismos han rendido su tributo a ese valor desgraciado. No es al almirante Cervera, sino a los que desde Madrid dirigían las operaciones, a quienes el conde de las Almenas ha debido dirigirse. El almirante no hizo más que cumplir sus órdenes.

»El Sr. Sagasta, presidente del Consejo; el general Au-

ñón, ministro de Marina, y el general Correa, ministro de la Guerra, son los que deben rendir cuentas ante las Cortes (ya hemos visto la parte de cada uno y además la del general Blanco, a quien el *Journal de Bruxelles* no cita). Pero cuando se proclama en pleno Parlamento que el vencido en Santiago es *hombre al agua*, cuando se pretende robarle su aureola de héroe, entonces se empaña una de las glorias más puras, se desalienta a los valientes y se despedaza a la patria.»

(Seguramente que el prudente y bien intencionado conde de las Almenas, al leer la *Colección de Documentos* publicada por D. Pascual Cervera, rectificó su juicio, como lo hicieron otros muchos, alucinados por mentidas farsas. El responsable de las palabras del conde no es él, que hizo bien en protestar indignado de la salida de la escuadra; el responsable de aquellas palabras es quien le dió los datos falseados sobre el verdadero causante de la salida.)

Juicio del periódico católico *La Croix de Marseille* (10 de julio de 1898) sobre la fisonomía moral de Cervera en un artículo titulado «Cervera»:

«A la hora en que la flota española sucumbe heroicamente bajo el número y poder de sus enemigos es humillante ver la impasibilidad con que asiste la Europa entera a este duelo gigantesco y sanguinario. Pasó el tiempo de la caballería. Hoy todo es interés; el dios de las naciones es el becerro de oro; su templo, la bolsa, y su pontífice, el árbitro supremo de los pueblos, es el banquero de la calle Laffitte, que no se ocupa de España sino para explotar sus minas de hierro, de plomo, de cobre, de estaño, de mercurio y de plata... Como por milagro ha sobrevivido el almirante Cervera, causando la admiración y el respeto aun de los americanos. En Marsella y La Seyne, donde residió algunos años vigilando la construcción del *Pelayo*, ha dejado los recuerdos más simpáticos. Es él quien personifica hoy el valor heroico, digno, modesto y profundamente cristiano de

la católica España y es él a quien a través del Océano dirigimos la expresión de nuestro profundo respeto y de nuestros votos. ¡Dios os guarde!»

Juicio del *New-York Herald* (12 de julio de 1898): «Sobre Cervera».

«La figura más heroica de esta guerra, en lo que respecta a los españoles es, sin duda, el almirante Cervera. Es buen marino, valiente y caballeroso. En esta nación no hay para él más que respeto y compasión. Fué ofrecido en sacrificio, y con su derrota ha conquistado a su patria más honra que todos los políticos y generales que formaban parte del Gabinete español. El almirante Cervera es hoy un prisionero nominal sobre el suelo americano.

»Ninguna injuria oficial habrá de recibir, sino, por el contrario, se le recibirá como merece su rango y su mérito, y su permanencia será tan agradable en esta comarca como pueda serlo la de una persona que está como él bajo una inmensa depresión de espíritu. Nosotros hubiésemos deseado que el Gobierno español hubiese estado dirigido por hombres de espíritu tan elevado y de tan innata cortesía como el suyo, y no hubiese llegado el caso de la guerra...»

BIBLIOGRAFÍA



BIBLIOGRAFÍA ¹

Libros y revistas que con detenimiento han tratado de la guerra hispanoamericana y pueden consultarse.

OFFICIAL.—*Appendix to the Report of the Chief of the Bureau of Navigation, 1898.* Washington. Government Printing Office, 1898. (Con planos y fotografías.)

W. A. M. GOODE.—*With Sampson through the War.* Being an account of the Naval Operations of the North Atlantic Squadron during the Spanish American War of 1898; with contributed Chapters by Rear Admiral Sampson, Captain Robley D. Evans and Commander C. C. Tod... New-York. Doubleday & Mc. Cloure, 1899. (Con planos y fotografías.)

F. E. CHADWICK.—*The Relations of the United States and Spain. The Spanish American War* (two vol. with maps); New-York, Charles Scribner's Sons, 1911.

H. W. WILSON.—*The Downfall of Spain... Naval History of the Spanish-American War...* With illustrations, maps and battle plans; London, Sampson Low, Marston and Co. Lt., 1900.

¹ Bastantes de las referencias de estos libros, sobre todo los extranjeros, las debo a la amistad que, con motivo de mis artículos de *Razón y Fe*, me ha unido con la familia del malogrado jefe del Estado Mayor de la escuadra, D. Joaquín Bustamante.

- T. A. BRASSEY.—*The Naval Annual, 1899*; Portsmouth, 1899.
- H. H. SARGENT.—*The Campaign of Santiago de Cuba*. In three volumes with maps; Chicago, A. C. Mc. Clurg & Co., 1914.
- OFFICIAL.—*Message from the President of the United States transmitting a treaty of Peace between the United States and Spain, signed at the city of Paris, on december 10, 1898*. Washington, Government Printing Office, 1899. Two volumes.
- OFFICIAL.—*Notes on the Spanish War...*—Office of Naval Intelligence. Washington, Government Printing Office, 1900.
- I.—*Battles and Capitulation of Santiago de Cuba*; by Lt. J. Müller y Tejeiro, Spanish Navy.
 - II.—*Comments of Rear-Admiral Pluddemann*, German Navy, on the main features of the war with Spain.
 - III.—*Sketches from the Spanish-American War*; by Commander J. (Jacobsen), German Navy.
 - IV.—*Sketches & concluded*.
 - V.—*Effect of the gun fire of the United States vessels in battle of Manila Bay*; by Lt. J. M. Ellicot; U. S. Navy.
 - VI.—*The Spanish-American War; Blockades and coast defense*; by Cpat. S. Gómez Núñez, Spanish Army.
 - VII.—*The Spanish-American-War. A Collection of Documents relative to the Squadron operations in the West Indies*. Arranged by Rear-Admiral Pascual Cervera y Topete. Spanish Navy.
 - VIII.—*The Squadron of Admiral Cervera*; by Cpt. V. M. Concas y Palau. Spanish Navy.
- J. PARKER.—*Read-Admirals Schley, Sampson and Cervera*. A review of the Naval Campaign of 1898, in pursuit and destruction of the Spanish Fleet commanded by Rear-Admiral Pascual Cervera. With portraits. New-York and Washington, The Neale Publishing Company, 1910.
- A. T. MAHAN.—*Lesson of the War with Spain and other articles*. London, Sampson Low. Marston & Co. Lt., 1899.

- M. WILCOX.—*A. Short History of the War with Spain*. New-York, Frederick A. Stokes Co. Publishers.
- T. J. VIVIAN.—*The Fall of Santiago*. New-York. R. F. Fennno & Co., 1898. (Con ilustraciones.)
- W. J. ABBOT.—*Blue Jackets of '98.—A History of the Spanish-American War*. New-York, Dodd, Mead and Co., 1899. (Con ilustraciones.)
- M. QUINLAN.—*The Spanish-American War*. (Contiene la colección del «Squadron Bulletin», que se imprimía diariamente a bordo del *New-York*, con adiciones e ilustrado.)
- A. G. ROBINSON.—*Cuba and the Intervention*. New-York, 1905.
- N. N.—*The Spanish-American War*. The events of the war, described by eye witnesses, illustrated. Herbert S. Stone Co., Chicago and New-York, 1899.
- J. WHEELER.—*The Santiago Campaign 1898*. Lamson, Wolfe and Co. Boston, New-York, London, 1898.
- SEVERAL AUTHORS.—*The American-Spanish War. A History by the War Leaders*, illustrated with numerous original engravings, maps and diagrams. Norwich Conn. Chas. C. Haskell & Son, 1899.
- F. LEE, J. WHEELER, T. ROOSEVELT & R. WAINWRIGHT.—*Cuba's Struggle against Spain, with the causes for American intervention and a full account of the Spanish-American War, including final Peace negotiations. With a Story of Santiago and a description of the destruction of the «Maine»*; illustrated. New-York, The American Historical Press, 1899.
- H. WATERSON.—*History of the Spanish-American War, embracing a complete review of our relations with Spain*; illustrated. Western W. Wilson, New-York. (No Date; probably, 1898.)
- J. C. HEMMENT.—*Cannon and Camera. Sea and land battles of the Spanish-American War in Cuba &*. New-York. D. Appleton & Co. 1898. (Con buenas fotografías.)
- R. H. DAVIS.—*The Cuban and Porto Rico Campaigns*; illustrated. New-York, Charles Scribner's Sons, 1898.
- J. R. SPEARS.—*Our Navy in the War with Spain*; illustrated. New-York, Charles Scribner's Sons, 1898.

- C. MORRIS.—*The War with Spain. A complete History of the War of 1898.* With maps and illustrations. Philadelphia, J. B. Lippincot Co., 1899.
- N. C. GREEN.—*The War with Spain and Story of Spain and Cuba;* illustrated. Baltimore, International News and Book Co., 1899.
- E. S. BROOKS.—*The Story of our War with Spain;* illustrated. Boston; Lothrop, Lee & Shepard Co. (No date; probably, 1899.
- G. KENNAN.—*Campaigning in Cuba.* New-York, The Century Co., 1899.
- J. D. MILEY.—*In Cuba with Shafter.* With portraits and maps, New-York, Charles Scribner's Sons, 1899.
- T. J. VIVIAN.—*With Dewey at Manila.* R. F. Fenno Co. New-York. (No date; probably, 1898.)
- OFFICIAL.—*Message from the President of the United States transmitting the report of the Naval Court of Inquiry upon the destruction of the United States Battle Ship «Maine» in Havana harbour. February 15, 1898, together with the testimonies taken before the Court.* Washington; Government Printign Office, 1898. (Con un apéndice que contiene recortes de periódicos.)
- E. ROBY.—*The unfair treatment of the Admiral and the Captains who destroyed the Naval power of Spain in 1898.* (No date.)
- S. BONSAI.—*The Fight for Santiago. The Story of the soldier in the Cuban Campaing from Tampa to the surrender.* With maps and illustrations. New-York. Doubleday & Mc. Clure Co., 1899.
- R. A. ALGER.—*The Spanisch American War;* illustrated. New-York and London, Harper & Brothers-Publishers, 1901.
- H. C. LODGE.—*The War with Spain;* illustrated. New-York and London, Harpher & Brothers Publishers. (No date; probably, 1899.)
- R. H. DAVIS.—*Cuba in War time; illustrated by Frederic Remington.* New-York, R. H. Russell, 1899.
- A. S. DRAPER.—*The Rescue of Cuba.* Silver, Burdet and Company; Boston, New-York, Chicago, 1899.

- J. BIGELOW, J. R.—*Reminiscences of the Santiago Campaign*; with maps. New-York and London, Harper & Brothers Publishers, 1899.
- J. M. CALLANAN.—*Cuba and international Relations*. Baltimore, 1898.
- E. MARSHALL.—*The Story of the «Rough Riders»*; illustrated with photographs and drawings. New-York, G. W. Dillingham Co. Publishers, 1899.
- G. DARRIEUS.—*War on the Sea. Strategy and Tactics. Basic Principles*. Translated from the French by Philip R. Alger. Profesor U. S. N. Annapolis, Md. The United States Naval Institute, 1908.
- J. R. GILFILLAN y H. E. RILEY.—*Northampton in the Spanish-American War*; illustrated. Press of Enterprise Printing Company. Easthampton, Mass., 1899.

THE CENTURY MAGAZINE:

- I.—*Personal Narrative of the «Maine»*; by her Commander Cpt. Ch. D. Sigsbee. New-York, Nov. and Dec., 1889; Jan. 99.
- II.—*The Atlantic Fleet in the Spanish War*; by Rear-Admiral W. T. Sampson, *Abril*, 1899.
- III.—*The Story of the Captains. Personal narratives of the Naval engagement near Santiago de Cuba*. July, 3, 1898; by Cpt. R. D. Evans of the *Yowa*. Cpt. H. C. Taylor of the *Indiana*. Lt. Com. R. Wainwright of the *Gloucester*. Cpt. J. W. Philip of the *Texas*. Cpt. F. A. Cook of the *Brooklyn*. Lt. E. W. Eberle (with a note on Cervera's strategy by Cpt. Clark) of the *Oregon*. Cpt. F. E. Chadwick of the *New-York*. Lt. H. P. House of the *Gloucester*. Chaplain W. G. Cassard of the *Indiana*. Mr. T. M. Dieuaide, war correspondent on the *Texas*. *May*, 1899.
- IV.—*Topics of the Time. The Story of the Captains*. Editorial. *May*, 1899.
- V.—*The «Winslow» at Cardenas*; by Lt. J. B. Bernadou. *March*, 1899.

- VI.—*Cable-cutting at Cienfuegos*; by Lt. C. Mac R. «Winslow». *March*, 1899.
- VII.—*The Capture of Santiago de Cuba*; by W. R. Shafter. *Feb.* 1899.
- VIII.—*The Sinking of the «Merrimac»*; by R. P. Hobson; *Dec.*, 1898 to *March*, 99.
- IX.—*An American in Madrid during the War*; by E. Kelly. *Jan*, 1899.
- X.—*Scenes in the Spanish Capital*; by A. Houghton. *March*, 1899.
- XI.—*The Capture of Manila*; by F. V. Grenne, *March, April*, 1899.
- XII.—*The surrender of Manila, as seen from Admiral's Dewey flagship*; by J. T. Mc. Cutcheon. *April*, 1899.
- XIII.—*Why we won at Manila*; by Lt. B. A. Fiske of the *Petrel*. *Nov.*, 1899.
- XIV.—*The United States Army ration in the tropics*. Editorial. *Feb.*, 1899.
- CH. E. CLARK.—*My Fifty Years in the Navy*. (Recortes del *Hearst' Magazine*, N. Y. N.º de Octubre; Cap. sobre la guerra con España.) 1917.
- T. ROOSEVELT.—*The Rough Riders*; illustrated. Charles Scribner's Sons. New-York, 1899.
- E. K. RAWSON.—*Twenty Famous Naval Battles, Salamis to Santiago*. New-York, Thomas Y. Crowell & Co. Publishers. (No date; probably, 1899.)
- R. P. HOBSON.—*The Sinking of the «Merrimac»*. London, T. Fisher Unwin, 1899.
- J. H. PARKER.—*History of the Gatling Gunt Detachment at Santiago*; illustrated. Press of the Hudson-Kimberley Publishing Co., Kansas Dity Mo. (No date; probably, 1898.)
- R. H. TITHERINGTON.—*A History of the Spanish-American War of 1898*. With diagrams and index. New-York, D. Appleton and Co., 1900.
- STATE HISTORIAN.—*New-York and the War with Spain*. History of the Empire State Regiments, published under the

- direction of the State Historian. Albany, The Argus Co.; Printers, 1903.
- J. A. MOSS.—*Memoires of the Campaign of Santiago*. The My-sell-Rollins Co. San Francisco, 1899; illustrated.
- G. E. GRAHAM.—*Schley and Santiago, An historical account of the blockade and final destruction of the Spanish Fleet under command of Admiral Pascual Cervera, July 3, 1898*; illustrated with photographs taken by the author during the cruise and during the battle, together with a Personal narrative of the fight by Rear-Admiral W. S. Schley. U. S. N.
- H. C. WASHBURN.—*The American Blind Spot and The War with Spain—a study of a past performance*. Two articles from the *United States Naval Institute Proceedings*. Annapolis. January 1917 and July 1917.
- N. N.—*Cartoons of the War of 1898 with Spain from leading foreign and American papers*. Chicago, Belford, Middlebrook & Co., 1898.
- N. N.—*Photographic History of the Spanish-American War*. A pictorial and descriptive record of events on land and sea with portraits and biographies of leaders on both sides. New-York, The Pearson Publishing Co. (No date; probably, 1898.)
- HARPER'S.—*Pictorial History of the War with Spain with an introduction* by Maj. Gen. Nelson A. Miles, New-York and London. Harper's & Brothers Publishers, 1899. Two volumes.
- F. REYNOLDS.—*The United States Navy from the Revolution to date*. P. F. Collier & Son. New-York. (No date.)
- W. N. KING.—*The Story of the War of 1898*; illustrated. New-York, P. F. Collier, 1898.
- H. CABOT LODGE.—*The War with Spain*; illustrated. London and New-York, Harper & Brothers Publishers, 1899.
- A. MARCH.—*The History and Conquest of the Philipines and our other Island possessions*; illustrated. (No date; probably, 1899. No place of impression.)
- E. EVERETT.—*Exciting Experiences in our Wars with Spain and the Filipinos*; illustrated. The educational Co., Chicago, 1900.

- J. W. BUEL.—*Hero Tales of the American Soldier and Soldier*. (No date; probably, 1899. No place of impression.)
- HON. J. R. YOUNG.—*Reminiscences and Thrilling Stories of the War by returned Heroes*; illustrated. Topeka Book Co., Kansas City, Mo. (No date; probably, 1898.)
- J. J. INGALLS.—*America's War for Humanity related in Story and picture*. Boston, Mass. J. Q. Adams & Co., 1898.
- OFFICIAL.—*Military Notes on Cuba*. War Department, Adjutant-General's Office, Military information Division. (Pertenebió a un Comandante de los «Rough Riders».)

Libros en francés, en italiano y en portugués.

- DR. LARRA Y CEREZO.—*Les hôpitaux militaires de l'Île de Cuba, pendant la guerre actuelle*. Madrid, 1898.
- M. BUJAC.—*La Guerre Hispano-américaine*. 2^e Edition. 1898. París, Hanry Charles-Lavauzelle.
- CH. BRIDE.—*La Guerre Hispano-américaine de 1898*; avec de nombreux croquis dans le texte. París, Librairie Militaire, R. Chapelot, 1899.
- D. BONAMICO.—*Insegnamenti della Guerra Ispano-Americana. Rivista Marittima*. Roma, 1900.
- RAOUL TAVARES.—*De Cavite a Santiago* (en portugués). Génova, 1902.

Libros escritos en castellano.

- P. CERVERA Y TOPETE.—*Colección de documentos referentes a la escuadra de operaciones de las Antillas*. (Varias ediciones. La 4.^a, Madrid, 1904.)
- V. M. CONCAS.—*Lo escuadra del almirante Cervera*. Madrid, sin fecha.
- J. MÜLLER TEJEIRO.—*Combates y capitulación de Santiago de Cuba*. Madrid, 1898.
- L. LORENTE.—*Bloqueo y sitio de Santiago de Cuba*. Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros, 1898.
- A. M. T. E. WESTER.—*El combate de San Juan*. (Es el capítulo XVIII de la obra que se titula *La campaña de Santiago*.)

- Traducida del sueco por J. P. F. Lundblad, corregida y arreglada por D. Arráiz de Conderena). Madrid, 1909.
- EFEÉE.—*El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares*. Madrid, 1901.
- D. ISERN.—*El desastre nacional y sus causas*. Madrid, 1899.
- OFICIAL. «El Libro Rojo». — *Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado* (cubierta roja). Madrid, 1898.
- OFICIAL.—*Correspondencia oficial referente a las operaciones navales durante la guerra con los Estados Unidos*. Madrid, Imprenta del Ministerio de Marina, 1899.
- OFICIAL.—*Diario de las Sesiones de Cortes. Congreso de Diputados*. Tomo I al IV, inclusive. Madrid, imprenta y fundición de los Hijos de A. García, 1898.
- J. M. GONZÁLEZ BENARD.—*Proceso histórico del Tratado de París de 10 de diciembre de 1898*. Valencia, 1903.
- A. T. MAHAN.—*La guerra naval y sus enseñanzas* (traducción del inglés). Madrid, 1899.
- I. SALINAS.—*Defensa del general Jáudenes*. Madrid, 1899.
- CONDE DE TORRE VÉLEZ.—*Defensa del general Sostoa*. Madrid 1899.
- V. M. CONCAS.—*Defensa del general Montojo*. Madrid, 1899.
- *Causa instruída por la destrucción de la escuadra de Filipinas y entrega del arsenal de Cavite*. Madrid, 1900.
- *Sobre las enseñanzas de la guerra hispanoamericana*. Bilbao, 1900.
- M. GARCÉS DE LOS FAYOS.—*Las baterías del «Corregidor» en abril y mayo de 1898*. Madrid, 1900. La segunda parte ha quedado aún en manuscrito.)
- N. SENN.—*Guerra hispanoamericana. Estudio médicoquirúrgico*. (Traducción de J. Redondo.) Madrid, 1902.
- J. RODRÍGUEZ MARTÍNEZ.—*Los desastres y la regeneración de España*. Relatos e impresiones. La Coruña, 1899.
- N. N.—*¿Hispania Fuit?* Reflexiones dolorosas y provechosas. Madrid, 1899.
- E. COLLAZO.—*Los americanos en Cuba*. Habana, 1905. (Queda impresa la primera parte solamente.)
- N. N.—*En memoria y honor de los héroes del Caney*. Madrid,

1917. (Folleto con un apéndice de recortes sacados del *A B C*.)
- N. N.—*La guerra hispanoamericana. El combate de Santiago de Cuba*. Artículo publicado en *The Engineering* de 21 de julio de 1898. (Hay una traducción española manuscrita.)
- ERDELA.—*El caso de Santiago*. Barcelona, 1906.
- N. N.—*Un poco de lo mucho y bueno que se puede decir sobre el Ejército, la Marina y la Prensa de gran circulación*. Puerto de Santa María, 1899.
- G. DU NORD.—*Commemoración del 3 de julio de 1898*, Artículo publicado en la *Nueva Libre Prensa*, de Viena (traducción castellana), 1908.
- N. N.—*E Pluribus Unum*. Impresiones sobre los desastres nacionales por un periodista ultramontano. Cádiz, 1900.
- T. BENÍTEZ FRANCÉS.—*El manuscrito de un combate. El 3 de julio desde el «Vizcaya»*. Ferrol, 1898.
- F. ARDERÍUS.—*La escuadra española en Santiago de Cuba. Diario de un testigo*. Barcelona, 1903.
- J. DE SALAS.—*Acciones navales modernas (1855 a 1900)*. Madrid, 1903.
- C. P.—*Ante la opinión y ante la historia. El almirante Montojo*. Madrid, 1900.
- V. FITÉ.—*Las desdichas de la Patria*. Madrid, 1899.
- I. CORZO.—*Cervera y su escuadra*. Habana, 1901.
- S. GÓMEZ NÚÑEZ.—*La guerra hispanoamericana*. Cuatro volúmenes, que comprenden:
- I.—*Barcos, cañones y fusiles*. Madrid, 1899.
 - II.—*El bloqueo y defensa de costas. La Habana. Influencia de las plazas en las guerras*, 1899, 1900.
 - III.—*Santiago de Cuba*, 1901.
 - IV.—*Puerto Rico y Filipinas*. 1902.
- A. DE MADARIAGA, S. J.—*Honra sin barcos*. Santander, 1918.
- P. H. COLOMB.—*Las desventuras de Cervera*. (Traducción de un artículo de la revista *Nautical Magazine*.) Febrero de 1899. *Revista general de Marina*, 1899, págs. 381 a 390. Madrid.
- OFICIAL.—*Discursos pronunciados en el Parlamento por el ministro de Marina D. Ramón Auñón*. Madrid, 1912.

- J. V. MUNÁRIZ.—*Últimas glorias de la Marina española*. Toledo, 1910.
- L. PÉREZ DE VARGAS.—*La opinión y la Marina. Combate de Santiago*. Ferrol, 1898.
- G. BRONSON.—*Sobre la guerra de Cuba*. Apreciaciones de este redactor americano. (No he podido ver, por faltarle la portada, ni el año ni el pie de imprenta; debe estar editado en la Habana.)
- J. CARRANZA Y REGUERA.—*El 13 de junio de 1898*. (Una hazaña del cañonero español *Diego Velázquez* en Cienfuegos, durante la guerra.) Madrid, Depósito Hidrográfico, 1899.
- C. SAAVEDRA MAGDALENA.—*Algunas observaciones sobre los desastres de la Marina española en la guerra de 1898*. El Ferrol, 1898.
- GENERAL C. POLAVIEJA.—*Mi política en Cuba: lo que vi, lo que hice y lo que anuncié*. Madrid, 1898.
- GENERAL V. WEYLER.—*Mi mando en Cuba*. Barcelona, 1911.
- B. CHICO.—*Cuba, España y los Estados Unidos*. Bogotá, 1898.
- F. SOLDEVILLA.—*El año político* (desde 1895 a 1898). Madrid, impresiones de 1896, 97, 98 y 99.
- C. RÍA BAJA.—*El desastre filipino*. (Memorias de un prisionero.) Barcelona, 1899.
- M. G. MEROU.—*Historia de la Diplomacia americana; política internacional de los Estados Unidos*. Buenos Aires, 1904.
- J. I. RODRÍGUEZ.—*Idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos*. Habana, 1900.
- P. DE ALZOLA Y MINONDO.—*El problema cubano*. Bilbao, 1898.
- E. BACARDI.—*Crónicas de Santiago de Cuba*. Barcelona, 1908.
- ABELA Y CASARIEGO.—*Filipinas*. Madrid, 1898.
- E. COLLAZO.—*Cuba independiente*. Habana, 1900.
- M. CORRAL.—*Memorias de un voluntario*. Barcelona, 1899.
- ESPASA, HIJOS DE.—*Enciclopedia universal ilustrada*. Tomo xvi, páginas 827... *Cuba: su historia*. (Trae una sección bibliográfica bastante completa.)
- GONZÁLEZ LÓPEZ.—*Échese la llave!* Madrid, 1887.
- R. BECERRA.—*Cuestión palpitante. Un poco de historia acerca de la guerra de Cuba*. Caracas, 1898.
- R. BUENAMAR.—*Mi vida en la Manigua*. Philadelphia, 1898.

- G. MAURA [GAMAZO.—*Historia crítica del reinado de Alfonso XIII durante su menoridad, bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria.* (Ha publicado el primer tomo con multitud de valiosos datos y atinado juicio crítico.) Barcelona, Montaner y Simón, 1919.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Licencia del R. P. Provincial.

Imprimi Potest.

JOANNES CAÑETE, S. J.

Prac. Prov. Tolet.



NDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—Antecedentes.....	7
II.—La escuadra de operaciones.....	21
III.—En Cabo Verde.....	45
IV.—De Cabo Verde a Santiago.....	65
V.—¡Sin salida!.....	85
VI.—El bloqueo.....	105
VII.—Por la parte de tierra.....	123
VIII.—Palmo a palmo.....	143
IX.—La lucha en el <i>Teresa</i>	163
X.—Fin de nuestra escuadra.....	183
XI.—Camino del cautiverio.....	203
XII.—El cautiverio.....	217
APÉNDICES.....	235
BIBLIOGRAFÍA.....	273

OBRAS DEL P. ALBERTO RISCO, S. J.

(PROPIAS PARA LECTURAS Y PREMIOS DE COLEGIOS)

Tristes y alegres.—Cuentos. Segunda edición.

Paso a paso.—Segunda edición.

Las rebeldes.—Novela.

Amor de madre.—Poesías.

Padre Juan Granero, S. J.—Biografía.

(Estas obras están editadas por el Apostolado de la Prensa, calle de San Bernardo, 7. Madrid.)

Historia general de la literatura (adoptada como texto en muchos colegios de religiosos de ambos sexos). Segunda edición revisada y aumentada.

Mil hombres.—Biografía del general D. Francisco Romero Palomeque. Segunda edición.

Juan de la Tierra.—Biografía de Don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV. Segunda edición.

Los dos amores.—Narración histórica.

Emigración.—Novela. (Lleva el pseudónimo de Alfonso de Vienne.)

Cinco visitas.—Novela corta.

NOTA.—Todas estas obras pueden adquirirse directamente en la Administración de *Razón y Fe*, plaza de Santo Domingo, 14. Madrid.

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
 - 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
 - Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.
-

DUE AS STAMPED BELOW

SENT ON ILL

JUN 03 2002

U. C. BERKELEY

12.000 (11/95)

LD 21-100m-7,'39 (402s)

560650

E727
R6

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

